

Sebastián Fonseca

VIDAS DICHOSAS



la
tejedora

VIDAS DICHOSAS

*la
tejedora*

Narrativa

VIDAS DICHOSAS

Sebastián Fonseca



EDITORIAL
UNRN

A Loli, mi gran compañera.

A Martina, nuestra hija.

*Todo el mundo aspira a una vida dichosa,
pero nadie sabe en qué consiste.*

Séneca.

Ramón

Por qué estoy en la terraza, tratando de hacer una fogata con el cadáver de un gran danés. Eso es lo que preguntaría cualquiera. Hasta mi vieja pensaría mal si me viera. Y yo trataría de explicar que el perro estaba muerto cuando llegué. Bien muerto estaba. Rígido, seco como un pedazo de madera. Sonaba hueco.

Deben ser las once de la noche, siento tanto calor que estoy sudando. Ya me bajé casi media botella de licor de chocolate. Los primeros tragos fueron horribles, pero mi paladar ya se acostumbró. La clave es tomarlo despacio.

12

Las llamas envuelven al perro, el olor del pelo quemado es insoportable. Supongo que después de esto no quedarán más que cenizas. Y quizá también una gran mancha negra que ya nunca más pueda quitarse. Demasiado tarde para pensar en eso. Que quede como sea, es nada más que un piso en una terraza de una casona vieja en Neuquén. A nadie le importa.

Creo que llegué a un lugar mental del que no sé si podré salir. Por lo pronto, es una grandísima suerte haber encontrado este cuaderno sin uso. No recuerdo haberlo comprado, quizá alguien se lo olvidó en algún momento en el lío que fue esta casa.

Escribo: hoy es jueves veinte de diciembre del año dos mil uno. Me distrae escribir, mucho me distrae. Ni me preocupo en hacer una letra prolija, solo muevo la lapicera casi a la misma velocidad a la que va mi cabeza. Trato de pensar más despacio para poder registrar lo que voy pensando, lo que voy sintiendo. Es curioso cómo al tratar de escribir lo que pienso, cambia lo que siento y cómo al leerlo se modifica lo que pensaba antes de escribirlo.

Releo y me doy cuenta de que construyo cada oración como una isla de sentido, sin conexión con las demás. Nunca me destacué en gramática. Ni en matemática ni en geografía ni en historia. La verdad es que nunca me destacué en algo.

O tal vez sí, sí me destacué, pero no me di cuenta y nadie se acercó a hacérmelo notar. Nunca nadie me dijo que estaba haciendo algo bien o que iba por buen camino hacia algún lugar. Siempre hice todo por pura intuición, tomé cada decisión como quien revolea una moneda, sin pensar.

Mi gran error fue haber tratado de entenderme con gente de mierda, gente que solo quiere sacarte algo, desesperados que solo buscan despojarte. En esencia, no estoy equivocado en el rumbo, sino que le pifé en la selección de colaboradores. Porque qué otra cosa es la gente que uno conoce en la adultez sino colaboradores.

Amigos, lo que se dice amigos, son los de la adolescencia. Todos los demás valen la pena solo si te sirven para algo concreto, si no es nada más que perder el tiempo. Amigos son el Tromba y el Topo, los demás me importan tanto como la política: nada. El Topo siempre tenía una explicación para todo. Y si no la tenía, la inventaba. Un genio. Un genio desperdiciado. Lamarque te arruina, ese pueblo te lima la cabeza con su mediocridad. Si no escapaste a tiempo, el pueblo te convence de que, sea cual sea, tu ambición valdrá menos que cero, que lo mejor que te puede pasar es conseguir un trabajito en la

Municipalidad, levantar una casita, formar una familia y silbar bajito hasta que te sorprenda la muerte. Una vida llena de diminutivos.

Como el Tromba, que cayó en la trampa y se quedó. Lo vi ahí, en el pueblo, hace dos días, me enteré de que trabajaba juntando tomates. Juntando tomates. De lunes a sábado, a las seis de la mañana un colectivo desvencijado lo pasa a buscar quebrando la escarcha para llevarlo, junto con un montón de condenados locales, a veinte kilómetros de ahí para estar diez horas con la espalda doblada juntando tomates. Juntando tomates.

Él está contento y eso es lo más triste. El pueblo se lo comió. Él dice que este trabajo es temporal. Seguro que así es, hoy junta tomates y mañana quizá juntará manzanas.

Igual lo entiendo. Nunca tuvo muchas luces y cuando ya no estuvimos ni el Topo ni yo, se quedó totalmente a oscuras. Éramos su soporte, se quedó solo y se perdió. Y cuando estás perdido, lo mejor es que otro te diga qué hacer.

Parece que por fin las llamas salen del cuerpo del perro. Muy difícil resultó contagiar el fuego al cuero del animal, mucho papel y madera tuve que meterle. El fuego lo quemaba, pero de manera superficial, sin calcinarlo. Apenas unas llamitas azuladas que temblaban hasta que consumían el alcohol que humedecía los pelos. Ahora sí que prendió bien. Menos mal. En unas horas debería estar juntando las cenizas con una pala.

Me costó mucho subirlo por la escalera, pero me ahorré el trastorno de cortarlo en pedazos, como había pensado al principio. Cómo hacer para cortar el cuero endurecido y los tendones con un Tramontina.

Podría haberlo cargado en los hombros y llevarlo hasta alguna esquina oscura. Otro acto digno de un loco: caminar a la madrugada

cargando semejante cadáver. Hubiera llamado la atención del más distraído. Ni hablar si fuera visto por la policía.

El Topo sí que era un genio. Y digo «era» porque creo que está cambiando para mal, se está transformando en un cabeza hueca. La última vez que lo vi me dio lástima. Fue hace tres semanas. Estuvo todo el tiempo pendiente de esa mierda nueva a la que llaman «internet» que supuestamente sirve para conocer gente. Para conocer gordas, será, porque así han sido todas las citas que ha tenido. Gordas, gordas adelgazadas, gordas potenciales, todas dentro del mismo grupo: el de las gordas.

El Topo se mudó a Neuquén hace menos de un año con la idea de tratar de ir a la universidad. Ya tiene veinticuatro años y todavía no sabe qué va a estudiar. Vive cerca del centro, en un departamento que comparte con otros dos que no conozco. Desde que está acá solo lo vi esa vez, después de mi escape y de deambular dos días sin rumbo, temblando de miedo como un idiota.

A medianoche, bajo un aguacero, toqué el timbre. Él estaba solo y se sorprendió al verme, supongo que le habrá preocupado mi apariencia.

Después de la mejor ducha de mi vida, devoré cuatro panchos con mayonesa, acompañados con un vaso enorme lleno de cerveza que tomé en dos tragos. Mientras le contaba lo mío, el Topo no sacaba la vista del monitor. Tuve que repetirle varios pasajes de mi relato porque le costaba prestarme atención. Me dijo que estaba usando un programa que se llamaba «isecú», o algo así, que servía más que los otros porque te permitía buscar gente hasta por barrio. Así que ya no tenía que perder tiempo con chicas que vivieran lejos. Me contó de sus experiencias, de sus encuentros.

—¡Todas gordas, Ramón! —dijo—. Pero ya voy a encontrar una que sea normal, ¡aunque sea tarada!

—¿Y no hay manera de saberlo antes de encontrarse? —le pregunté.

—Sí, claro, si tienen cámara te mandan foto, pero en general eso pasa cuando vos también podés mandar y yo no tengo. Si tienen cámara es un buen dato, significa que tienen buena posición económica.

—¿Y te han mandado alguna foto? Quiero ver.

Me mostró cuatro, cada una de una chica diferente. No se veían mal, pero el Topo dijo que en persona ni se parecían a la fotografía.

—Fijate en esta, ¿ves?, la imagen está como estirada de arriba o de abajo, lo que te da la impresión de que la chica es delgada, pero la realidad es que es una gorda que manipuló la foto para parecer flaca.

—¿Y qué sentido tiene hacer eso si después vas y ves la realidad?

—Y... es que una vez que estás ahí, te entran a parlotear con eso de la belleza interior. Las gordas son inteligentes.

Me contó que ahora tenía un método muy útil: pedía referencias para poder ubicar a la chica, pero él no daba ninguna, de manera que podía ir a la cita y, si no le gustaba lo que veía, no se daba a conocer. Así de simple y genial.

16 Esa noche él estaba pendiente de concretar un encuentro con una chica que vivía a pocas cuadras de ahí, por lo que no se alejaba del monitor y lo miraba a cada rato.

Por tercera vez me preguntó por qué había abandonado la casona, así que le dije que le contaba solo si me prestaba atención. Ahí fue como que reaccionó, me pidió disculpas y sentí que volvía a ser el Topo que yo conocía.

«Salí corriendo porque sonó el teléfono», le dije. Sí, claro, dicho así nomás podía sonar ridículo, pero le juré que, cuando le contara,

me iba a dar la razón. Le pregunté si alguna vez le había hablado de Richard y me dijo que no, que hacía dos años que no me veía ni sabía nada de mí. Dos años.

Le conté al Topo toda la verdad. Que Richard no era un nuevo amigo, sino un colaborador. Un socio o algo así. Un villero, eso sí. Parecía un buen pibe, pero resultó ser un delincuente, un negro cabeza de termo, de esos que están todo el tiempo tratando de sacarte algo. Bueno, yo no me di cuenta hasta que ya fue muy tarde.

Me lo había presentado Gladys. El Topo la había conocido, pero no se acordaba de su nombre, sino de su culo. Su inolvidable culo. Había sido ella quien consideró que Richard era una pieza clave para el emprendimiento de fotografía.

Unos chasquidos me sobresaltan. De vez en cuando pasa eso: se oye una serie de pequeños estallidos y, por el aire caliente que sube, se elevan unas brasitas encendidas. Muy rápido suben. Creo que debe existir una relación entre la temperatura que alcance una fogata y la velocidad del aire que desplace hacia arriba. No lo sé. Tampoco sé cuál será la razón de estos pequeños estallidos, pero supongo que ocurre porque el fuego debe llegar a alguna zona del cuerpo del perro en la que se libera un poco de aire. Tampoco sé por qué me estoy preguntando este tipo de cosas en este momento.

Volviendo al Topo, habremos tomado dos cervezas más, durante las cuales le conté aquello que consideré como más importante. No quería aburrirlo, así que no le di muchos detalles. Él ya sabía que yo había heredado la casona de Neuquén de parte de un gran amigo de mi padre y que los dos ya estaban muertos. También sabía de mi relación con Gladys. De hecho, enterarme de que había heredado una casona en esta ciudad y conocer a Gladys fueron cosas que

ocurrieron casi al mismo tiempo. Como nuevas coordenadas que aparecieron de pronto, clarísimas, imposibles de ignorar. El Topo era testigo de todo esto, pero no sabía lo que sobrevino después.

Como hacía dos años que no nos veíamos, me pareció importante empezar por el principio: mi llegada a Neuquén.

Estaba dispuesto a hacer lo que sea con tal de no volver a Lamarque. Llegué a esta ciudad con un bolso con poca ropa. No tenía nada más, ni siquiera un champú. Me acuerdo de que disolví en agua un jabón blanco para ropa y con eso me lavaba la cabeza. Andaba con el pelo áspero pero limpio, y tenía unos pesos como para comer durante un mes si no derrochaba.

Enseguida conseguí trabajo como repositor de lácteos en un supermercado. «Si te esmerás podés llegar a cajero y, quién te dice, tal vez hasta gerente de sucursal», me dijo el imbécil que me tomó la entrevista, dando por hecho que mi mayor interés en la vida era progresar ahí adentro. Qué tristeza de proyecto. Debería haberle escupido en la cara por insolente, pero en ese momento necesitaba plata lo antes posible. Así que ahí estaba yo, vestido de blanco, con botas de goma blancas y lleno de manchas pegajosas al terminar el día. Lo bueno era que nos pagaban por semana y así sentía que valía la pena, de haber sido mensual el pago no sé si hubiese aguantado tanto tiempo.

18 Tres meses estuve ahí. Diez horas por día trabajaba, de lunes a sábado. Como el Tromba, pero más limpio y sin que nadie lo sepa. Gladys estaba muy contenta y creo que se decepcionó cuando le dije que iba a renunciar. Ella se había ilusionado con la ideíta del matrimonio pobre pero feliz. Yo tenía otros planes.

Había visitado varias veces a mi tío, el fotógrafo. Él fue quien me alentó a meterme en el asunto de la fotografía. Me dio un par de clases y me dijo que, si yo me animaba, me prestaba una cámara

para practicar y que, si llegaba a tomarle la mano, hasta podía conseguirme un par de casamientos o cumpleaños de quince.

Me entusiasmé mucho. Nunca pensé que fuera tan fácil y tan rápido cambiar de vida. Quizá me precipité un poco, es verdad, tal vez debería haber estudiado un poco más antes de largarme a tratar de ganarme el pan con la fotografía. En fin, yo estaba desesperado por cambiar. Quería despojarme lo antes posible de esas ropas de asalariado embrutecido que repone leches en una góndola.

Gladys no estaba muy convencida de mi decisión, pero yo no iba a cambiar mis proyectos por una mujer. Por eso la mandé al carajo y no nos vimos por un tiempo. Tiempo que aproveché para practicar sacando fotos y planificar el negocio.

Todo confluía hacia el mismo lado, como que solo me dejé llevar por el viento de las cosas. Mi tío me facilitó los contactos y en dos semanas pude hacer tres casamientos y dos cumpleaños de quince. La verdad es que las fotos no quedaron muy buenas, pero les cobré barato, así que supongo que de esa manera quedamos a mano.

Me acuerdo bien clarito que el cobro de uno de los casamientos lo dediqué íntegro al pago de un aviso en *La Mañana* de Neuquén. Fue un recuadro pequeño pero muy profesional y llamativo que resultó en varios clientes nuevos. Y así iba sobreviviendo. No me podía quejar, pero me picaban las palmas de las manos, como que necesitaba algo más.

En algún momento de esa nueva rutina, volví a estar con Gladys. No sé bien cuánto tiempo pasó desde que habíamos cortado la relación. Habrán sido unos tres o cuatro meses. En fin, una tarde sonó el timbre y era ella. No me lo dijo, pero creo que en realidad había ido a pedirme perdón. Y supongo que no me lo dijo porque no se lo permití, me apuré y empecé a hablarle de lo bien que me estaba yendo.

Estábamos juntos otra vez. Ella venía los fines de semana y cocinaba y me lavaba la ropa y hasta ordenaba la casa. Yo tenía buena frecuencia de trabajo, pero como que siempre estaba al límite. Vivía con lo justo, no podía comprar más equipo y me trasladaba en colectivo para todos lados. No tenía más futuro que ese. Lo que necesitaba era una clientela fija, generarme un ingreso estable para poder programar mejor mi vida. Y una noche, charlando de estas cosas con Gladys, a ella se le ocurrió que una buena forma de lograr esa estabilidad sería, por ejemplo, convertirme en el fotógrafo de una banda de rock.

La idea era genial porque no es necesario que te contraten los Rolling Stones: cualquier bandita que haya grabado o esté por grabar un disco en un estudio profesional necesita de un fotógrafo. Es más, enganchar una banda podía significar acercarse a otras y así lograr tener varios clientes fijos. Y si alguna de esas bandas saltara a la fama sería la mejor publicidad del mundo. Se abría un panorama inmejorable, además, porque no era todo pura fantasía, sino que Gladys era muy amiga de un pibe que le vendía chala al bajista de Fumados, una banda de reggae que ahora suena en las radios de Buenos Aires. Dieron el salto con esa canción que dice «Chalón, chalón. Humo tropical, amor natural. Oué ié ié».

20 Este contacto, el vendedor de chala, era Richard. Sí, el delincuente que ya mencioné. Pero cuando lo conocí parecía buen muchacho, reservado, sencillo. Si no te lo decían, ¿ni te imaginabas de qué vivía!

Richard enseguida entendió por dónde iba la cosa. A los tres días ya tenía arreglada una reunión con el bajista de la banda. Resultó que estaban por grabar el primer disco y todavía no habían considerado el tema de la tapa. Querían una foto en la que salieran los cuatro y que se les viera bien la cara.

¡Horrible! Yo pensé que obedecer a los caprichos de cuatro perejiles que sueñan con ser rockstars quizá no le convenía demasiado a mi futuro como fotógrafo de bandas de rock, pero la verdad es que no tenía ni una sola idea mejor que esa. Así que fuimos a una plaza, ellos querían vegetación como fondo de la imagen.

El problema fue que en las plazas de esta ciudad no hay vegetación tan tupida como para cubrir el fondo de una foto en la que aparezcan cuatro tipos. En el encuadre siempre se colaba algún gris de cemento. Así que, después de tanto recorrer y probar, terminamos en la orilla del Limay, al lado de unas plantas inmensas que tienen unas hojas anchas y larguísimas que salen desde el suelo.

Para ese entonces ya estaban tan fumados los Fumados que no paraban de reírse. De cualquier pavada se reían, así que saqué unas cuantas fotos con estos tipos arqueándose de la risa con unas plantas detrás. Por no ser descortés, yo también había fumado un poco, así que me parecieron geniales las tomas. Sacaba las fotos como poseído, creo que fue el único momento en el que me sentí de verdad como un fotógrafo y no como un intruso.

Estuvo muy buena esa tarde, el asunto fue cuando revelé las fotos. Atrás a la derecha, entre las hojas de las plantas, aparecía un tipo que nos miraba con distintas caras de incredulidad. ¡En todas las fotos aparecía el tipo! Y en algunas, unas cuantas, aparecía llevándose una caja de vino a la boca. Un desastre, no servía ni una foto. ¡Había tirado dos rollos de treinta y seis a la basura!

Recorté la figura de los cuatro. Bien desprolija, a propósito, para que se notara a simple vista que era un montaje. Y eso lo puse sobre el dibujo de una selva tropical grotesca que me había regalado Gladys. A ese ensamble le saqué una foto y, cuando se la mostré a los Fumados, les encantó. Ni siquiera les tuve que explicar lo del tipo que aparecía en todas las fotos.

Pero al final no se usó para la tapa del disco porque justo empezó a asesorarlos en cuestiones de imagen la novia del cantante y parece que era mejor meter algo abstracto, con muchos colores y no sé cuántas pavadas por el estilo.

Igual yo había quedado como el fotógrafo de la banda y casi todos los fines de semana tenía trabajo. Tenía que estar una hora y media sacando fotos desde distintos lugares, sin subir al escenario. Mi *zoom* era de los más baratos, así que tampoco me podía alejar demasiado y esto hacía que tuviera un radio de movimiento bastante limitado, justo el lugar donde más se amontona el público. O sea, no tenía mucho tiempo para encuadrar y enfocar porque la masa de gente saltando me llevaba como el mar a una cáscara de nuez. Más que nada se me complicaba muchísimo captar primeros planos. Porque el *zoom* llegaba. Estaba en el límite, sí, pero llegaba. Lo que pasa es que, para meter un buen primer plano, se necesita estar muy quieto durante un par de segundos.

Así y todo, lograba buenas tomas, pero no todas las que me hubiera gustado. Por eso, ni bien pude me gasté una buena moneda en un *zoom* algo mejor. Ahí ya me pude alejar del pandemónium y quemar rollo más tranquilo.

A veces, si el lugar lo permitía, trepaba por algún lado y lograba unas tomas aéreas geniales. Además, con ese *zoom* nuevo fue que me di cuenta de algo que me dio muy buenos resultados.

22

La fogata se ha debilitado bastante, me di cuenta porque ya empecé a sentir la cara más fresca. Encontré mucha madera para quemar. Son los palos que traje cuando a Gladys se le ocurrió armar una estructura de madera para tener, durante el verano, algo de sombra en la terraza. Creo que son suficientes para transformar en cenizas a semejante perro. Agrego un palo sobre el cadáver chamuscado.

Voy hasta el baño y, mientras hago pis, noto cómo una capa de polvo lo cubre todo. Nunca entendí de dónde sale la suciedad. Estará suspendida en el aire, supongo. El polvo es tierra, es el origen de la vida. Una capa de polvo y otra y otra y se forma tierra: un sustrato sobre el que luego crecen formas de vida. Puede ser algo microscópico, hongos o pasto; es la vida que se manifiesta. Me intriga la manera en que el mundo de la vida avanza sobre lo inerte, cómo todo aquello que deja de moverse empieza a ser cubierto, y podría decirse también devorado, por distintas formas de vida. Vida imperceptible, latente. Formas tenaces que se agrupan y avanzan, tapándolo todo a su paso.

Vuelvo a la terraza y el palo que agregué ya está ardiendo con ganas.

El Topo había quedado tan enganchado con mi relato que, mientras le sacaba la tirita de celofán a un paquete de Marlboro box, me preguntó qué era lo que había descubierto con el nuevo *zoom*. Antes de contestarle, le pregunté si ya no fumaba Jockey suaves y me contestó que eso fumaba en el pueblo. Le pedí que me convidara uno y le conté que, gracias al nuevo *zoom*, había descubierto una forma de generar un dinero extra y, además, conocer mujeres.

Era bien simple. Buscaba una chica que me gustara a primera vista y la observaba un rato largo. Si me seguía gustando... es decir, si no le veía ningún gesto pendenciero y comprobaba que en diferentes posiciones y movimientos sus formas se mantenían atractivas, solo entonces empezaba a sacarle fotos. Le dedicaba unas diez o quince tomas y después me acercaba. Le explicaba con cordialidad que la había visto muy fotogénica, que por eso me había tomado el atrevimiento de fotografiarla y que me gustaría que viese las fotos

que le había tomado. Entonces le entregaba una tarjeta con mis datos.

Y resultaba, sí. A veces pasaba que, cuando me acercaba y decía que había sacado fotos, algunas se asustaban. O incluso se enojaban, como una que me amenazó y hasta quiso pegarme.

Las que me llamaban solían hacerlo, como muy pronto, dos o tres días después del recital y elegían siempre un lugar abierto y con mucho público para encontrarnos.

Hacía una sola piba por recital porque me requería una dedicación de unos veinte minutos y eso son como cuatro o cinco canciones. Mucho tiempo para restarle a un *show* de una hora y media. La búsqueda de la candidata no podía llevarme más de diez minutos, así me quedaban otros diez para dedicarme a las tomas. Si no prestaba atención, se me iba todo el recital buscando chicas y me quedaba sin fotos de la banda, que era lo que en realidad me daba de comer.

Habrán sido diez las pibas que mordieron el anzuelo. Siete de ellas solo se limitaron a comprar un par de fotos, y ya con eso cubrí el rollo entero y me sobraron unos pesos. Plata no perdí. A las otras tres no les vendí las fotos, pero tuvimos varios encuentros.

Me acuerdo de una que me reprochó que yo nunca le decía «boluda» ni tampoco «andá a cagar» o cosas así, y que, por eso mismo, le costaba mucho entrar en confianza conmigo. O sea, la incomodaba que yo la tratase con respeto.

Esa es la que más recuerdo, también, por cómo se portaba en la cama. Una bestia era, además de estar buenísima. Pero era muy guarra, la pobre, y muy mal hablada. Demasiado callejera. Imposible entenderse con ella, estaba loca como una cabra. Fue una sorpresa para mí porque la primera vez que salimos me había parecido todo lo contrario. Lo único que no cambió fue lo buena que estaba.

Esos fueron buenos momentos, sí. Me acuerdo de que estaba saliendo con Gladys, pero mi prioridad en la agenda eran estas chicas. Era como un vicio, no me importaba nada más. Y cuando alguna de ellas me llamaba, inventaba cualquier excusa para desaparecer de la vista de Gladys.

Me volví muy bueno inventando excusas, tenía mil posibilidades para mentir. Y si no encontraba excusas, me enojaba con ella por cualquier pavada y la mandaba a la mierda. Después la llamaba y ella volvía. Siempre volvía. ¿Dónde iba a encontrar un candidato mejor que yo?

Es más, en algún momento tuve la sensación de que cuanto peor la trataba, tanto más ella se pegoteaba conmigo.

Sobre el cadáver del perro, el palo ya carbonizado se quebró en tres partes que ahora fulguran de manera independiente. Me levanto para buscar otro pedazo de madera con el que avivar la fogata y entonces, de la nada, me viene a la cabeza el recuerdo de por qué había yo adoptado a un perro tan grande. Lo había encontrado en la calle, acá nomás, a tres cuadras. Fue al volver de tomar las fotos para esa portada de disco que nunca fue. Entonces ni sabía que este perro era un gran danés. Caminó un buen rato bien cerca de mí y me siguió hasta la puerta. Cuando estaba por girar el picaporte para entrar, lo miré bien y recién ahí me di cuenta de que al perro le faltaba un ojo. Enseguida lo relacioné con mi cámara fotográfica. Mejor dicho, con la visión que tengo a través de ella.

Estoy seguro de que este perro veía las cosas tal como lo hacía yo al armar un encuadre: una realidad selectiva, que enfoca solo aquello que interesa en ese momento, una perspectiva siempre parcial, limitada. Lo que vemos es siempre solo lo que nos interesa, no hay otra. A veces no vemos algo por el simple hecho de que todavía no

sabemos cuánto nos importa. Muchas veces necesitamos ver algo varias veces para poder recordarlo y así entender que nos interesa bastante. Siempre la alegría es más grande cuando, al mirar atrás, entendemos que en tal o cual momento estuvimos contentos o que, al menos, había motivos para estarlo. Nos alegramos hoy por haber tenido buenas épocas, porque alguna vez hemos bailado y cantado. Nos contentamos con solo haber reído. Nos complacemos hoy por haber sido felices ayer, aún sin habernos dado cuenta en esos entonces.

Quizá toda felicidad sea una reconstrucción mentirosa del pasado. Quizá la dicha sea nada más que una interpretación de la mente para protegernos de la tristeza, una experiencia irreal. Porque para disfrutar de sentirse bien no basta con sentirse bien, sino que, además, es necesario entenderlo. Cuánto me gustaría que en el mismo momento en que estoy siendo feliz, viniera alguien y me lo dijera, que me explique por qué lo soy y así me convenza de relajarme y disfrutarlo. De esa manera, yo podría tratar de hacer lo que fuera necesario para mantener ese estado de cosas, ese equilibrio determinado del que no estaría siendo consciente. Seguro que lo intentaría, aunque resulte inútil.

26

Agrego un palo a la fogata. Lo acomodo encima de los tres restos carbonizados del anterior. Despacio, el fuego empieza a cubrirlo a medida que las llamas se reavivan. También lo inerte avanza sobre lo que alguna vez estuvo vivo. Es la condición para que surja algo nuevo.

Llegó un día en el que, en un recital, me encontré con una sorpresa muy desagradable. Los Fumados habían firmado no sé qué contrato nuevo con una productora y eso incluía que esa empresa se

encargara de la campaña de imagen. Es decir que no se iba a publicar ni una foto de la banda que no hubiera sido producida por la empresa.

¡El equipamiento que desplegaron esos tipos! Tenían hasta unas grúas articuladas de quince metros de altura, ¡las manejaban a control remoto! Y eso nada más que para registrar video y fotos complementarias, como para agregar después, si es que hacía falta, durante el proceso de edición.

A cada lado del escenario había un tipo con una súper cámara y más allá, al fondo de todo, donde ya no había público, se ubicaba otro tipo con un súper *zoom* que debe valer el doble que todo mi equipo. Me di cuenta enseguida de que ese era el fin, no podía ni pensar en competir con un monstruo así.

No, no me traicionaron. Es que la banda creció a un ritmo que yo no pude acompañar. De pronto se vieron firmando un contrato que los catapultaba lejos y que yo quedara tirado en el camino no sería su principal preocupación, sino daños colaterales. Los entiendo, yo hubiera hecho lo mismo. ¿Quién no?

Yo había generado algunos contactos, sí, pero todavía no los había tanteado porque la verdad es que estaba muy cómodo con los Fumados. Empecé a moverme para tratar de conseguir nuevos trabajos.

Ahí fue que Richard se mudó a casa.

Sí, Richard, el delincuente.

Me di cuenta de que no podía seguir así: solo y con ese equipo tan mínimo. Tenía que pensar de una manera más amplia, manejarme de otra forma. Si quería continuar en el negocio, estaba obligado a crecer. Tenía que pensar como estos tipos, que lograron un día tener grúas de quince metros nada más que para tener fotos

auxiliares. Hasta ahí, mi forma de trabajo había sido muy precaria. Si no me reinventaba, me iba a pasar lo mismo una y otra vez.

Así nació la idea de crear una productora de fotografía y video. El detalle era que no teníamos el equipamiento adecuado ni el dinero para comprarlo. Digo «teníamos» porque lo pensamos con Richard. ¡Pero la mayoría de las cosas se me ocurrieron a mí, eh!

Nos asociamos, yo ponía el lugar y el equipo y Richard la fuerza de trabajo. Y como él vivía lejos y la casona tiene tres habitaciones, acordamos que se mudara.

Me acuerdo de que, cuando Richard trajo sus cosas, lo que más me llamó la atención fue un redoblante que en el parche, en letras medio alocadas, tenía pintada la frase «La droga es muerte».

¡La droga es muerte! ¡Cómo me reí cuando vi eso! Me acuerdo de que largué la carcajada. ¡Qué básico! Es como usar una remera que diga «Soy buena persona». El mensaje es tan innecesario que hasta resultaba sospechoso. Pensé que tal vez era algún código de las villas miseria, una manera de tratar de generar tranquilidad a «los de afuera». Pero no, al final resultó ser algo en lo que Richard creía con firmeza.

Otra cosa que me impresionó cuando Richard se instaló en casa fue el olor que trajo con él. Ni bien acomodó sus cosas en la habitación que le facilité, el aire se enrareció con un olor específico, un tufo invasivo que antes no estaba en la casa. Si tengo que decirte a qué se parecía, lo que se me ocurre es una mezcla de perfume dulzón barato y agua estancada.

Este olor se volvía más desagradable todavía por un problema de humedad en las paredes. En esa habitación el aire era tan espeso que si estabas mucho tiempo se te humedecía la ropa.

Yo pensaba que ese problema de humedad se solucionaría con una mano de pintura, pero resultó ser una cuestión más estructural.

Igual Richard nunca se quejó de eso. Vaya uno a saber cómo vivía antes ese muchacho.

Durante las primeras semanas, las cosas anduvieron bien. Me refiero a la convivencia. Richard casi no estaba en casa, salía bien temprano y volvía a la noche, bien tarde. A veces no volvía por un par de días. No sé qué hacía durante todo el día, sus cosas, supongo, vender marihuana y algún otro asunto.

Gladys se quedaba a dormir algunas veces, en ese sentido era bastante ubicada. Para ella, este Richard era un santo. Pero, desde que se había instalado en casa, a mí cada vez me costaba más confiar en él. No sé, había algo que no me cerraba. ¿Veinticinco años y todavía no te fuiste de la villa?

No sé, para mí era un delincuente, pero como Gladys ponía las manos en el fuego por él, yo terminaba convencido de que no había de qué preocuparse. Nunca imaginé que me iba a joder como lo hizo.

Había que celebrar el primer trabajo que Richard había conseguido para el emprendimiento, así que se me ocurrió que estaría bien tomar unas cervezas mientras me contaba de qué se trataba. Éramos solo nosotros dos, así que dudé acerca de qué cantidad comprar. Como ya sabés, no tengo la costumbre de tomar demasiado y mucho menos si conozco muy poco a la gente con la que estoy sentado. Así que compré tres cervezas de litro, una de más por si acaso.

Resultó que Richard tampoco era un gran bebedor, me di cuenta por su moderación a la hora de vaciar el vaso. Pero como yo no quería parecer un flojo, porque había supuesto que él era de beber como un cosaco, tomé cerveza como si mi vida dependiera de eso. Al rato nomás sentí el embotamiento típico que te da cuando apurás los tragos. Eso me llevó a tener constantemente un cigarrillo

prendido, con lo que no tardó en llegar el mareo y un dolor de cabeza bastante molesto.

En un momento, y no sé bien cómo, la conversación derivó hacia la política. De pronto me vi a mí mismo escuchando a Richard hablarme de la historia del país. Que Perón esto, que Perón lo otro... ¡Un villero dándome lecciones de historia y de política! ¡Y en mi propia casa! ¡Si ni siquiera fue a la escuela secundaria este! Alguien le habrá llenado la cabeza con todas esas pavadas.

La cuestión es que mientras Richard hablaba de Perón, me acordé del redoblante que él tenía en la habitación. Entonces fue como verlo en marchas y manifestaciones, en medio del humo de los choripanes, reclamando quién sabe qué, dándole al redoblante y cantando la marcha peronista.

Era clarísimo, ¿cómo no me había dado cuenta antes?

Pero lo importante era el trabajo que él había conseguido. Había hecho un trato con el Choco, un cantante de un grupo de cumbia en ascenso. Eran amigos de la infancia. El trato era que en un momento, justo antes de salir a tocar, en el trayecto que había entre el vestuario y el escenario, el Choco nos daba diez minutos para que yo le saque fotos con sus fans. En esos diez minutos metía unas veinte fotos. Y de esas vendía más de la mitad.

30 El negocio de las bailantas mueve mucha plata. Se cobra una entrada popular, algo más barata que lo que vale entrar a una discoteca. Por noche, en ese lugar pueden llegar a tocar diez bandas. Cada banda toca entre veinte y treinta minutos. A su vez, cada banda puede llegar a tocar en diez lugares por noche. Viernes, sábados y domingos.

¡Cerca de doscientas fotos por noche! No lograba venderlas a todas, sino más o menos la mitad. Las vendía baratas, al mismo precio que pagarías en un supermercado por una cerveza de litro.

A cambio de eso, yo sacaba fotos, sin cargo, de la banda del Choco en el *show* que se hiciera en el lugar más importante de esa noche.

Cuando Richard me contó la idea yo no le tenía mucha confianza, pero la verdad es que fue una bomba. Es más, creo que él se sorprendió más que yo. Las chicas hacían fila para sacarse fotos con el Choco.

Un mes después, cuando ya habíamos hecho doce noches de *shows*, me di cuenta de que había una gran limitación en el momento de la colocación de la foto una vez revelada. Porque todas las chicas querían sacarse una. Si era pararse ahí, nada más, y hacer lo mismo que sus amigas. Pero después, para tener la foto, tenían que llamarme para confirmar y recién entonces yo llevaba los rollos a revelar.

El lugar de revelado más confiable y cercano tardaba una semana en tener mis fotos listas. Así y todo, muchas veces me quedaba con fotos reveladas que nunca venían a comprar. Era demasiado trámite.

Yo estaba seguro de que, si encontraba alguna forma de saltar esa limitación, podía llegar a vender casi cada foto que sacara. Y enseguida lo vi clarísimo: necesitaba la cámara digital Nikon D1, una computadora y una impresora láser a color. Esa era la forma de tener las fotos listas, impresas en casa en el momento en que tenía a la clienta sentada enfrente y con la platita en la mano.

Mejoró mucho la rentabilidad. El solo hecho de poder decirle a cada chica que, si quería, podía pasar a buscar su foto con el Choco al otro día disparó las ventas. Porque se las vendía cuando todavía les duraba el entusiasmo. Si tuviste una noche divertida, mañana la vas a recordar con alegría y todavía estarías dispuesto a comprar una foto que te ayude a recordarla, pero una semana después es como

que no tiene importancia, como que uno ya tiene la cabeza en otras cosas.

Además de aumentar las ventas, ahora ya no gastaba en revelar fotos que nunca vendería.

Tuve que hacer una inversión importante. La ganancia entera de las últimas seis noches se fue en ese equipamiento. Cuando Richard vio los tickets de la compra, no podía creerlo. Claro, si lo más caro que habrá comprado en su vida habrá sido un par de zapatillas.

Pero lo mejor vino después, cuando cambié la estrategia al momento de establecer el contacto. En lugar de entregar una tarjeta y esperar que llamen, anotábamos los números de teléfono y llamábamos nosotros. Y ese cambio mejoró un poco más las ventas.

En total estábamos vendiendo ocho de cada diez fotos sacadas. Al final resulta que venderles baratijas a los pobres es lo que más plata deja. Una bocha de plata.

El palo que agregué se quema sin expulsar ni una gota de resina. Ha pasado mucho tiempo bajo un techo de chapa que lo protegía de la lluvia, pero al aire libre. No debe haber madera más seca que esta en todo Neuquén. Me pregunto en qué lugar de la provincia habrán tenido forma de árbol estos palos que, al terminar esta noche, pasarán a ser ceniza. Siento un escalofrío al pensar que algún día yo también lo seré. Todos nosotros, tarde o temprano, seremos nada más que cenizas. Esto último me consuela un poco.

Ahora, a través de las llamas, distingo con claridad las formas del cadáver del perro. Ya se ven hasta las raíces de los dientes. La mandíbula abierta, ya libre de tendones y músculos, desencajada, pareciera ser el último grito de la forma que fue, el gesto ya sin la voz de la vida, solo la mueca inexpresiva y tenebrosa tan típica de la muerte. Ya no hay un perro ahí, sino el inicio de un vacío, la

materialización de una ausencia. Un envase desflechado que me recuerda a la forma que se va, que me obliga a ver la presencia de lo que ya no es, un espectro sólido, inanimado. Lo vivo tiene algún tipo de expresión, se manifiesta, llena de sentido el lugar que ocupa. Lo inerte molesta porque es un sinsentido, materia muerta ocupando espacio en el mundo de la vida, acumulándose, desplazándonos, obligándonos a tener un sentido. Estar vivo es tener sentido. Un árbol lo tiene. Me pregunto cuál será el mío y si podré saberlo antes de convertirme en un puñado de cenizas.

Una bocha de plata. En cuatro meses podría haber comprado un auto cero kilómetro. Si la movida hubiese durado eso, claro. Pero el Choco chocó. Sí, sí, ya sé que parece un chiste, pero la verdad es que fue una desgracia. Me arruinó la vida. De golpe se cortó el chorro de billetes que me caía encima. El muy cabeza de termo iba en el auto a no sé qué velocidad y se dio contra un poste. Se mató el muy imbécil. ¡Cómo me cagó!

A los pocos días de la muerte del Choco, salí unas horas de la casa para ir hasta el centro a pasear. Necesitaba pensar. Cuando volví, Richard ya no estaba. Mi habitación estaba toda desordenada, el muy hijo de puta encontró toda mi plata guardada en el último cajón del ropero. ¡Qué imbécil idiota confiado fui! Además, se había llevado también la Nikon D1, la computadora y la impresora.

Por suerte, el resto del equipo estaba guardado en la habitación-estudio, cerrada con llave desde que habíamos empezado con la nueva modalidad.

Con algo de la plata que me quedaba encima cambié la cerradura. Después se me ocurrió empezar a llamar a los contactos que había generado durante la época de Fumados y ahí descubrí que la agenda tampoco estaba.

Gladys no podría habérsela llevado. Habíamos discutido la semana anterior y se había ido, como nunca la había visto, dando un portazo. Discutimos porque ella me contó que no había tenido el período y yo le pregunté si me estaba poniendo a prueba. Y se enojó mucho, pero más se enojó cuando le dije que, aunque de verdad ella estuviera embarazada, yo no tenía ninguna certeza de que fuese mi responsabilidad. ¿Qué seguridad podía tener yo? ¡Tampoco la conozco tanto!

Estuve dos días encerrado, consumiendo lo que quedaba en la heladera y las alacenas, pensando en qué carajo iba a hacer para salir a flote. No se me ocurría nada, estaba como bloqueado. Veía bien claro cómo la mugre y la pobreza, esas hermanas siempre al acecho, ahora avanzaban hacia mí y no sabía cómo esquivarlas. Y una tarde en la que ya no podía más de melancolía, sonó el teléfono.

Era Marisa, un travesti que participaba de una comparsa de carnaval y quería hacerse un *book* de fotos. Mi número de teléfono se lo había pasado el bajista de Fumados y quería hacer la sesión de fotos en su casa esa misma noche. Pagaba en efectivo, me dijo. Insistió mucho con el asunto del profesionalismo, así que decidí llevar todo el equipo. ¡Hasta llevé un rollo sin abrir de papel blanco para usar como fondo infinito!

34

Veinte minutos antes de la hora acordada, metí todo en una mochila mediana, me cargué el rollo de papel al hombro y, como eran nada más que unas quince cuadras, fui caminando. Me acuerdo de que iba tratando de imaginarme cómo sería acostarse con un travesti. Porque algunos están mejor que muchas mujeres. Me preguntaba si tendría el pito o estaría operado, o si gozaría o solo se prestaría a darle placer al otro.

En fin, pensaba en esas cosas cuando vi que el sol, naranja y enorme, se escondía detrás de los edificios y me di cuenta de que

ya había llegado a la cuadra en la que debía estar esa dirección que había anotado. Se hizo de noche de golpe y la calle estaba tan oscura que tenía que acercarme a cada puerta para mirar la numeración. La dirección que había anotado resultó ser una entrada de pasillo y la casa era la número cuatro, la que estaba al fondo. Se veía una lucecita allá, al final. Suena todo muy lúgubre, pero a mí en ese momento me pareció de lo más normal. Tan normal que, al terminar de atravesar el pasillo oscuro, tardé unos segundos en entender que alguien me estaba atacando. De pronto tenía unos tipos a los costados sujetándome los brazos y otro adelante, moliéndome a golpes.

Fue todo muy rápido. Me daban tantas patadas y trompadas en el pecho y el estómago que me dejé caer de panza al suelo. Me sacaron la mochila de un tirón, yo estaba tan molido que lo único que me salió hacer fue enderezar un poco los brazos para que las correas deslizaran mejor y se fueran de una buena vez. Pero todavía me golpearon un poco más y me dieron varias patadas en la espalda. Cuando dejaron de pegarme, casi que no podía moverme. Era tal el dolor que sentía en todo el cuerpo que apenas podía mantener los ojos entreabiertos. En un momento creí que iban a matarme. La muerte no te avisa, recuerdo que pensé.

Oí que se alejaban y respiré aliviado. Pero entonces escuché unos pasos que volvían y enseguida la punta de una zapatilla se metió entre el suelo y mi mejilla, obligándome a mirar hacia arriba. Por la ubicación de la poca luz que había, solo pude ver sobre un fondo difuso la silueta negra de una cara que, acercándose un poco, me dijo: «No te mato porque ni siquiera me das lástima, sorete». Era la voz de Richard.

Como pude, a los tumbos y apoyándome en las paredes, llegué a la casona. No sé cuánto habré tardado en hacer de vuelta esas cuadras que no terminaban más. Creo que debo haber dormido

un día entero sin cambiar de posición. Cuando desperté, sentía los huesos hechos polvo, pero ya podía moverme y caminar sin tanta dificultad. Lo primero que hice fue mirarme la cara en el espejito del baño y sentir alivio al ver que no me habían desfigurado. Apenas un moretón en la frente y un ojo algo hinchado que no tardaría en desinflamarse. Pero, en el resto del cuerpo, los moretones eran muchos. Todavía los tengo, todavía me duelen.

Me acuerdo de que serían las diez de la noche, yo estaba en la cocina, buscando un poco de hielo para ponerme en la cara, cuando sonó el teléfono. Me quedé pasmado, ¿quién sería? ¿Un posible cliente? ¿O sería Richard para decirme que se arrepentía de no haberme matado? Tanto dudé en atender que el teléfono dejó de sonar. Pero al rato, cuando ya me había olvidado del sobresalto, sonó otra vez.

Esta vez levanté el tubo, pero nadie me contestó. Dije «hola» un par de veces y escuché el 'tu tu tu' ese que se oye cuando del otro lado cuelgan. Me quedé un rato con el tubo en la mano, tratando de discernir quién podía ser. Cuando lo puse en su lugar, el teléfono volvió a sonar. Atendí otra vez, creo que gritando, y nadie me contestó. Otra vez el sonido de la comunicación interrumpida.

Me asusté tanto que, así como estaba, salí de la casona y me tomé el primer colectivo que vi.

36

Tomo un trago brevísimo, casi un beso, de este licor de chocolate asqueroso. Ya queda poco, algo así como un tercio. Lo sé porque es lo que veo si pongo la botella a contraluz de la fogata. Un tercio de botella me queda, lo sé muy bien. Loco no estoy, eso también lo sé muy bien.

Muchos dicen que enloquecemos sin enterarnos, pero yo sé que me voy a dar cuenta cuando me esté volviendo loco. La locura no

Llega así nomás, sin avisar; te das cuenta cuando se está acercando. Por cada paso que des en la dirección contraria a quien querías ser, ella avanza uno. Cada cual sabe dónde empieza su propia locura.

Yo sé muy bien dónde están las puertas hacia mi chifladura y no quiero cruzarlas. Imagino que, una vez superadas esas puertas, ya no hay vuelta atrás, se disuelven los argumentos y todos tus anhelos anteriores te parecerán ridículos. Quizá la chifladura no sea otra cosa que una de las formas más altas de la conciencia. El desgano y la inmovilidad de quien entiende todo como un gran sinsentido.

No lo sé. Quizá ya esté medio tocado por los últimos sucesos y la consecuente deriva muerta de mis proyectos. Tal vez, por más que me niegue a aceptarlo y para mí la locura sea otra cosa, mi demencia sea ya un camino irremediable.

Pero ¿quién podría señalarme con un dedo y asegurar que estoy loco, eh? Tal vez Marta, mi tía, que todos los días le habla a las plantas. O mi vieja que desde hace años no habla con nadie y vive encerrada con las cortinas bajas. O el Tromba que hace trabajo físico brutal diez horas al día por dos pesos con cincuenta y los domingos no tiene ánimo ni para pajearse. Tal vez el Topo que siempre quiso estudiar filosofía y ahora que puede hacerlo elige computación. O a lo mejor quien podría señalarme sea Gladys que, soñando con la casita feliz, creyó que podía incluirme en su propia fantasía.

Nadie más que yo podría hacerlo porque solo yo sé lo que es hablar conmigo mismo, solo yo puedo entender lo elaborado de mis razonamientos, solo yo puedo juzgar cuándo he llegado a las puertas de la locura. Solo yo sé que esas puertas son las mismas que las de mi resignación al fracaso. Y yo no me resigno.

Pasé una noche entera en la calle sin dormir. Vagando, caminando sin rumbo. No tengo idea de cuánta distancia habré caminado, pero

sí sé que fueron unas cinco o seis horas de moverme sin parar. Sentía que me estaban siguiendo, que en cualquier momento alguien me saltaría encima para golpearme. Es más: al llegar a las esquinas se me aceleraba el corazón.

Si alguien se me acercaba a menos de dos metros de distancia, me ponía inquieto, como en guardia. En un momento, creo que cerca de Centenario, vi mucha gente haciendo fila al costado de una iglesia. Gente de la calle, se notaba por los trapos que vestían. La fila avanzaba bastante rápido, llegaba hasta una puerta en la que había una mesa improvisada con tablonos y caballetes. Ahí unas monjas entregaban una bandejita y un vaso de plástico. Estuve un rato mirando hasta que entendí que se trataba de comida y me puse en la fila.

En la bandejita te daban dos pequeñas albóndigas con salsa de tomate y un poco de arroz blanco, y en el vaso te servían un caldo que no pude identificar pero que tenía muy buen sabor. ¡Qué felicidad me brindó comer eso! No lo puedo explicar, pero sería algo así como sentir que, por más amarga que sea tu desgracia, siempre un plato de comida caliente te devuelve la esperanza. Sí, suena muy cursi, lo sé, pero lo sentí así de verdad.

38 Después, con la panza llena, me recosté en el banco de una plaza para descansar un poco los pies. Y al rato me despertó un murmullo intenso. Eran unos tipos, tipos grandes ya, que estaban en el banco de enfrente inyectándose vino. Tenían una jeringa con una aguja y una cajita de vino. ¡Se lo estaban inyectando! ¡Lo juro! Me levanté y me fui caminando apurado.

Entonces ya estaba amaneciendo y se notaba que sería una mañana hermosa, de esas en las que, ni bien te da la luz del sol, ya sentís calor y te vienen ganas de festejarlo de alguna manera. Así que me dieron ganas de fumar.

¡Qué egoísta que es la gente! Estuve unas dos horas pidiendo un cigarrillo. Me esquivaban como si fuese un poste. Fue una chica la que se apiadó y me convidó un Camel. También me dio fuego. Tenía un perfume exquisito, la piel bien rosada, perfecta, los ojos marrones brillantes. ¡Qué triste me sentí cuando la vi alejarse! Entendí que ese sería todo el contacto posible con una mujer mientras esta fuera mi realidad.

Mientras fumaba ese cigarrillo, revisé la billetera vacía que ya había revisado mil veces desde que había dejado la casona. Y esta vez, dentro de un bolsillito que no recordaba, encontré un pedazo de papel doblado en cuatro partes con la dirección del Topo. Y así fue como esa misma noche llegué hasta su departamento y le conté todo esto.

A la mañana siguiente, él me prestó la plata con la que pude volver a Lamarque.

Rendirse ante el fracaso. ¡Eso es la locura! Fracasar no es quedarte sin nada, como me quedé yo. Fracasar es renunciar a ser quien querías ser. Y ahí, justo ahí, empieza la locura, porque ¿cómo se hace para vivir sabiendo que no vas a cumplir con vos mismo? Y no vas a cumplir con vos por el simple hecho de que ya no estás dispuesto a hacerlo. ¡Te transformaste en el guía hacia tu propia desesperanza!

Y camino en círculos, alrededor de la fogata, riéndome a carcajadas de lo ridículo que suena que alguien tome la decisión de que no hacer nada es todo lo que quiere hacer. ¿Cómo puede ser posible semejante contradicción? Me río de quienes renuncian a ser ellos solo porque ya no pueden soportarse a sí mismos. ¿Y cómo pueden luego soportar a esa persona en la que se transforman, ese ser mediocre al que todo le da lo mismo por no atreverse a tomar el toro por las astas?

Solamente un loco deja pasar la vida así, como quien mira televisión. Solamente un loco. El tiempo pasa. ¡Ya estoy cerca de los treinta años y estoy en cero!

No tengo nada, apenas esta casona vieja que ya está empezando a pudrirse. La humedad va ganando espacio en la estructura, las paredes empiezan a descascararse, los sanitarios se cubren de sarro, las puertas se hinchan, ya no cierran bien y empiezan a chirriar. No puedo detener ese proceso de descomposición.

En algún momento, no sé dentro de cuánto tiempo, todo esto no será más que un montón de escombros en medio de la maleza. Y para cuando eso ocurra, seguro que ya hará muchísimo tiempo que habré dejado de existir.

Habían pasado dos años desde la última vez que estuve en el pueblo y encontré cada cosa en su lugar. Los mismos locales comerciales con los mismos dueños. Las mismas plazas con los mismos juegos despintados y bancos descascarados. Los mismos autos con la misma gente manejándolos.

Mientras viví en Lamarque ni me enteré del paso del tiempo. Es muy difícil escapar de una rutina cómoda con un entorno cordial invariable. Pareciera que todos se empeñaran en que el pueblo siempre sea el mismo, pensé al pasar por la casa de don Joaquín, casa que, por su eterno color rojo, siempre ha servido de referencia para orientar a propios y ajenos.

Y es que, en el pueblo, todo funciona como un organismo indivisible. Si algún día don Joaquín pintara su casa de otro color, no solo estaría atentando contra un sistema estable de referencias espaciales, sino que también pondría a los demás en situación de preocuparse por su estado de ánimo o, incluso, su salud mental.

¿Qué le está pasando a don Joaquín?, se preguntarían entre sí en una asamblea convocada solo para tratar ese tema.

Por la misma vereda, pero en dirección contraria, vi que se acercaba un antiguo compañero del colegio secundario. Se veía tal como cinco años atrás, hasta me pareció un poco más joven que entonces. Hubo encuentro de miradas y me llamó la atención que no me reconociera. Amagué un saludo y, solo cuando nos cruzamos, me di cuenta de mi error. No era él, sino su hermano menor. Los hermanos menores no solo se parecen a sus hermanos mayores, sino que además heredan sus ropas. Por eso podés volver años después al pueblo y ver personas que no solo son muy parecidas a tus congéneres, sino que además usan la misma vestimenta, lo que acrecienta esa sensación de continuidad hasta niveles asfixiantes.

Quienes encarnan figuras de autoridad también permanecen. El mismo cura, el mismo intendente, el mismo comisario, el mismo director del Hospital. Es porque los jóvenes siempre nos vamos, dicen ellos, pero para mí que es justo al revés: los jóvenes nos vamos porque nunca hay lugar para nosotros, solo se nos ofrece repetición y asfixia en bandeja de plata.

De los pocos días en los que estuve de visita obligada en Lamarque, recuerdo una noche como si fuese todas. Desde la oscuridad de mi habitación escuchaba los ruidos que llegaban de la cocina. Mi vieja lavando los platos. Yo sabía de memoria que, al terminar de lavar, ella fumaría el Jockey suave que encendería con el Bic rosa que siempre está metido entre el celofán y el paquete de cigarrillos. Una vez que ella se fuera a su habitación, el control remoto y los cigarrillos estarían a mi disposición en la mesa de la cocina.

En algún momento de la madrugada yo iba hasta el comedor, abría un poco el ventanuco que da al patio y tomaba un Jockey suave. Con el control remoto buscaba sin entusiasmo cualquier película

que muestre alguna escena caliente o, al menos, un par de tetas con los pezones endurecidos bajo una remera mojada. Como siempre me ganaba la ansiedad, encendía el cigarrillo para acompañar el proceso de búsqueda. Trataba de encontrar una imagen estimulante antes de que el cigarrillo estuviese por la mitad de manera que aún quedaran varias pitadas para después y no me viera obligado a quitar otro del paquete.

Una escena brevísima de una muchacha emergiendo de una bañera llena de espuma era suficiente. Cerraba los ojos y con la imaginación completaba la secuencia, a la que se agregarían de manera vertiginosa imágenes de compañeras del colegio o de la pileta municipal, partes de cuerpos y caras de placer que nunca vi. Por reflejo cerraba los ojos y, con la mano libre, ponía la palma hacia arriba formando un cuenco.

Después abría los ojos llorosos y me lavaba la mano en la misma canilla que usa mi vieja para lavar los platos. Tal vez, en la pantalla, la muchacha de la bañera llena de espuma ahora estaba desnuda, entrelazada con un hombre en las caricias preliminares al sexo. Pero no solo ya no me interesaba, sino que hasta me resultaba incómodo seguir mirando eso. El *zapping* se detenía en algún recital, tal vez uno de Soda Stereo o Sandro. Y todavía me quedaba medio cigarrillo para cerrar la noche.

42 Así fueron esas últimas noches en el pueblo, igual que durante toda mi adolescencia. Durante el día, en cambio, las horas se sucedían de una manera todavía más chata. Claro que hubo alguna excepción, como la noche en que salimos con el Tromba a tomar algo.

Esa misma tarde él había pasado a verme. Montaba su bicicleta de siempre, la misma que tenía desde los catorce años. Si entonces la bici le quedaba algo grande, ahora la relación se había invertido y él parecía un oso de circo. Hacía años que no lo veía usarla. Me

acuerdo de que, poco antes de terminar el colegio secundario, él había decidido que ya no la usaría porque, según sus propios dichos, lo hacía ver como un niño. Ahora, con la impunidad de los adultos, ese era su único medio de transporte. Y nadie se burlaba de esa imagen, salvo los niños, claro, que al no conocerlo solo veían a un gordo descomunal subido a una bicicleta de adolescente.

Cuánto me arrepiento de no haber correspondido mejor el abrazo que él me dio. Podría, al menos, haberlo mirado a los ojos. Es un gran misterio esto de entender el afecto y no poder ejercerlo; una suerte de empatía trunca, de aislamiento emocional. O tal vez sea nada más que falta de educación al respecto.

Me gustaría que ahora mismo hubiese alguien aquí, en esta terraza, para preguntarle si alguna vez le enseñaron a abrazar o, al menos, a corresponder un abrazo, a mirar a los ojos. Me gustaría que ahora mismo hubiese alguien aquí, en esta terraza, para poder contemplar juntos este fuego.

Con el Tromba fuimos a Kokenau, un bar con música a todo volumen y una pequeña pista de baile con bola de espejos y luz estroboscópica. Fue en ese mismo lugar donde rematé con una ginebra mi primera borrachera. Una borrachera feroz que, en realidad, fue una intoxicación por abuso del vino barato en el bar del Rafa, el lugar más sucio que vi en mi vida. Todo olía a pis de gato menos el vino, que el viejo te servía en un vaso de vidrio impecable. Pero la plata rendía más ahí: tenías un vaso de vino por el precio que pagarías por un paquete de Menthoplus.

Aquella noche de la primera borrachera, llegué no sé cómo hasta Kokenau y, tambaleando, exigí de mal modo un buen vaso de ginebra. Tomé apenas un trago y fue suficiente para que vomitara los fideos de la cena y unos dos litros de vino tinto en medio

de la pequeña pista de baile. Estaba tan roto que ni siquiera sentí vergüenza y me puse a bailar, mientras me limpiaba la boca con el revés de la mano. El Tromba me acompañó caminando las veinte cuadras hasta mi casa. Y de esa noche no recuerdo mucho más.

Ahora, casi diez años después de ese bochorno, el Tromba y yo estábamos sentados a la barra del mismo lugar. Nos ubicamos en la periferia de los acontecimientos, sin consultarnos, fue algo natural, como aceptando nuestra condición de espectadores en la noche de los jóvenes. El Tromba pidió un Chivas y yo un Fernet con Cinzano.

—Me quiero casar, Ramón—me dijo el Tromba justo después de tomar el primer sorbo—. Bah, en realidad lo que quisiera es tener una compañera, convivir y esas cosas—agregó.

—Lo primero que tendrías que hacer es bajar de peso, salvo que quieras conseguir una gorda como vos— le dije.

—Sí, es verdad, por eso restauré la bici y ya bajé unos kilos. ¿Dos años hace que no nos vemos?

—Más o menos, sí, unos dos años.

—¿Lo viste al Topo allá en Neuquén?

—Sí, lo vi la semana pasada.

—¿Y cómo anda?

—Para atrás anda, garchando gordas.

—¿Sí? ¡Pobre Topo!

44

Después de la primera vuelta de bebidas, la noche me resultó más animada y creo que al Tromba le pasó lo mismo porque empezó a moverse sobre el taburete y se puso charlatán. Ahí fue que me contó de su trabajo juntando tomates y algunos detalles de la convivencia con su mamá. Que trataba de ahorrar para irse a vivir solo, me dijo, porque ya estaba bastante cansado de que su mamá lo tratase como si él aún tuviera quince años. ¿Te acordás cuando teníamos esa edad?, me dijo.

Claro que me acordaba, casi todas las noches salíamos a caminar con él y el Topo. A veces, en verano, íbamos para el lado del río; otras, la mayoría, solo vagábamos por los alrededores del pueblo. Hablábamos mucho de cosas que hoy me suenan irrelevantes. El que más hablaba era el Topo. Para mí que se la pasaba el día entero pensando con qué asombrarnos durante la caminata nocturna, porque siempre tenía alguna idea sorprendente acerca de las cosas más simples.

Como aquella vez de la caca. «¿Cómo se produce la caca?», había preguntado el Topo, y el Tromba y yo nos quedamos callados, pensando una respuesta. «En el estómago», dijo el Tromba, y completó la afirmación asegurando que ahí es donde el cuerpo toma los nutrientes y deja solo los desechos, que pasan al intestino. Me acuerdo de que yo me apuré a decir que cuando la comida ya pasó por el estómago todavía no es caca, sino que termina de formarse mientras recorre el intestino.

—No, no es así—dijo el Topo—. Una vez que la comida está en el estómago, los jugos gástricos la disuelven por completo y eso disuelto recorre todo nuestro organismo, como una sopa que se mezcla con la sangre y viaja por las venas. Cada célula de nuestro cuerpo recibe esa sopa, usa solo lo que le sirve y el resto lo expulsa a través de la vacuola excretora. Después, lo excretado por todas las células se va reuniendo en el intestino y así es como se forma la caca.

Ese era el Topo, alguien que siempre estaba más allá. Y, aunque sospecharas que podía estar equivocado, necesitabas un nivel muy alto de conocimiento para poder dejarlo en evidencia. Es más, no solo sería necesario un conocimiento elevado, sino también diverso, y tener además la capacidad para exponer y desarrollar un tema con mucha claridad. Es que el Topo leía un montón, siempre andaba con algún libro encima. Varias veces en las que estando los tres

en la costanera vieja nos quedábamos sin tema de conversación, el Topo abría un libro y leía. A veces lo hacía en voz alta para compartir algún pasaje de lo que estuviera leyendo en ese momento. Eso en general no disparaba la charla, sino más silencio, pero un silencio de tipo reflexivo.

Ese era el Topo y no el mediocre cojegordas en que se ha convertido, pensé mientras pedía el segundo Fernet con Cinzano. El Tromba iba por su tercer whisky y, sentado como estaba, movía todo el cuerpo, tratando de seguir el ritmo de la música. De pronto tuve miedo de que semejante mole perdiese el equilibrio, así que me fijé en que tuviera los pies apoyados en el piso y ahí me di cuenta de algo que me pareció terrible.

—Tromba, ¿qué hacés sin medias?

—No uso más, me dan calor.

Y sin decir más, se levantó, fue hasta la pista y empezó a bailar con una plasticidad que me pareció increíble para su tamaño. Yo me quedé en el taburete porque creo que cuando tenés más de veinticinco años, ya no se puede andar bailando en público sin hacer el ridículo. Pero lo cierto es que el Tromba bailaba muy bien y hasta te contagiaba alegría verlo así, tan despreocupado.

Sonaba una canción que decía «Me gusta la guitarra, me gustas tú» y el Tromba hacía mímica, simulando primero tocar una guitarra y luego señalando a una chica muy linda que bailaba cerca. Lo observé un rato hasta que toda la situación me pareció de lo más normal y previsible, aburrida.

Cuántas estupideces somos capaces de hacer para estar con alguien. Cuán dispuestos al ridículo y a la pérdida de tiempo podemos llegar a estar a cambio de acceder a un poco de calor corporal, lamer un pezón y poder descargar unas gotas de semen. Se entra en una vorágine irrefrenable, como si un hilo invisible te llevara de tiro

de la punta de la pija; y ahí ya sos capaz de hacer cualquier idiotez, de reír sin causa, de dar la razón, de prometer cualquier cosa. Como si el cráneo fuera un glande latente y tus acciones las venas que irrigan la sangre que infla al hombre—pene que sos. La carne late y te pierde, late la carne y el cerebro se te apaga. Te late el cuerpo y el universo entero adopta la forma de un embudo gigante por el que te deslizás inconsciente hasta el calor y la humedad de una vulva. No hay mucho que hacer, la pendiente siempre te vence y, con los ojos cerrados, saltás al vacío creyendo tener la iniciativa. Y después... después te querés matar.

Te querés matar porque todo pasó muy rápido y de golpe te encontrás desganado, pegoteado, con resaca y sueño frente a alguien que no conocés, que ni siquiera sabés si te gusta. Y ya amaneció. ¡Si hasta te irías sin saludar! No te interesa nada de lo que tenga para decirte, querés estar solo. Solo. Y que nadie te hable ni te mire. Y que esta persona desconocida con la que recién acabás de estar, y con la que recién estuviste acabando, se olvide de tu nombre y, si fuera posible, se olvide para siempre de tu sonrisa, de tu cara, de vos y de todas las estupideces que dijiste. ¡Que le caiga un rayo! Que le caiga un rayo y se evapore. O, por lo menos, que la muy imbécil se olvide para siempre de todas las bobadas que hiciste para vender justo eso que no sos. Porque no sos un payaso. No, no, no. No lo sos. Era un personaje, nada más, así que el problema es de ella. El problema es de ella. ¡Que se joda por idiota! Porque si compró el estúpido personaje que inventaste, entonces también debe ser una estúpida.

De pronto, me descubrí con la mirada fija en una mesa vacía que estaba cerca de la puerta. Y me sorprendí al darme cuenta de que en esa misma mesa fue donde, dos años atrás, había conocido a Gladys. Lo primero que le vi y me llamó la atención fue el culo. Un culo no muy grande, pero bien redondo, como de bailarina. Después

me resultó muy agradable su manera de hablar. Ella estaba con su amiga Emiliana y yo con el Topo. Fue él quien decidió que Gladys era para mí, y todo lo que el Topo hizo aquella noche fue para que eso ocurriera. Simplemente fuimos, saludamos y nos sentamos a la mesa.

En toda la noche el Topo no había parado de hablar, solo hizo algunas pausas para que yo, Gladys o Emiliana pudiésemos negar, asentir o incluso emitir alguna breve opinión. Para mí esto fue de lo más cómodo, ya que, al ser el Topo quien se exponía, yo tenía tiempo para pensar cada cosa que diría y así emitir elegantes comentarios desde la tribuna. El Topo es tímido, sobre todo cuando se trata de mujeres. Pero esa vez se había mostrado desenvuelto porque Emiliana, tal como él mismo había dicho antes de lanzarse a invadirles la mesa, no le movía un pelo y por eso mismo le importaba poco y nada lo que ella pudiera llegar a pensar de él.

Lo cierto era que la estrategia del Topo había funcionado y al otro día yo estaba en la orilla del río Negro, bajo la sombra de un sauce, con Gladys, el termo lleno de agua caliente para el mate y unas galletitas de limón.

Gladys me dijo que el Topo le había parecido un personaje extravagante, pero quizá ese no sea el término exacto que utilizó. También dijo que había creído que el Topo se iba a ir con Emiliana y que por eso le había sorprendido tanto que se fuera solo ni bien salimos del bar, dejándonos a los tres en la vereda con el saludo en la mano. Cuando Gladys me hizo este comentario, no pude evitar una risita ante su inocencia. Y, como sentí confianza suficiente, le dije que el Topo nunca saldría con Emiliana porque él estaba para mucho más que eso.

—¿Cómo mucho más?

—Sí, mucho más —le dije—. Mirá, Gladys, tu amiga podrá estudiar medicina y ser de una familia con un buen pasar, pero la verdad es que es una gordita bastante boba, la pobre, una tarada con una papada muy desagradable que...

—¡No es gordita! —me dijo Gladys, sonriendo, y enseguida se dejó llevar por un ataque de risa con el que terminó de conquistarme.

Lo que nunca pude revertir fue el rechazo que, desde el inicio, me provocó su nombre. Gladys. Suena a cantante de cumbia o tía con rulos y pollera hasta los tobillos. ¿No podía llamarse de otra forma? Si al menos hubiera tenido un segundo nombre o un apodo. Y esa piel de mala calidad... eso tampoco me gusta del todo; esa piel blanca que deja traslucir un entramado rosáceo que no sé si son simples venas o una capa de celulitis que ya empieza a asomar, amenazando con estallar y deformar para siempre ese cuerpo de bailarina.

Sentí que me sacudían del hombro y, cuando pude enfocar bien la vista, lo vi al Tromba con la cara toda sudada que, hablando con dificultad, me invitaba a golpear a unos roquenses porque, según él, bailaban haciendo demasiadas contorsiones.

—¡Hagamos mierda a estos putos! ¡Vamos a mostrarles que acá no hay lugar para los maricas! —decía enardecido y, agarrándome por las solapas, quemándome la cara con el aliento, me gritó— ¿Cómo es que estos putos de Roca vienen a Lamarque a mover el culo así?

Traté de calmarlo mientras lo guiaba hacia la puerta de entrada. Ya casi estábamos saliendo del lugar cuando, de un sacudón, soltó mi mano, que lo sostenía por el hombro, y volvió al grito de «Ahora van a ver esos putos».

No quise ver más, ya estoy grande para esas pavadas, así que me fui tranquilo, dejando que mi cabeza hiciera lo que se le antoje. Y habrá sido que, entre el divague mental y los efectos del alcohol, debo haber perdido el sentido de la orientación y del tiempo porque de pronto escuché muy cerca una frenada seguida de un bocinazo de auto y dos luces potentes me encandilaron. Alguien me preguntó si yo estaba bien e insistió con llevarme a casa. Me enojé por la intromisión y mandé a la mierda a quien fuese que estuviera hablándome. Tuve ganas de vomitar y empecé a hacer arcadas justo cuando el auto se iba. Pero no llegué al vómito, me repuse enseguida y una ráfaga de aire fresco me ayudó a despejarme y darme cuenta de que había llegado hasta el río.

El resplandor de la fogata me calienta la cara por fuera y el licor de chocolate la calienta por dentro. Me alejo un poco del fuego y estiro los brazos. El mundo no será de los tibios, es verdad, pero tampoco de los calientes. El mundo será de quienes tengan la sangre helada.

Debería ejercitarme para tener cada día más helada la sangre. Un tipo con la sangre bien fría es un tipo peligroso. Porque las personas le temen a los que nunca temen. Y eso es algo muy simple de alcanzar, porque no tener miedo es nada más que eso: no tener miedo.

50 Que no se te mueva un pelo ante el sufrimiento ajeno ya sería un primer paso. Y creo que ese paso ya lo di, por más que una y otra vez me pregunte cuánto habrá sufrido este animal mientras agonizaba. Que me haga la pregunta no implica que sienta pena, sino tal vez curiosidad por las formas del dolor.

Había llegado caminando y sin saber cómo, en estado de inconsciencia, hasta el río, el mismo lugar en el que pasé los momentos más alegres de mi adolescencia. Sentí vergüenza por estar ahí,

por haberme dejado llevar de las narices por la nostalgia. Ya debería tener bien aprendida la lección. El pasado no sirve como archivo de experiencias, es nada más que un conjunto caótico de imágenes que nos quedaron dando vueltas en la cabeza y nos quitan tiempo para pensar hacia adelante, para idear un futuro. Ojalá perdiese la memoria, así podría fracasar en cada intento con la misma energía de la primera vez en lugar de acumular, con cada fracaso, el desgano que te lleva a la resignación total.

Casi amanecía cuando llegué a la casa de mi vieja, así que, en lugar de acostarme, aproveché el impulso y armé un bolso con algo de ropa que había quedado ahí y que podría volver a usar. No quise despertar a mi vieja, así que le dejé una nota en la que escribí «Nos vemos pronto, felices fiestas.»

Llegué a Neuquén poco después del mediodía, me acuerdo de un sol tremendo y de que bajé del micro con muchísimo hambre, decidido a comer un choripán.

En el último trago de la segunda lata de cerveza, se acercó un perro negro muy flaco y me miró, moviendo la cola. Por dentro sentí un sacudón, de golpe caí en la cuenta de que yo había dejado al perro encerrado. «¡Pobre bicho!», pensé, dos semanas sin comer... ¿Cuánto podía aguantar un perro sin comer? Supuse que un gran danés, por su tamaño, podría soportar muchos días. No sé cuántos, pero mucho más que quince me pareció lógico. Pensando eso, me repuse enseguida del sobresalto y pedí otra lata de cerveza como para ir cerrando la parada.

Fue largo el viaje en colectivo hasta la casona. Largo y muy caluroso. El colectivo estaba lleno de gente, fui casi todo el viaje parado, colgado del caño. Me dormía parado. Cuando por fin llegué a la casona, entré derecho al baño y de ahí fui a la habitación y me desparramé sobre la cama. Ayer fue eso. Es verdad. Debo haber dormido

un día entero, entonces, porque desperté recién hoy por la tarde, cuando ya estaba anocheciendo.

Me levanté y fui hasta la cocina. Y ahí lo vi al perro tirado, duro de muerte. Pobre bicho. Parecía de cartón. No tenía mal olor, supongo que porque la muerte habría sido pocas horas antes. Me preguntó si no estaría vivo cuando llegué ayer a la casona. Es una duda que me quedará para siempre.

Creo haber escuchado el sonido del timbre. No estoy seguro, quizá solo me pareció. No, no, ¡ahí sonó otra vez!, ahora lo escuché bien clarito. No pienso bajar a abrir, tengo que terminar esta fogata. Pero ¿quién podría ser?, ¿quién será? ¿Quién? Me carcome la curiosidad, me acerco al muro y me asomo un poco, trato de ver dos pisos más abajo, allá en la vereda. Veo a alguien con un piloto de lluvia, ¡con el calor que hace! Me asomo un poco más, apoyo la cintura y las manos en el borde del muro, adelanto un poco más la cabeza, trato de distinguir. Tiene el pelo largo, es una mujer. La veo cruzar la calle, va hasta la vereda de enfrente, mira hacia acá, levanta los brazos y los mueve de arriba a abajo mientras grita mi nombre... ¡es Gladys!

¿Qué mierda hace acá?

Lo único que me sale es agacharme rápido y quedarme quieto atrás del muro. Tal vez no me vio. Es más, hasta es posible que haya movido los brazos y gritado mi nombre con la esperanza de que la escuche y me asome.

Ahí la oigo gritar mi nombre otra vez. Pero ¿qué certeza tiene de que yo esté aquí? Ninguna. Puede ser que desde la calle se vea el resplandor de la fogata y, en ese caso, es evidente que hay alguien acá arriba, pero nada indica que ese alguien sea yo.

Puedo llamarla dentro de unos días, hacerme el tonto, contarle todo lo que pasó y decirle que, cuando volví a la casona, encontré restos de una fogata en la terraza.

En la terraza, restos de una fogata, sí.

Un puñado de cenizas.

Y no sé, quedará como un misterio.

Una montañita de arena gris. Arena finísima, liviana, etérea.

Sí, sí, algo así le voy a decir. Algo así, algo por el estilo.

Veo cómo una ráfaga de viento forma un remolino con las cenizas.

En unos días, si tengo ganas, la llamo y arreglo todo.

El viento pasó, pero las cenizas se elevan todavía un poco más. Arremolinadas, se desaceleran.

Tiene muy buen culo, muy bueno, sí. Además es comprensiva.

Y las cenizas quedan flotando un instante. Una nube de polvo.

Si le intereso de verdad, sabrá perdonarme.

Polvo de cenizas de perro muerto de hambre.

¿Cuánto valdrá esta casa?

Richard

En un rato tengo que ir para el centro, amigo Pipo, pero antes compramos una cerveza en el kiosco de la esquina así te cuento por qué, cuando parecía que por fin había podido salirme de este barrio, tuve que volver. No te preocupes, yo invito.

Sentémonos acá nomás, como siempre, en el pasto de la vereda de doña Luisa. Está linda la tarde con este sol.

Yo sé que estás enojado porque dejé de aparecer por los ensayos de la murga y ni te avisé, pero es que estaba muy ocupado con eso de tratar de irme de acá. Vos sabés bien lo difícil que es eso y yo no quería perderme la oportunidad que se me había presentado. Ya varias veces antes había intentado buscar un trabajo. Dejé mis datos en varios lugares a los que fui bien vestido. Pero es al pedo, cuando ven que vivís acá no te llaman ni locos. Es así y no hay vuelta, Pipo: si vivís en la villa nadie te va a contratar. Vos lo sabés bien a eso, ¿o no? Vos sabés bien que, como mucho, podrás conseguir una changa para descargar bolsas de cemento de un camión o como ayudante de albañil.

Siempre trabajos de mierda, solo trabajos de mierda. Yo quiero otra cosa, siempre quise otra cosa. Y vos también, ¿o no?

Qué bueno, la birra está bien fría. Siempre la tienen a la temperatura justa en este kiosco, se ve que saben de qué se trata. ¿Te acordás del dueño anterior? ¿Cómo era que se llamaba el viejo?

¡Fabián! Sí, Fabián. Chileno era. Me acuerdo de la mala onda que tenía, venías a comprarle algo y te ladraba. Dos tiros en el pecho. Seguro que fue algún loquito que aprovechó el arrebato para llevárselo puesto. ¿El Polaquito? No sé, no creo, ese guacho solo mataba canas.

Quince años tenía el pibe y ya se había cargado a dos. Por eso lo reventaron a tiros.

¿Te acordás cómo fue?, ¿que lo rodearon cuatro patrulleros y lo acribillaron? Como treinta balazos le metieron al Polaquito ahí nomás, acá a la vuelta, adelante de todos. No les importó nada.

Hace casi un año ya de eso. Me acuerdo bien, serían las siete de la mañana. Yo justo estaba por salir cuando escuché los corchazos. Tenía que ir hasta el centro a dejar mis datos en un frigorífico. Esperé lo más que pude y, cuando salí de casa, la calle estaba cerrada. Había como diez patrulleros y no sé cuántos policías. También había varios de esos otros milicos con casco y traje tipo armadura rodeando el lugar. Así que, para llegar a la parada del colectivo, tuve que dar toda la vuelta y pasar por el borde del zanjón, donde están siempre los limados aspirando poxi.

Tuve que boxearme con uno que se puso muy pesado pidiéndome que le pagara peaje. Dos cachetazos y cayó como un muñeco de trapo, desparramado entre los pastizales. Los otros, que serían unos cinco o seis, no movieron ni un pelo. Se quedaron ahí sentados, respirando un moco grande de Poxiran que tenían en una bolsa, apoyados contra la pared trasera del galpón abandonado. Esos pibes ya no sirven para nada, ni para salir a robar.

Aquella vez, por culpa del Polaquito, los canas y los limados, llegué media hora tarde y ya había como cincuenta candidatos para

el trabajo. Tipos enormes, de espaldas anchas, de esos que pueden cargar media vaca en cada hombro. Y yo ahí, un flacucho sin experiencia, último en la fila de los titanes.

Me quedé un rato hasta que me di cuenta de que ni llegando primero podría competir con esos tipos. Así que aproveché que estaba cerca y pasé por el *shopping* a visitar a mi prima Gladys. Vos la conociste, ¿no?

Sí, esa misma. Si no tuviera ese culo ni te acordarías. Ella trabaja en un local de ropa. A mí me gusta mucho pasear por el *shopping*. Todo está perfumado, ordenado, brillante. Es como otro planeta. Me gusta ir y mirar a la gente. Ver cómo se viste, qué compra, qué come. Aprendo un montón de cosas así.

Esto te lo voy a contar a vos porque sé que me vas a entender y por eso mismo no vas a salir a boquear por ahí: a veces me paro cerca de algún tipo nada más que para grabarme en la nariz el perfume que usa. Después entro a la perfumería y trato de averiguar cuál es.

No es fácil, porque después de oler tres o cuatro frascos es como que se me empacha la nariz y me cuesta diferenciarlos. Pero aquella vez lo identifiqué en la segunda fragancia que olí. Es un perfume que tiene un nombre difícil, me parece que es francés. Si veo la etiqueta lo reconozco. ¿Sabés cuánto costaba?

58

Poné un precio. Pensá en cuánto estarías dispuesto a pagar por un frasquito así de perfume, que si tuviera birra ni siquiera sería un buen trago.

¿Cuánto decís?

No, el triple que eso.

Sí, una locura.

Me da curiosidad saber de qué trabajará el tipo que usaba ese perfume.

Es verdad, no debe trabajar.

Cuando le conté a mi prima lo que salía ese perfume, se empezó a reír y me dijo que por qué mejor con esa plata no me compraba dos pantalones de los que vendía ella. Y aunque me lo dijo como un chiste, me quedé pensando en que, por más que me guste tanto, ese perfume no tiene nada que ver con la ropa que uso ni con quién soy yo. Como que hay cosas que para poder usarlas sin que nadie te mire raro, tenés que cambiar otras cosas de vos mismo. Y para usar un perfume de esos son muchas las cosas que tendría que cambiar. Casi como fabricarme otra vida, ¿o no?

Y eso no es para nada fácil, tenés que mudarte de barrio, conocer otras personas, escuchar otra música. Hacer otra en todo sentido. Y aquella vez mi prima me contó que había empezado a salir hacía unos meses con alguien distinto a todos los idiotas con los que había estado antes. Un tal Ramón, un muchacho de Lamarque con muchas ideas para salir adelante por su propia cuenta, sin depender de un sueldito.

Gladys también me contó que Ramón era dueño de una casa muy grande acá en Neuquén y que, además, estaba con el asunto de la fotografía. Pero ya se había cansado de hacer fotos de cumpleaños y quería ser el fotógrafo de alguna banda de música piola. Entonces me acordé del Chelo, el bajista de los Fumados, y se me ocurrió que a lo mejor se podía hacer un enganche ahí.

A los dos o tres días estábamos tomando una cerveza los tres. La verdad es que Ramón me cayó mal desde el principio. Me miraba como si me estuviera haciendo un gran favor cuando en realidad era al revés. El tipo no quería reconocer que yo lo beneficiaba más de lo que él me beneficiaba a mí. Lo estaba poniendo en contacto con un mundo al que nunca pero nunca podría haber entrado por su propia cuenta, y él ¿qué me daría a cambio?, apenas unos pesos cada vez que hubiera un recital. Como si yo fuera el asistente o algo así. Era como que le costaba considerarme un socio, un igual.

Aquella vez que le presenté al Chelo, enseguida se puso a hablar con él y a mí me dejó de lado en la charla, no me pasaba ni la hora, como si no existiera. Por suerte yo no soy un almita sensible, si no te juro que me levantaba, le metía un bife y me iba.

Ese día entendí que, si había una posibilidad de hacer algo con este muchacho, yo tendría que estar bien atento para que no me dejara pedaleando en el aire.

Las cosas anduvieron bien unos meses, mejor de lo que yo esperaba. De a poco, Ramón se fue relajando y empezó a tenerme confianza. Era más amable conmigo, hasta hacía chistes. Pero una noche me di cuenta de algo que me puso en una situación difícil. El tipo se pasaba medio recital de los Fumados sacándole fotos a alguna chica a la que le había echado el ojo y después le entregaba una tarjeta. Enseguida pensé en Gladys. La pobre no venía con nosotros porque no quería interrumpir el trabajo de Ramón y este desgraciado buscaba todo el tiempo ponerle los cuernos.

Entonces empecé a desconfiar del buen trato que me dedicaba. Para mí que lo hacía para que yo no fuera corriendo a contarle todo a Gladys. Me sentía como un tarado, me daba mucha bronca que este creyera que no me daba cuenta de nada o pensara que yo no iba a hablar solo porque él me trataba bien.

60 Una posición de mierda, porque si yo le contaba a mi prima, ella lo mandaría al carajo y él sabría que fui yo el de la lengua larga. Y ahí no más se cortarían también mi posibilidad de hacerme otra vida. Lo odiaba y, al mismo tiempo, lo necesitaba. Se había convertido en mi jefe.

¿Una birra más? Bueno, vos no tomes si no querés, pero haceme el aguante. Te juro que es la última.

En un momento, la onda con los Fumados se cortó. Ellos arreglaron con una empresa que les hacía sonido, fotos, video, todo el paquete. Ramón me dijo que tarde o temprano eso iba a pasar porque

la plata que ganábamos no alcanzaba para comprar más equipo y, como la banda estaba despegando, necesitaba de un servicio que nos superaba. Yo creí que ahí nomás se cortaba todo, pero no. La verdad es que esa vuelta el tipo me sorprendió, pero sería la única vez que fue para bien.

Me propuso formar una sociedad. Él ponía el equipo y yo el trabajo. Yo me puse muy contento y, aunque no me quedaba bien claro de qué iba la cuestión, acepté y me mudé lo más rápido que pude.

Me llevé todo lo que tengo, o sea mi mejor ropa y el redoblante. Ese redoblante me lo regaló Gladys hace tres años, cuando empecé en la murga. Me acuerdo de que la muerte de mi sobrino, el Chipi, me pegó tan mal que en el parche del redoblante pinté la frase «La droga es muerte». Y cuando Ramón la vio se empezó a reír. No le dije nada porque me di cuenta de que él no sabía cómo venía la mano, se reía de puro ignorante nomás. Después me iba a dar cuenta de que este chabón era de esos giles que ven un redoblante y les da miedo. No sé por qué, será que se imaginan que solo se usan para protestar en la calle.

La habitación que me tocó tenía una humedad terrible que mojaba todo y siempre había un olor feo, a rancio. Yo tiraba desodorante, pero en el aire flotaba un vapor que se comía todo. Así que dejaba la puerta siempre abierta. Hasta que descubrí que al perro inmenso de Ramón le gustaba echarse en mi cama, así que empecé a dejar la puerta cerrada cuando salía. Pero al volver a la casa y abrir la puerta de la habitación, el vapor acumulado me mojaba la cara. Yo pensé que era la única habitación disponible, pero resultó que había otra, un poco más chica, que no tenía humedad. Ramón me dijo que ese lugar era para guardar el equipo fotográfico que todavía no tenía, pero que pronto se iba a comprar.

Por momentos yo pensaba que el tipo estaba mal de la cabeza. Era todo muy raro, porque a veces me parecía un genio y otras un loco perdido.

Yo creo que habría estado todo bien si el loco no hubiera querido cobrarme alquiler por ese agujero húmedo.

Sí, cobrarme por la habitación. Cuando hablamos de números me dijo que, como él arriesgaba más que yo, le correspondía un sesenta por ciento de lo que ganáramos. Hasta ahí todo bien, pero después me aclaró que la cuarta parte de mi ganancia correspondía al pago por la habitación y que, para ahorrarme el calor de tener que darle la plata en la mano, él mismo me iba a descontar. Pasado en limpio: me daría el treinta por ciento.

Me explicó que se calcula que entre la tercera y la cuarta parte de lo que uno gana se lo suele llevar el alquiler, así que él estaba siendo generoso conmigo al descontarme nada más que la cuarta parte y no la tercera según correspondía.

Capaz que tenía razón, aunque a mí no me cerraran mucho las cuentas. Para mí lo más valioso era que ya no vivía en la villa, sino en una casa con piso de madera, paredes de ladrillo, techo con cielo raso, en un barrio de calles de cemento con árboles en las veredas.

62 Igual cada tanto hacía algún laburito de los míos como para vivir más o menos como la gente. Lo que ganaba con Ramón no daba para mucho, apenas para comida, cigarrillos y cerveza. Y la verdad es que yo, como cualquiera que tenga dos dedos de frente, necesito más cosas para vivir. No me aguanto andar por ahí todo roto y sucio, necesito vestirme piola y oler bien. Y también necesito un montón de cosas más.

Lo que pasa es que me quiero rescatar, Pipo, porque a veces tengo miedo de terminar con un par de plomos en el pecho. Por eso yo me muevo así, con cuidado. Toco y me voy, la pelota casi siempre

la tiene otro: el que me vende o el que me compra. La clave es no acumular. Cuando empezás a tener el ladrillo en tu casa, corrés peligro de que la policía te reviente la puerta cuando necesite encanar a algún perejil.

Hubo una época en que yo andaba zarpado. Vos te acordás. Fue antes de sumarme a la murga y conocerte a vos y a Clarita. Yo vendía mucho faso, pero además fumaba como un escuerzo. Estaba todo el día de la cabeza y no me preocupaba por nada. Pero por nada. Es más, te digo, creía que el humo me aclaraba la mente. Hasta que una noche me levantaron los milicos y me hicieron nadar en el río.

Sí, de verdad. Esto no lo sabías porque cuando entré en la murga me dio mucha vergüenza contarles. Clarita me gustó enseguida, no quería que sintiera lástima por mí. Me levantaron de la puerta de mi casa. Era de noche, tarde ya, cerca de las doce. Yo estaba sentado en la vereda tomando una birra. Al patrullero lo vi desde lejos, venía despacio, pero pensé que iba a seguir de largo con las luces girando en silencio, como de costumbre.

Me confié demasiado. Se bajaron dos corriendo y entraron a darme patadas y piñas. Así me subieron al auto. Prendieron la sirena y salimos a fondo, levantando tierra. Pero cuando salimos del barrio apagaron la sirena y, a pesar de la locura que yo tenía encima, me di cuenta de que tomábamos un rumbo que no era el de la Comisaría, sino el del puente viejo. Ahí me asusté, pero no podía hacer nada más que esperar.

Llegamos al puente viejo y el auto se metió por un camino todo roto, muy estrecho. Anduvimos un rato por ese camino, entre pastizales altísimos, hasta que salimos a un descampado que está de este lado del río, donde hay algunos autos quemados y mucha basura. Antes de bajarme me sacaron toda la plata y el poco de faso que me quedaba.

«Si no sabés nadar, ahora vas a aprender, guacho», me dijo uno de los canas antes de empujarme al agua helada. Mientras nadaba, escuchaba las risotadas. No sé qué carajo le encontrarán de divertido a eso. Capaz que les gusta que les tengan miedo y creen que obligándote a nadar de noche en el río te vas a cagar en los pantalones. Se reían como locos, como si fuera lo más gracioso del mundo. Son unos pobres infelices.

Después de eso empecé a cuidarme más. Fumaba poco y solamente a la mañana, porque a partir del mediodía quería estar bien despierto para que no me molestaran otra vez. También vendía menos y lo hacía con mucho cuidado. Hasta que una tarde, cerca del lugar donde ranean los limados, me acorralaron los milicos y me dieron alta paliza.

Recién ahí entendí el mensaje: la vez del río no me habían pedido que me retirara, sino que les diera participación. Ya había escuchado cosas así, pero pensaba que eso hacían con los que estaban por encima de mí, con los que, sin llegar a ser capos, mueven una buena cantidad. Pero parece que estos canas, dentro de la fuerza, eran apenas unos perejiles. Y los perejiles joden a los perejiles porque no les da el cuero para otra cosa. Con diez guachiperejiles como yo, estos tres poliperejiles se llevarían una buena torta.

64

A partir de esa tarde, en la que me dejaron morado a palos, empezaron a seguirme. Siempre tenía el patrullero al alcance de la vista. A veces pasaban al lado mío y me saludaban riéndose.

Ahí fue que me sumé a la murga. Creo que necesitaba sentirme menos solo, no sé. Si no estaba con ustedes ahí, en la fundación, me quedaba en casa o me iba a pasear por el *shopping*. Cualquier cosa que no fuera estar en las calles del barrio.

Me acuerdo de que hasta me compré un buzo con capucha y unos anteojos bien grandes que me tapaban media cara. Así que,

cuando andaba por el barrio, caminaba rápido y mirando para todos lados como si no fuera de acá.

No poder caminar tranquilo por las calles en las que te criaste es lo mismo que decir que ya no es tu lugar. Es horrible sentirse así de perseguido. El delito que estaba cometiendo era no querer delinquir. Pensé que me iba a volver loco. Si quería estar tranquilo ya no me alcanzaba con no vender. Tenía que irme.

Y eso es lo más difícil, es el sueño de cualquier pibe de este barrio. Es muy loco que sea el sueño de todos pero que solo lo cumplan los que se ven obligados a hacerlo, ¿no? Capaz que si todos los pibes se fueran de cada villa, con el tiempo las villas dejarían de existir, serían nada más que un montón de maderas y chapas abandonadas. El tema es adónde ir, ¿no? En eso estaba yo cuando Ramón me propuso ir a vivir a su casa. Y por eso no me importó la humedad de la habitación ni tener que pagarle un alquiler ni que el tipo fuera un mal bicho. Bueno, la verdad es que no me importó al principio, porque después se volvió imposible vivir ahí con semejante hijo de puta.

Conseguí que el Choco nos diera un laburito y empezó a entrar muy buena guita. Pero muy buena. Yo no podía creer que fuera posible ganar tan buena plata haciendo tan poco. Pero Ramón se trastornó y quería más y ya mismo. Y tal fue así que un día llegué a la casona y me enteré de que había puesto toda la plata, incluyendo la mía y sin preguntarme, en comprar más equipo.

Sí, la verdad es que mejoraba las cosas y entraba más plata, pero ni me consultó. Una y otra vez el tipo hacía lo mismo: tomaba decisiones sin consultarme. Decisiones que me afectaban. ¿Y si yo quería mi plata para otra cosa, eh?

Funcionó. Sí, estuvo bien y funcionó. Pero una madrugada el Choco salió muy colocado en el auto y se la puso contra un palo de luz. Dicen que cuando llegó la ambulancia ya estaba muerto.

Ahí se terminó el negocio. Y Ramón tenía plata mía convertida en equipo, bajo llave, en la habitación sin humedad.

Cuando le dije que necesitaba mi parte porque no me quedaba un peso, se empezó a reír y me pidió paciencia. «Ya va a salir algo», me dijo. Entonces le dije que si él estaba tan tranquilo era porque tenía efectivo como para esperar unos días, así que bien podía darme un poco así esperábamos en igualdad de condiciones. Entonces, sin que se le moviera un pelo, me dijo que yo era un desagradecido, que ante la primera dificultad yo quería salir volando, que lo único que me importaba era la guita y que no le estaba reconociendo todo lo que había hecho por mí. Que si no fuera por él, yo todavía estaría en la villa, me dijo.

Y ahí ya no me pude aguantar más y le dije que podía ser que fuera así, pero eso no tenía nada que ver con el hecho de que él tuviera la guita y yo no. Entonces empezó a hacerse el asustado, me mostraba las palmas de las manos y me pedía que me calme, me decía que si yo necesitaba tanto la plata él me la daba, pero que, por favor, no me pusiera violento. Me trataba como si lo estuviera asaltando. Y si hay algo que me pone violento es que me traten como si yo fuera un violento. Me enojé tanto que me fui antes de darle una trompada. Me fui así nomás, con lo puesto.

66 Esa noche anduve vagando por la ciudad. No sé ni por dónde, pero caminé toda la madrugada. Tenía poca plata, me aguanté el hambre hasta que no pude más y me comí un pancho en una plaza. Te juro que, mientras masticaba el pancho, sentía el sabor de la bronca que tenía encima. Era una acidez que me subía y me bajaba. Bajaba con lo que tragaba y después volvía a subir, como una burbuja de mala onda. Era la respiración, me sentía envenenado. Si hubiera tenido un fierro hubiera matado al primero que pasara cerca.

Sabía que tenía que tranquilizarme y pensar. Desde la noche en que los milicos me habían obligado a nadar en el río que no me sentía tan ninguneado. En algún momento tenía que volver y ponerle los puntos a este taradito que había resultado ser más tilingo que un porteño. Pero sabía que no podía ir así como estaba yo en ese momento porque si le entraba a dar capaz que la cosa terminaba mal.

Tenía que calmarme, pensar. Seguir sentado lo máximo que aguantara, respirar pausado, bajar las revoluciones. Me senté a fumar un faso y, de a poco, me tranquilicé. Desaparecieron la acidez y el globo de mala onda que tenía en la garganta, el corazón empezó a bombear más lento y se me aclaró, de a poco, el pensamiento.

Pude planear mi desquite con tiempo, sin usar la violencia para no darle la razón al taradito. Lo vigilé desde la esquina de la casa hasta que lo vi salir y lo seguí para asegurarme de que tomaba el colectivo. Volví hasta la casa y entré con mi llave, como si no hubiera pasado nada. Subí la escalera, tomé agua en la cocina, crucé el comedor, junté mis cosas sin apuro y después abrí de una patada la puerta de la habitación de Ramón. Revisé todo y encontré una lata vieja llena de plata. ¿De dónde había sacado tanta plata este infeliz? ¿Me había estado jodiendo como al mejor?

Llamé un taxi, cargué el equipo que estaba en el comedor y me fui al centro a vender todo eso por la plata que me dieran. Después me quedé unos días en un hotelucho y me di la gran vida: pizza y birra en cualquier lugar y a cualquier hora. Hasta me compré una bicicleta bien piola.

Esa vez sentí, por primera vez en la vida, que había hecho por fin un acto de justicia. Se siente bien eso de hacerle comer mierda al que te quiso cagar desde arriba de un palo.

Mirá ese perro, amigo. Le falta una pata. No me gustan los perros. Y acá en el barrio cada vez hay más. Un día va a haber más perros que

gente. Acordate de esto que te digo, ahí van a empezar a atacarnos. Perros comiéndose a un pibe en medio de la calle. Pedazos de personas tirados, pudriéndose en las cunetas llenas de agua podrida. Ya lo vamos a ver, tan lejos no estamos de algo así, el aire ya huele a muerte.

¿Vos te acostumbraste a los olores del barrio? Yo no, creo que nunca me voy a acostumbrar. El olor a agua podrida está siempre. A veces lo tapa un poco el olor a humo o el olor a mierda, pero si sos de prestar atención con la nariz, el del agua podrida es un olor que siempre está. En las noches de verano es impresionante, mejor no salir de la casilla porque te tumba. Yo hasta he dormido con un pañuelo húmedo tapándome la nariz.

Pero lo peor es que ese olor se te pega, se mete entre la ropa, como el frío. Y te sigue adonde vayas. Me ha pasado estar arriba de un bondi, bien lejos de acá, al otro lado de la ciudad, y sentirme olor a agua podrida. Olor a villa miseria. Estoy seguro de que los demás sienten ese olor cuando están cerca de mí y enseguida se dan cuenta de dónde vengo.

A veces me da por pensar que no es que se me haya pegado el olor del barrio, sino que yo mismo soy agua estancada y que voy a dejar de oler así recién cuando pueda cambiar de vida.

68 Lo que ustedes hacen con la fundación está bueno, pero no alcanza. Está bien que haya un lugar en el que los pibes puedan entretenerse y hacer otra cosa que no sea fumar paco o ranear en una esquina, pero no les cambia la vida. La murga te muestra que sos valioso, es verdad, y que podés hacer cosas, pero no alcanza, Pipo. El pibe después llega a la casilla en la que vive y la chapa sigue siendo chapa y, adonde vaya, va a ir con él este olor a agua podrida y toda esta miseria que nos aplasta.

Sí, es mejor que la fundación exista, claro, pero es apenas un dedo en una manguera llena de agujeros. Cuando me sumé a la

murga, al principio no entendía mucho de qué iba la cosa. Yo me había acercado porque me sentía perdido, como que necesitaba un grupo humano que me ayudara a rescatarme. Lo único que sabía era que se juntaban una o dos veces a la semana para hacer un poco de ruido y bailar. Pero me gustó mucho eso de que hubiera un rato para charlar y que viniera de vez en cuando algún profe de la universidad a hablarnos de historia, de política. Eso me abrió la cabeza.

También estuvo bueno ir a las marchas para apoyar a los maestros, a los laburantes. Hay que estar despierto y humanizarse, eso es lo que aprendí con ustedes. Porque si te quedás solito en tu casa, te come el león. Y por eso es que en un rato me voy para el centro. No solo porque me invitó Clarita, sino también porque ya entendí de qué se trata. Ahora sé que tomar la calle es la única manera de que este gobierno nos tome en serio.

Me dijo Clarita que vos te quedás cuidando el local. Me parece muy bien, algunos guachos están muy zarpados y son capaces de desvalijar hasta la escuela que les da de comer y los educa. No tienen código. Yo sí tengo código. Por eso es que no le dejo pasar ni una a nadie. Y porque tengo código es que me embronqué cuando mi prima Gladys me contó que estaba embarazada de este Ramón y que él no se hacía cargo. Es más, no solo este taradito no quería hacerse cargo, sino que además hasta puso en duda que el bebé fuera de él.

Yo no conocí a mi viejo, pero me imagino que debe haber sido de esta clase de hijo de puta. Si no te hacés cargo de un hijo, sos un hijo de puta y no hay vuelta que darle. Y si encima ponés en duda la palabra de tu compañera, sos doblemente hijo de puta.

Sentí que no le había dado una buena lección. Entendí que el tipo necesitaba más. En realidad, ahora me doy cuenta de que era yo el

que necesitaba más para teparle la boca a todo ese veneno que sentía, un torrente de bronca que me endurecía la mandíbula.

Estuve unos cuantos días pensando, porque no daba para ir y entrarle a las trompadas así nomás. Eso me sonaba a poco. No te digo meterle un puntazo o algo así, sino dejarlo en pelotas, verlo llorar, pedir «por favor»; que se quede con nada. Que aprenda.

Yo sé que vos pensás que eso de ojo por ojo no sirve, pero a mí eso no me arregla. Si me jodiste, te jodo. No te va a salir gratis. Yo tengo código.

¿Conocés a Marisa, la travesti de la comparsa del barrio? Bueno, a ella le pedí que me hiciera el favor de llamarlo al idiota y hacerle creer que había un trabajo para él. Pensé que no iba a caer, pero cayó como un gil y llevó todo el equipo que le quedaba.

Nunca le había dado tantos golpes a alguien. Quedó hecho un bollo, tirado en el piso, llorando como el puto de mierda que es. No lo amasijé porque tengo código. Lo que me gustaría saber es si habrá aprendido algo o va a seguir siendo el mismo garca de siempre. Algunos giles no tienen arreglo.

¿Vamos yendo? Te acompaño hasta el local, de ahí al lado sale una camioneta. De la casa de Mario, un amigo de Clarita. Supongo que antes de la noche vamos a estar en la plaza agitando para que se vayan todos.

Gladys

No te des vuelta ahora, Emi, pero justo atrás tuyo, a través de la ventana que da a la calle, lo veo al Topo. ¿Te acordás de él? ¿Sí? ¿Que qué hace? Está en la vereda, charlando con un gordo grandote que está encima de una bicicleta que le queda chica. ¿Que qué hace acá en Lamarque? No sé, ni idea, habrá venido a pasar las fiestas, supongo. Tiene a sus padres acá, ¿no?

Corré un poco la cabeza hacia la derecha, por favor, así me tapás mejor. ¡No quiero que me vea! Ahí está bien, gracias. No quiero que me vea porque, si se encontrara con Ramón, seguro que le contaría que me vio. ¿Cómo que qué tiene de malo? Que el muy caradura de Ramón va a pensar que lo estoy persiguiendo, que vine al pueblo para ver si él estaba acá. ¡Sí, claro que es capaz de pensar eso! Es de los que creen que el mundo gira a su alrededor, así que imaginate. Ahí se va. Ya se fue. ¡Menos mal!

¿Ya decidiste qué vas a pedir? Yo voy a pedir el *brownie* con nueces y merengue. Y un café, claro, para acompañar esa delicia. No sé, un café mediano o doble. ¿Vos? ¿El *lemon pie*? Muy bien. ¿Y un capuchino a la italiana? Está muy bien, Emi, no te sientas culpable. Los gustos hay que dárselos en vida. ¿Pedimos esto? Bien, llamo a la chica entonces.

Hace días que tengo antojo de *brownie*, soñaba con este momento. Es una pequeña alegría que me permito en esta situación. No, triste no estoy, más bien decepcionada. Muy decepcionada. Está claro que voy a tener que encargarme yo sola de esta criatura.

Perdón por estas lágrimas, prima, perdón. Qué gracioso, pensar que la semana pasada, el día que me confirmaron el embarazo, me juré a mi misma que nunca jamás iba a llorar por este idiota. ¡Y acá estoy! Gracias por el pañuelo. Bueno, por fin, ahí viene la chica a tomar el pedido. Hola, buenas tardes, vamos a pedir un *lemon pie*, un *brownie*, un café doble y un capuchino a la italiana. Sí, ese de tres colores. Muchas gracias.

Me encanta venir a este lugar, Emi. Es sencillo, discreto, tiene pocas mesas. Todas de madera maciza, muy buena madera. Y del piso ni hablemos, en mi vida he visto uno tan hermoso como este. ¿Lo lustrarán todos los días? Son muchas las cosas que me gustan de este café. Siempre está todo impecable y la música está a un volumen que te permite conversar, ¿viste? Debe ser por eso que no viene mucha gente, ¿no? ¿No te parece que las personas conversan cada vez menos?

Yo creo que sí y que por eso hay cada vez más malos entendidos y las amistades duran tan poco tiempo. Bueno, no es que yo tenga cien años, ¿no?, pero me acuerdo de que hará unos diez años... ¿tendríamos doce? No, no. Yo tenía doce y vos diez, es verdad. Me acuerdo de que los adultos pasaban horas y horas conversando. ¿Vos también te acordás? ¿Viste? A lo que voy es que ahora, que nosotras ya somos adultas, no conversamos demasiado con nadie. No sé qué será lo que habrá cambiado, pero es algo que me llama mucho la atención. Tal vez sea solo una idea mía, claro. Pero esperá, estaba por contarte lo que pasó cuando le dije a Ramón que tenía un retraso. Te juro que todavía me cuesta creerlo.

Resulta que, como yo no podía creer la reacción que estaba teniendo este muchacho, me puse insistente exigiendo una definición del futuro inmediato. Yo quería saber qué pasaría, qué haría él en caso de que se confirmara lo que ahora ya está recontraconfirmado. ¿Y sabés qué hizo el muy tarado? ¡Adiviná! No, no salió corriendo. ¡Ojalá hubiera hecho eso!, habría sido más digno. ¿Sabés qué hizo? Puso en duda su paternidad. O sea, puso en duda mi palabra, nuestra relación, todo lo que había entre los dos. Así que, si yo estaba embarazada, era un problema mío y de nadie más. ¿Cómo se puede ser tan indolente? ¡Dos años, Emiliana! ¡Dos años!

Sí, está bien, con idas y vueltas, es verdad. Y quizá con más idas que vueltas. ¿Vos nunca te enamoraste? Ya te va a pasar, te lo aseguro. Nadie se salva. Cuando empieza ni cuenta te das, pero una vez que te enterás de que estás enamorada, ya es difícil manejarlo. Querés estar con esa persona y nada más. Hasta le encontrás atributos que no tiene. Yo estaba muy enamorada de Ramón y, cuando estás así, te convertís en una boba.

Te decía que ese día en que Ramón puso en duda mi palabra, no pude decir nada más, se me anudó el estómago. Le di la espalda para que no me viera llorar y me fui. Corriendo me fui. Llorando esperé el colectivo y llorando llegué a casa. No sé bien cómo explicar todo lo que me pasó por dentro esa vez. A la cabeza me viene la imagen de un edificio enorme que, sin la base para sostenerlo, se viene abajo arrasando todo. Sí, exacto, igual que las Torres Gemelas. Todas pero todas las ideas que yo tenía acerca de él se disolvieron en un instante por un gesto, por una reacción inesperada. De pronto estaba frente a un completo desconocido. ¿Cómo podía ser? Hasta me desconocí a mí misma por estar ahí en ese momento. El tipo con el que me ilusionaba desde hacía dos años me estaba despreciando en un momento crucial. ¡Debería haberme dado cuenta antes!, ¿no te parece?

Esa noche, mientras volvía a casa de mamá, pensé en muchas cosas. Eran tantas, tan encadenadas y tan intensas que, por momentos, hasta me parecía que era la voz de otra persona. Como un susurro que nombraba, una tras otra, cada señal que yo debería haber visto mientras estuve con él.

Fue una revelación para mí; cuando alguien te desilusiona empezás a verlo desde una perspectiva diferente. Negativa quizá, sí, pero esa negatividad es lo que te permite ver detalles que estaban tan a la vista que ni los veías. ¿Que estoy siendo confusa? Perdón, Emi, tenés razón. Voy a ir más despacio, te prometo que voy a contactarte todo tratando de ser lo más precisa posible.

¡Ahí llegan nuestras delicias! Sí, el capuchino es para ella, el *lemon pie* también. Muchas gracias. ¡Qué rico que se ve esto, Emi! Qué buena manera de empezar el año, ¿no?

¡Por suerte se terminó el dos mil uno! Qué año tan horrible, el peor de mis veintitrés. ¿Te conté que Richard está en coma? Richard, el hijo del medio hermano de mi mamá. No, nunca lo viste, pero varias veces te hablé de él. ¡Uy, sí, el pibe de la villa! ¿Por qué lo recordás por el lugar en el que vive?, te conté tantas cosas buenas de él...

Está bien, no te hagas problema, Emi, si todo el mundo hace lo mismo que vos. Es que me saca de quicio que las cosas sean así, pero supongo que debería adaptarme a eso. Está grave, sí, muy grave. Lo balearon en el pecho. Sí, la policía fue. No, no estaba robando. Por favor, estás estudiando en la universidad, no deberías ser tan básica.

Claro que estás disculpada, no hay problema. En la plaza de la gobernación lo balearon, hace diez días, el 20 de diciembre, cuando se armó todo ese lío que terminó con el viejo inútil yéndose en helicóptero.

Deberías, aunque sea, leer los títulos de las tapas de los diarios, como hago yo, cada vez que paso cerca de algún puesto. ¿Que qué hacía Richard ahí en la plaza? Es que él andaba bastante metido en política, iba a algunas marchas y esas cosas. Sí, es verdad, pobrecito, dije «iba», estoy hablando de él como si ya estuviera muerto. Pero no, Dios no lo quiera, yo tengo toda la fe puesta en que se va a recuperar, es un muchacho muy bueno y no debería pasarle nada malo. Ni bien llegue a Neuquén, lo primero que voy a hacer es visitarlo.

¿Está bueno el *lemon pie*? Este *brownie* está increíble, ¿quieres probarlo?

¿Te acordás cuando el Topo y Ramón se sentaron en nuestra mesa? Fue para esta época, hace dos años; estábamos en Kokenau. ¿No te acordás? Yo sí, me acuerdo bien. Desde el principio el Topo me pareció un engreído. Pero un engreído inexplicable, porque no se entiende de qué se jactaba si ni siquiera es lindo. Ramón me llamó la atención enseguida. No sé bien por qué, tal vez porque lo veía reservado y amable. Me pareció respetuoso. Sí, eso fue, me pareció respetuoso. Justo todo lo contrario de su amigo el Topo que, buscando ser el centro de atención, terminó siendo un pesado. Habla él solo, ¿te acordás? Sí, es verdad, yo me reía de todo lo que decía porque me había interesado Ramón. No quería que se fueran.

76 Al día siguiente pasamos toda la tarde en el río. Ramón había llevado una manta, un equipo de mate y un táper con unas galletitas de limón que él mismo había hecho.

Ese día estrené un vestido, un bobito floreado que me encantaba, así que me sentía algo incómoda porque tenía miedo de mancharlo o arruinarlo de alguna manera. La manta en la que estábamos sentados era más bien pequeña y yo no quería ni moverme para acomodarme porque, más allá de la tela, era todo pasto. Pasto muy corto y bien prolijo, sí, pero pasto al fin. Ese pasto de primavera,

bien verde, que ante el mínimo roce ya te manchó la ropa y hasta te hace arder la piel. Me imaginaba esa catástrofe: rascándome las piernas y los brazos y con el vestidito manchado de verde en el culo. Una loca, ¿o no?

Así que ahí estaba yo, bajo la sombra de un árbol, ocupando la mitad de la manta, sentada con las rodillas a la altura del pecho, los codos apoyados en ellas y sosteniendo con los dedos de una mano la muñeca de la otra. Una posición que parece cómoda, pero te aseguro que no lo es. Yo trataba de mantener las rodillas lo más juntas posible y cuanto más me concentraba en eso, tanto más difícil me resultaba. Y tan ocupada estaba en esta tarea que me perdía partes de lo que Ramón me decía, así que, para no quedar mal, me reía de todo.

Por suerte, en un momento pensé que debería estar quedando como una boba de esas que se ríen porque sí y hasta tuve miedo de que él hubiera dicho algo que no fuera para reírse y yo le hubiese respondido con un «ja ja». Entonces me olvidé de mis rodillas y le presté toda mi atención a Ramón, que empezó a contarme de la larga enfermedad de su padre. Justo a tiempo, me dije, porque a juzgar por lo que él decía daba la sensación de que recién arrancaba con ese relato.

No sé de qué me habrá hablado antes de eso, pero sí me acuerdo bien de que fue ahí que me contó que su padre había sufrido durante muchos años una enfermedad que le impedía levantarse de la cama. Pero no por problemas de movilidad, sino más bien de ánimo. Como una depresión, pero de las más severas, grave al punto de que no tenés ganas ni de pensar en qué vas a comer ese día. En ese estado, parece que las neuronas se vuelven cada vez menos activas hasta que llega un momento en que dejan de funcionar. Debe ser como que estás, pero no sabés que existís. Para que te hagas una idea más clara, al padre de Ramón había que darle de comer en

la cama y a veces hasta había que limpiarle el culo. Y todo por una cuestión anímica, ¿te das cuenta? Tremendo.

No sé cuál será el nombre de esa enfermedad, parece que es bastante rara. No, no creo que sea contagiosa. ¿Hereditaria?, puede ser, la verdad es que no tengo idea. Tal vez cuando estés más avanzada en la carrera te toque estudiar estas rarezas. Según lo que Ramón me contó esa tarde, en algún momento el padre había tenido un buen pasar económico hasta que un día el socio lo estafó y lo dejó sin nada. Y ese habría sido el desencadenante de la depresión. Desde entonces vivieron del sueldo de la mamá de Ramón, que supongo que todavía debe trabajar en la Municipalidad.

Para cuando él terminó de contarme todo eso, yo había juntado las plantas de los pies y ya tenía las rodillas casi tocando el suelo. Fue la posición más cómoda que pude encontrar, pero solo por un rato porque no estoy acostumbrada a estar sentada así, sin un respaldo, y ya sentía una molestia en la cintura. Así que incliné la espalda hacia atrás y me recosté sobre los codos. Pero un par de minutos después empezaron a molestarme las rodillas, así que estiré las piernas y las crucé, apoyando las pantorrillas en el pasto. Así de relajada ya estaba cuando Ramón me dijo que justo ese día se cumplía un año del fallecimiento de su padre.

78

Me sentí desubicada por estar escuchando semejante cosa desde una posición tan cómoda, así que me senté de nuevo con las rodillas a la altura del pecho y busqué sus ojos. Él miraba hacia el río y no pude descifrar qué le pasaría por dentro en ese momento. Ya se iba el sol, así que juntamos las cosas y nos fuimos caminando. Ahora me picaban las pantorrillas y no podía rascarme, pero el vestido seguía impecable.

Permiso, voy a probar un poquito de tu *lemon pie*. ¡Uy, qué bueno que está! Gracias por escucharme, no sabés lo bien que me hace hablar de todo esto. Es temprano, hay tiempo de sobra para que termine de contarte el resto.

Con Ramón nos vimos algunas veces más acá, en Lamarque. Yo vine varios fines de semana seguidos. ¿Te acordás? Después él se mudó a Neuquén. A mí, desde Cinco Saltos, me quedaba bastante a trasmano llegar hasta ahí. Tenía que tomar dos colectivos. Una hora de viaje si no había complicaciones en el tránsito. Pero esas eran las reglas del juego y yo las acepté con los ojos cerrados desde el primer momento.

Si lo pienso hoy, no sé si tenía ganas de estar con él o de estar con alguien. Quizá podría haber sido cualquier otro. Pero fue él y tengo que hacerme cargo del error que cometí. Es que algunos errores son tan grandes que solo te das cuenta cuando te descubris cayendo al vacío. No sé si equivocándonos así aprenderemos algo, pero sí creo que nos sirve para estar más atentos, para tratar de leer los pequeños detalles y entender el rumbo que toman los acontecimientos antes de que ya sea tarde. Aunque nadie puede ver el futuro, claro, y nunca terminás de conocer a alguien. Yo creía que sí. Que si, en una persona, se cumplían dos o tres condiciones, ya era suficiente para predecir su comportamiento, para etiquetarlo, para definirlo. ¡Qué ilusa! Somos más complejos que la última máquina que se haya inventado, porque las personas nos autoinventamos todo el tiempo.

Siempre era yo la que iba. Ni siquiera se me ocurrió pedirle que, alguna vez, fuera él hasta Cinco Saltos; en esa época las cosas con mi mamá no estaban bien. Hubiera sido una pesadilla presenciar el interrogatorio al que sometería a Ramón y seguro que yo debería aguantarme alguno de los varios reproches que ella siempre tiene en la punta de la lengua.

Los sábados al mediodía yo salía del trabajo y ahí nomás tomaba el colectivo.

¡No sabés qué casa, Emi! Es en una esquina. En la planta baja hay dos locales vacíos y arriba está la casona. Es muy vieja, para restaurar, sí, pero qué casa. Para que te hagas una idea, la cocina sola tiene el tamaño del comedor de la casa de mi mamá. Tiene tres habitaciones gigantes y dos baños enormes. El comedor no es mucho más espacioso que la cocina, pero arriba de toda la casa hay una terraza impresionante.

La casa es de Ramón. Yo me enteré de eso el día en que la visité por primera vez. No lo podía creer, pensé que me estaba haciendo un chiste. Un amigo de su padre le dejó la casona como herencia. Suena increíble, ¿no? Yo creía que esas cosas pasaban en las telenovelas nomás. Pero no, ahí está el caso de este muchacho para demostrarlo.

¡Qué bueno heredar una casa! Te resuelve media vida. Bueno, a vos no te parecerá la gran cosa porque ya tenés la vida resuelta. No, no es un reproche, Emi, lo que quiero decir es que tus padres han tenido suerte. Bueno, han hecho bien las cosas, como vos decís, y eso tiene como resultado que vos puedas concentrarte solo en el presente, que tu única preocupación sea estudiar medicina y nada más. En cambio, a mí, ¿qué me espera?

80 Mi mamá está a punto de jubilarse y la casa en la que vivimos es alquilada. Lo que yo gano no alcanza para irme a vivir sola y, al mismo tiempo, seguir ayudando a mamá. Es una opción o la otra. Con la cantidad de horas que yo trabajo ¿debería alcanzarme bien para las dos cosas! Y además para tener un auto, comprar ropa todos los sábados y hasta para irme de vacaciones cada año a algún lugar como la gente. No sé, a Bahía Blanca aunque sea.

No entiendo qué es lo que está mal. Yo siempre hice todo lo que se suponía que debía hacer. Saqué buenas notas en el colegio, solo falté

cuando estuve enferma, usé sin chistar la ropa con la que mi mamá me vistió, lustré mis zapatos cada día, llegué a ser abanderada, terminé la escuela secundaria con promedio de honor, nunca fumé, hice deportes, danza y dibujo, trabajé gratis a cambio de la tan valorada experiencia, cumplí con todas las expectativas sociales ajenas, sonreí cuando hubo que hacerlo, bailé cuando había que bailar, respeté a mis mayores aunque estuvieran diciendo cualquier barbaridad, voté a quien se suponía que había que votar, incluso fui a misa cada domingo hasta hace un par de años. Y es como si todo eso hubiera sido inútil.

Cada día me cuesta más entender por qué, aunque me mate trabajando, siempre la plata que gane va ser la justa para vivir como pobre. Es como si hubiese una barrera invisible que te permite llegar hasta un lugar en el que ya no importa si soy yo o la más descocada la que vendió un pantalón o veinte. Eso no le importa ni al cliente ni al dueño de la tienda. El dueño de la tienda solo te quiere cojer, el cliente, también, y al mundo no le importa nada de todo esto.

Esto es algo que aprendí, pero que todavía me cuesta entender. Y me cuesta entenderlo porque siempre creí que la dedicación al trabajo era la opción correcta de los que nacemos pobres para poder comprar cosas y darnos algunos gustos. Los que tienen plata pueden elegir entre hacer nada o estudiar, darse el gusto, porque desde que nacen pueden ver las cosas de otra manera.

Ver las cosas de otra manera. Eso fue algo que me atrajo muchísimo de Ramón. Él, sin tener plata ni haber estudiado más que el estándar de escuela secundaria al que accedemos todos, veía las cosas de otra manera. Sobre todo en la cuestión laboral. Al principio eso me descolocó y, en un momento, hasta me enojé mucho. Él había conseguido un trabajo en un supermercado. Un buen trabajo, teniendo en cuenta la situación del país. Ocho horas por día, seis días

a la semana y un sueldo en blanco. Un sueldo que, además, era un treinta por ciento superior al que ganaba yo trabajando la misma cantidad de horas en una tienda de ropa del *shopping*.

Pero a él no le importaba tanto la plata, sino la tarea en sí. Él no quería reponer productos en una góndola, sentía que estaba perdiendo el tiempo. Todos los fines de semana me decía cosas por el estilo y para mí era como estar aprendiendo un idioma nuevo. ¿Tratar de hacer lo que te gusta? ¿De qué hablaba este muchacho? La verdad es que me excitaba que me hablara de eso, pero cuando apenas dos meses después me dijo que había renunciado al trabajo, me dejó helada. Había renunciado porque quería tener más tiempo para sacar fotos con una cámara que le había prestado el tío. Quería practicar con las diferentes intensidades de la luz del sol a lo largo del día, me dijo. ¿Podés creerlo? Yo tampoco pude en ese momento, pero después entendí que él simplemente seguía hablando el mismo lenguaje que tanto me había seducido.

Ahora que te lo cuento, me da para pensar que tal vez lo que me interesaba no era él en sí mismo, sino más bien la oportunidad que para mí él representaba. La oportunidad de aprender algo diferente, de ver las cosas de otra manera, de cambiar de vida. ¿Qué podía esperar de mi querido pueblo? Si la mayoría de los pibes de mi edad están dados vuelta por la droga. Y los que no, tienen la cabeza tan básica como la de un mono, que una noche va a llegar cansado y después de la tercera cerveza te va gritar que sos una puta. Yo no quiero eso para mí, yo necesito otra cosa.

Pero creo que eso, eso mismo que necesito, me nubla la vista y no me deja ver con claridad. Quizá lo que nos atrae de alguien sea solamente lo que una misma proyecta. Conocés a un tipo y ahí nomás lo vestís con tus ambiciones. Mientras lo escuchás hablar por primera vez, le vas probando las ropas de tu varón ideal, que no es

otra cosa que el complemento de la mujer que te gustaría ser. Y si él se ve bien así, con esa ropa que le probaste en tu cabeza, entonces te gusta más. Lo que quiero decir es que, tal vez, una termina eligiendo a un compañero como si se tratara de una cartera, casi como si fuera un capricho. Aunque después se transforme en otra cosa, en realidad te estás eligiendo a vos misma.

Me estoy yendo mucho por las ramas. Te pido disculpas, Emi, no son buenos tiempos para mí. Lo que yo quería era compartir con vos la razón por la que creo que fracasó mi relación con Ramón, pero me voy hacia cualquier lado. ¿En serio querés seguir escuchándome? Muy bien, voy a tratar de contar solo lo esencial, prestá atención porque ahora viene la mejor parte.

Me acuerdo de que estuve uno o dos meses dándole vueltas al asunto y llegué a la conclusión de no tenía nada de malo tratar de dedicarse de lleno a lo que a uno le gusta. Casi sin que me diera cuenta, se despertó en mí una profunda admiración por lo que Ramón había hecho. Yo nunca me habría animado a algo así, tan arriesgado como abandonar un trabajo estable por una inquietud personal. Incluso hasta me costaba imaginar esa posibilidad. Estaba claro que era yo la que había llegado a mi propio límite. Y si quería seguir con Ramón, tenía que saltarme a mí misma.

Por eso, antes de volver con él, tenía que probarme a mí misma que podía ser capaz de hacer algo que estuviera fuera de mi rutina y progresar en eso. Ahí fue que empecé a dibujar y a pintar. Sí, es verdad, es algo que hacía cuando era muy chica. Y creo que dejé de hacerlo justamente por pensar que los adultos no pueden estar perdiendo el tiempo con esas cosas. Me había dejado ganar, sin presentar ninguna resistencia, por ese pensamiento utilitario, y te diría que hasta infantil, de que todo aquello que no sirva para ganar

plata es perder el tiempo. Me había estado autoeducando para ser una sierva de por vida. Darme cuenta de eso fue, para mí, una revelación. Sé que quizá sueno como una alucinada, pero te juro que fue así de impactante darme cuenta de la importancia de no transformarme en un robot.

Me propuse hacer un dibujo cada día. Así que me compré un bloc de hojas lisas y por la noche, en vez de quedarme viendo televisión con mamá, iba a mi habitación y hacía un dibujo. Empecé con ideas simples y un lápiz común. Y poco a poco, con el correr de los días, fui descubriendo un mundo nuevo. Se me ocurrían ideas que hubiera sido imposible que pasaran por mi cabeza si no hubiese tomado la decisión de cambiar esas horas de televisión por el lápiz y una hoja. Pero no solo eso, sino que, además, fui mejorando y a las pocas semanas ya usaba lápices de colores. Los que más me atraían eran los más vivos y más contrastantes entre sí. Llegó un momento en que ya no usaba el lápiz para delinear los contornos, sino que directamente coloreaba, dejando difusos los límites que, ahora, solo eran visibles desde lejos. Sin darme cuenta, estaba pintando.

Ahora no terminaba un dibujo cada noche, sino cada semana, pero el resultado me sorprendía tanto que la tarea me tenía absorbida, solo pensaba en eso. Y así fue que logré el mejor dibujo que hice en mi vida, una selva tropical con plantas y animales mitológicos fusionados de tal manera que es difícil distinguir si se trata de animales-planta o plantas-animal.

Estaba tan contenta con mi obra que hasta le puse un marco. De madera, pero bien sutil. Como no me decidía sobre en qué lugar colocarlo, se me ocurrió regalárselo a Ramón. De paso, era una buena excusa para volver a estar juntos.

Fui todo el viaje tensa, pero no tanto por el reencuentro, sino más bien por el miedo a que pasara algo. No sé, que se rompiera el

dibujo por una frenada del colectivo o algún descuido. Tomé conciencia de la fragilidad del cuadro cuando ya estaba en el colectivo. Por suerte no era un horario pico, así que había asientos libres y pude viajar muy cómoda.

A Ramón le gustó el dibujo, pero no tanto como a mí. Por un momento me sentí angustiada, pero me repuse enseguida, forzando el pensamiento de que quizá yo magnificaba el resultado porque era consciente del proceso creativo y de la energía invertida en esa obra. Tal vez no era tan genial como yo creía. Y, aunque lo fuera, era solo un dibujo y yo no podía caer en un berrinche de niña malcriada que necesita contención de manera constante. Además, yo me sentía culpable de haberlo dejado cuando él me mostró qué era lo que quería hacer con su vida, así que le resté importancia al desinterés que mostró por el dibujo y escuché lo que él tenía para contarme.

Resultó que, de alguna manera, había logrado encaminarse trabajando como fotógrafo. Tenía bastante trabajo y empezó a estar cada vez más ocupado los fines de semana. A mí eso me jugaba en contra porque esos eran los días en los que me podía quedar a dormir con él y despertar sin culpa a media mañana. Pero cuando él trabajaba, se iba a la tarde y volvía a la madrugada y así terminábamos despertando, a veces, después del mediodía y el fin de semana se había ido volando. Intenté quedarme a dormir algún que otro día en la semana, pero era mucho viaje hasta mi trabajo. Tenía que levantarme muy temprano, a eso de las cinco de la mañana, para poder desayunar tranquila, prepararme, esperar el colectivo, viajar una hora, o un poco más, y estar bien fresca, a las diez de la mañana, sonriendo a los clientes.

La vida empezaba a hacerse difícil y lo que yo quería era justo lo contrario. No te digo una vida fácil, porque eso supongo que no lo

tendrán ni los ricos, pero sí por lo menos una vida más relajada. Y una noche en la que estábamos cervecando en la terraza, se me ocurrió una idea buenísima: Ramón tenía que convertirse en fotógrafo de un grupo de rock.

Se me vino la idea pensando en cuáles serían sus posibilidades de lograr estabilidad laboral como fotógrafo y, al mismo tiempo, tener alguna chance de pegar el salto. Porque sacando fotos de casamientos y cumpleaños podés estar toda la vida sin otra esperanza que tener más casamientos y más cumpleaños. Después de un tiempo, y solo si lograste cierto renombre, tal vez quiera contratarte gente más pudiente y eso te permitirá cobrar un poco más caro, pero no va a haber mucho más.

Lo del grupo de rock era genial. El momento en que se me ocurrió... me acuerdo de que fue como una visión, como si la idea me estuviera siendo transmitida por una mente superior desde otra dimensión. De pronto veía muchas conexiones que hacían cada vez más posible la idea. Me acordé de que Richard tenía muchos conocidos en el mundo de la música. Siempre fue muy popular y sociable. Es amigo de uno de los Fumados. ¿Te suenan? Sí, sí, son esos que cantan lo del humo y el amor.

Richard y Ramón se conocieron, claro. Es más, vivieron juntos un tiempo. Eso me sorprendió bastante porque, para ese entonces, ya hacía casi un año que Ramón y yo estábamos saliendo y jamás sugirió la posibilidad de vivir juntos. No, yo tampoco lo sugerí, es que no quería resultar pesada. O tal vez no lo hice porque intuía que me iba a decir que no o que me lo daría a entender con uno de esos silencios que acostumbraba a hacer. Tenía esa costumbre de callar cada vez que tenía que dar una respuesta concreta sobre algún tema importante. Pero ese silencio no significaba falta de respuesta, sino lo contrario. Es más, era tan reservado con sus opiniones

que te obligaba a prestarle más atención a lo que callaba que a lo que decía. Para mí, en lo que él se guardaba había una clave.

El esfuerzo que yo hacía, Emi... no podés imaginarlo. A veces hasta me dolía la cabeza de tanto tratar de interpretar su silencio. En más de una ocasión le pedí, ¡por favor!, que me dijera qué era lo que en realidad pensaba acerca de tal o cual cosa, pero él respondía siempre con ambigüedades o con más silencio. Como esa vez cuando me contó que Richard se había mudado a la casona. No, él nunca me consultaba, solo me comunicaba las cosas cuando ya estaban sucediendo. Bueno, algunas cosas.

Te decía: cuando me dijo que Richard se mudaría a la casona, no me pude quedar callada y asentir como una esclava analfabeta, así que le pregunté por qué, cuál era el acuerdo que habían hecho. Y se quedó en silencio. Y yo también. Me quedé esperando, quería ver cuánto esperaba para cambiar de tema. Dos minutos estuvo callado. Dos minutos de reloj. Y después empezó a hablar de lo ocupado que estaría los días siguientes. Sentí ganas de darle una patada en la cara, te lo juro. Pero me contuve, tragué saliva y lo interrumpí para pedirle, por favor, que contestara la pregunta que le había hecho.

Me dijo que les servía a los dos por temas laborales, pero que, en realidad, él era quien salía ganando porque así habría alguien en la casa que pudiera arreglar cosas y mantener un poco el orden y la limpieza. Que esto último no lo habían acordado, pero él lo daba por hecho porque le parecía lo más lógico. Le pregunté si a Richard también le parecería lo más lógico y me contestó que suponía que sí.

Creo que esa fue la primera vez que me reí a carcajadas de él y en su propia cara. No podía creer lo que estaba escuchando, el grado de inocencia que había en sus palabras. Fue sincero conmigo, pero en un tono más bien soberbio, un tono que no pegaba con esa confesión. Él daba por hecho cosas que solo estaban en

su cabeza. Me reí hasta que me pidió que parara. Cuando por fin pude calmarme, me preguntó de qué me reía y entonces exploté de la risa otra vez.

A partir de entonces, empecé a tomar la relación con más calma, casi desentendiéndome del asunto. Hasta salí y me divertí con otros mientras tanto. ¡Con Richard no, nena! ¿Cómo se te ocurre? Él es mi medio primo, casi familia.

Ese segundo año de la relación fue bastante raro, como distante. Si alguien me preguntaba quién era mi compañero, sin dudar lo decía el nombre de Ramón. Pero, con la misma tranquilidad y sin sentir culpa, yo podía estar en la cama con otro tipo que me gustara. Me acuerdo de Fabio, por ejemplo. Lo conocí en mi trabajo. Un típico representante de Levi's. Siempre vestido de *jean*, pelo con claritos, largo hasta los hombros. Muy prolijo el flaco, ojos celestes y bronceado de cama solar. Yo creía que era puto hasta que me invitó a salir. Me acuerdo de que solté una carcajada que debe haberse escuchado en todo el piso del *shopping*. Él sonreía con gesto autosuficiente y cuando yo me repuse me dijo: No, no lo soy. ¡Y no lo era! Para nada.

Es verdad que, en general, la gente tiende a ver en el cuidado que un hombre pone para vestirse un rasgo de la homosexualidad. Pero lo que a mí me había resultado sospechoso no era eso, sino el bronceado de cama solar. Porque el bronceado de cama solar sí que es de puto. Y de puto con plata. Después, en la intimidad, me contó que el bronceado artificial era algo que hacía por su trabajo, porque muchos de sus clientes, dueños de tiendas de ropa, eran hombres que gustan de hombres.

¿Cómo qué tiene que ver? Él se producía de esa manera para parecer atractivo a sus clientes. No, no lo hacía de histérico, sino por un código visual, para generar cercanía. Bueno, sí, puede ser, capaz

que iba y venía, también es posible. Me quedé muy impresionada por eso de producirse tanto por un trabajo. Porque podés vestirme y arreglarte, obvio, pero el bronceado artificial es algo que sigue con vos cuando estás en tu casa y también cuando vas a comprar un kilo de papas. Digo que me parece demasiado compromiso para vender ropa. Supongo que debe ganar muy bien para estar dispuesto a reventarse así la piel.

Con Fabio salimos tres o cuatro veces. La primera vez salimos a tomar algo a un bar que está cerca del *shopping* y después caminamos hasta su departamento. Las otras tres o cuatro veces se dieron a lo largo de unos dos meses, yo salía del *shopping* y me iba hasta el departamento. Era encontrarse para tener sexo y nada más. No era un tipo divertido. De hecho, era bastante aburrido, pero yo no lo quería para que me hiciera reír, así que no me importaba su falta de chispa. Tengo entendido que se fue a Buenos Aires y nunca supe nada más de él. No, ¡qué lo voy a extrañar! La gente superficial nunca se echa de menos.

La cuestión es que, por más que yo estuviera con otros, Ramón me seguía pareciendo distinto. Era distinto. A mí me da la sensación de que los tipos de Neuquén están contaminados, enfermos de imbecilidad, cortados por la misma tijera. Mismos gustos, idénticas aspiraciones, ¡hasta en la cama se parecen! Creen que acostarse con alguien es lo que pasa en una película porno. La mujer tiene que desnudarse sola y rápido. Puede bailar también, porque la mujer siempre quiere bailar, sobre todo si está caliente. Si la mujer está caliente de verdad, entonces bailará. Y lo hará aferrándose a un caño, simulando masturbarse o tocándose las tetas, pero bailará. Y después del bailecito, enseguida tiene que arrodillarse ante el hombre y chupar. Si no chupa significa que es tímida o frígida y hay que ayudarla un poco, enseñarle cómo tiene que hacer las cosas,

forzándola un poco. A veces forzándola bastante. Y si no quisiera o incluso si se enojara, quiere decir que es una histérica. Para estos tipos, una noche inolvidable tiene que parecerse lo más posible a una de esas películas que fueron pensadas para masturbarse. Una escena irreal donde la mujer empieza a gemir de placer desde antes de ser penetrada y pide, en cualquier momento, que se la metan por el culo, algo que pareciera llevarla a un paroxismo del placer.

¿Qué pasa que te quedaste con la boca abierta? ¿Nunca viste un porno? Deberías hacerlo, eso te enseñaría muchas cosas de los varones. De verdad te lo digo. No es que sean así por naturaleza, claro que no, es que muchos de ellos creen que eso que les venden es la vida real y que si todavía no lo experimentaron es porque son infelices o menos hombres. Por eso mismo, si querés hacer feliz a un hombre común, le hacés el ritual del porno y listo, no se necesita mucho más.

Eso sí, nunca tenés que olvidarte de que, a partir de ese momento, puede llegar a ser muy difícil una relación estable y duradera con ese mismo tipo porque, ante el primer desacuerdo, es posible que te trate de puta. Y esto sí que es muy loco, pero el mismo tipo que delira por el ritual porno, eso que hiciste nada más que para complacerlo, no te va a tener en cuenta a la hora de formalizar una pareja. Te va a rehuir como si estuvieras sucia justamente porque sabés bien cómo enloquecerlo.

Esos tipos en realidad nos tienen miedo, por eso tratan de embarrarnos etiquetándonos de putas. Pero hay que reírse de infelices así, Emi, porque las putas no existen. En todo caso, lo que pasa es que algunas mujeres nos animamos a estar con un hombre solo porque nos gusta. Y a veces puede gustarte más de un hombre al mismo tiempo, igual que les pasa a ellos con nosotras. Y a veces también lo hacemos solo porque nos interesa brindar placer. Al fin

y al cabo, sentirse deseada es una buena manera de autoestimularnos cuando el hombre es muy básico.

Las putas no existen, que se te grabe en la cabeza. Las putas son un invento de los hombres tontos que prefieren ensuciar a alguien antes que enfrentar sus propios miedos. ¿Que por qué me parece que es así? Porque es mucho más fácil, siempre es más fácil acusar al otro que revisar las propias acciones. Además de ser más fácil, más práctico, ubicar la responsabilidad fuera de sí brinda una sensación de seguridad inmediata. Falsa seguridad, claro, porque por dentro no se ha cambiado nada y se sigue siendo el mismo manojito de prejuicios que se pasa la vida acusando a los demás. Esa es mi experiencia.

Si había otra característica que me atraía de Ramón era ese estar por fuera de esta forma chata de ver el mundo. Él entendía muy bien, quizá mejor que yo, que las mujeres tienen tanto derecho como los varones de estar con quien les guste. Jamás vas a escuchar de su boca la palabra «puta» para referirse a una mujer. Tenía, sí, rechazo por la gente con sobrepeso, sobre todo por las mujeres. A mí me causaba mucha gracia, creo que lo utilizaba como pretexto para ejercitar el cinismo. Una vez llegó a decir que las gordas no pertenecían al género femenino. Yo me reía y él también, así que nunca me quedó claro si lo decía en serio... No, no, Emi, vos no sos gorda, sos muy linda, ¿me oís? Quizá un poquito rellenita, pero nada que deba preocuparte.

¡Qué rico estaba todo esto!, ¿no? ¿Querés pedir la cuenta? ¿Nos quedamos un rato más? Bueno, sí, sabés bien que me encanta este lugar. ¿Que te siga contando? Sos muy buena...

Si lo pienso bien, el desprecio que hoy siento por Ramón nace de aquel momento en que necesité una respuesta que no fuera la

indiferencia. Esperaba cualquier reacción de él menos esa. Y, si hago memoria, hasta ese momento venía todo bien. Yo lo admiraba. Cada cosa que él hacía me sorprendía. Como cuando llegué a la casona y había adoptado un perro. Un gran danés enorme, blanco y, escuchá esto, tuerto. Sí, el perro era tuerto. Me pareció un gran gesto de ternura que adoptara a un perro callejero adulto y al que, además, le faltaba un ojo.

Ese animal era como una persona más en la casona. Tenía una manera perezosa de moverse que lo hacía parecer todavía más grande, como si necesitara duplicarse para llevar todo ese cuerpo hasta otro lugar. Al principio pensamos que estaba débil, así que nos dedicamos varios días a alimentarlo bien. Pero apenas si engordó un poco, como para que no se le notaran tanto las costillas. Parece que era así nomás, flaco, lento y torpe, aunque comiese como un oso. Ramón no sabía qué nombre ponerle, así que le decía «loco». Y el bicho, a pesar de ser adulto, entendió enseguida que esa era la palabra que se usaba para referirse a él. A veces estábamos conversando y, en el contexto de la charla, alguno de los dos decía «loco» y, si el perro no estaba ahí, venía desde donde estuviese y se sentaba cerca a mirarnos.

92

Te decía que era como una persona más porque sentías su presencia. Si estabas sola en el comedor y te daba la sensación de que había alguien más, seguro que estaba Loco, bajo el marco de alguna puerta, mirándote con su ojo. ¡Era impresionante ese ojo! Nunca pensé que un solo ojo pudiera tener tanta expresividad. Hablaba por ahí este animalito. Yo le había tomado mucho cariño a Loco, me acuerdo de que, si lo miraba un rato, el perro se acercaba y me apoyaba una pata en la rodilla.

Es más, aquella vez de la última discusión pensé en pedirle a Ramón que me dejara llevarme a Loco. Porque además de haberme

encariñado con el animal, durante los últimos días de la relación me preocupaba verlo cada vez más flaco. A veces Ramón se olvidaba de darle comida y agua y después se enojaba si el animal robaba alguna sobra de arriba de la mesa o trataba de lamer las gotas que quedan en la bañera.

De alguna manera, me siento culpable por esos días de Loco. Si lo pienso, no puedo evitar ver un paralelismo entre los cuidados que el pobrecito recibió y nuestra relación de pareja. Cuando Ramón lo llevó a la casona, estábamos en la mejor de nuestras versiones. Ramón era el fotógrafo de Fumados, que era una banda en ascenso, y yo seguía con mi vida normal. Mi vida normal, pero con el agregado de mis dibujos y la felicidad de estar con alguien como él, tan diferente, con esa mirada que traspasaba mi horizonte de futura solterona o ama de casa. Y como estábamos eufóricos, éramos agradecidos y generosos en todo sentido. Y el perro también se veía favorecido por esta actitud nuestra. Yo lo bañaba casi todos los domingos y Ramón le compraba el mejor alimento. El animal nos veía, movía la cola y se echaba a nuestros pies, agradecido.

Después Ramón y yo tuvimos otro distanciamiento cuando él dejó de ser el fotógrafo exclusivo de Fumados. No sé bien qué fue lo que pasó. Ahí Ramón cambió bastante. Hablaba cada vez menos y, cuando lo hacía, era para quejarse de algo, parecía siempre enojado. Me pareció que era mejor darle espacio para que pudiera pensar tranquilo y empecé a espaciar mis visitas para no molestarlo.

En esas visitas fue que noté que el perro seguía adelgazando. No sé si el animal tenía alguna enfermedad o era nada más que hambre, y tan deprimido lo veía a Ramón que no quise preguntarle nada. Así que, cuando yo estaba en la casona, alimentaba al perro. Me acuerdo de que una tarde, mientras le ponía la comida a Loco, se me ocurrió que lo mismo pasaba con la relación: era yo quien la

alimentaba. La idea me llegó como una descarga eléctrica, como una revelación. En un abrir y cerrar de ojos me había dado cuenta de algo fundamental, una actitud mía, subyacente, que distorsionaba toda la realidad. Había en mí, hasta ese instante, un voluntarismo tonto por mantener una estructura que parecía estar a punto de desmoronarse. Esa fue la última vez que estuve en la casona antes de la discusión definitiva.

Le dije que por un tiempo no iba a ir a su casa porque no quería molestarlo y para que pudiese pensar tranquilo. Sentí que le estaba mintiendo, pero ahora creo que así funcionábamos en realidad. Porque cada vez que él necesitaba reorientar el rumbo, yo pasaba a un segundo plano, desaparecía de su horizonte incluso aunque estuviera ofreciéndole un mate. Esa era la verdad, él siempre se proyectaba solo.

Pero conocerlo modificó mi escala de valores. A tal punto lo hizo que ya no pude volver a mirar con el mismo respeto determinados modelos de vida. Personajes como el almacenero de mi barrio, por ejemplo, que para mí pasó de representar un ejemplo de esfuerzo y sacrificio a ser un tipo vulgar que compra y vende cosas.

Valoro mucho haber estado con Ramón. Para mí, él fue como uno de esos filtros que se colocan en el lente de una cámara fotográfica y te muestran el mismo mundo pero diferente, con otras tonalidades. Tonalidades que coexisten con las que yo percibía, pero que hubiesen permanecido invisibles a mis ojos si él no las señalaba. Ahora estoy segura de que debe haber muchas tonalidades más. Eso también se lo debo a él.

Nunca supe si, mientras estuvimos juntos, él estuvo con otra mujer. Y si me hubiera enterado, creo que no me hubiese molestado. Pero que no me haya enterado no quiere decir que él no lo haya hecho. Por eso no tengo ningún sentimiento de culpa por haberle

sido infiel. Es más, cuando estábamos juntos, la pasábamos mejor: yo me había vuelto menos demandante y él se veía más relajado. Teníamos una relación estable que solo podía continuar así si ninguno de los dos intentaba profundizarla.

Y así estuvimos, hasta que no me vino.

Estoy segura de que, aunque hayas estado con siete tipos en una semana, si fuiste consciente y te cuidaste, siempre vas a saber quién es el padre. Pero ese no es mi caso porque, después de mi última menstruación, solo había estado con Ramón. Y por eso yo sabía muy bien que, si esto no era un simple retraso, tenía la firma de él y no había muchas vueltas que darle. Sigue siéndolo. ¿Que si me interesa que lo reconozca? No, la verdad no, para nada. Voy a criar a este bebé yo sola. Sin dudarle, y con más razón después de la última vez que lo vi. No, después de la discusión en la que se hizo el desentendido nos vimos una vez más, hará unos diez días, pero no hablamos. Fue bastante raro. ¿En serio quieres que te cuente? ¿No es muy tarde ya? Bueno, pero pidamos un café chico aunque sea, que me da cosa estar tanto rato en un mismo lugar sin consumir nada.

Habría pasado un mes desde que me había prometido a mí misma nunca volver a verlo cuando tomé la decisión de ir hasta la casona solo para aclararle que él jamás podría ver al bebé. Necesitaba dejárselo bien claro antes de no verlo nunca más. No sé qué le diré al bebé, ya pensaré en algo, tal vez le diga que su padre murió, lo cual no estaría muy lejos de la realidad porque el Ramón que conocí, para mí está muerto.

Fue el veinte de diciembre. Me acuerdo bien de eso porque ese día llegué al trabajo y me encontré con que el *shopping* entero estaba cerrado. Me llamó la atención porque era jueves y, además, justo la semana anterior a las fiestas, que es cuando más se vende. Así

que volví a casa y, como no sabía bien qué hacer un día de semana a esa hora, me preparé un mate y encendí la televisión. Y entonces entendí que había mucho lío en el centro. Gente encapuchada tirando piedras contra la policía que, a su vez, disparaba balas de goma y gases. No quedaba claro quién se defendía de quién. Mujeres y niños escapando de la policía de a caballo, que iba repartiendo palos a mansalva entre la multitud.

¿No lo viste? Fue un caos. Me puso muy triste, además sentí mucho miedo. ¿Cómo va a terminar todo esto? ¿Terminará pronto? ¿No hay forma de tener un presidente que diga la verdad y políticos que gobiernen para el bienestar de la gente? Desde que tengo uso de razón, no recuerdo un gobierno que haya terminado bien, con la gente contenta y agradecida por haber visto mejorar en serio su situación. Todos dicen que van a hacer muchas cosas y después salen con la cola entre las patas. ¿Por qué todos los gobiernos terminan mal y nosotros estamos cada vez peor?

Yo no entiendo nada de política. A mí, con que no roben y mejoren aunque sea un poco la realidad de los que trabajamos todos los días, ya me dejarían satisfecha. Y a esos los votaría siempre, sin dudar, te lo juro. Creo que lo que este país necesita es una mano firme, pero firme con los poderosos, con los ricos, que los obligue a pagar impuestos, a tener mejor a sus empleados. ¿Te parece que no? Perdón, me fui por las ramas. Mejor te cuento lo que pasó esa noche con Ramón.

No estaba muy segura acerca de si debía ir o no, estuve todo el día dándole vueltas al asunto. ¿Por qué necesitaba tanto ir y decirle que se olvidara del bebé? ¿No sería que en realidad lo que yo quería era decirle que se olvidase para siempre de mí? ¿O sería que quería verlo para escupirle la cara y terminar de convencerme de que él

no valía la pena? ¿O tal vez lo que yo quería, a pesar mío, era verlo una vez más, dándole así, casi sin querer, la oportunidad para que se retractara? No pude responder ninguna de estas preguntas ni las otras que ahora no recuerdo. Y no las pude responder porque creo que mi impulso respondía un poco a cada una. Me sentía envuelta en una bola de confusión que me empujaba a hacer eso. Por la razón que fuese, no tenía otra alternativa que ir hasta la casona y, cuando por fin me decidí, ya estaba anocheciendo.

No sabía cómo vestirme, porque no quería andar por la calle como una loca escapada de apuro, pero tampoco quería vestirme bien para no dar lugar a interpretaciones erradas por parte de Ramón. Pensé en un sobretodo que me tapase hasta los tobillos, pero hacía mucho calor. Después vi en la televisión que anunciaban probabilidades de lluvia. Eran bajísimas, pero eso me dio la idea perfecta para vestirme: un piloto de lluvia.

Resuelta la incertidumbre de la vestimenta, sentí un gran alivio y pude serenarme para tratar de pensar en qué iba a decir. Lo primero que me vino a la cabeza fue que los libretos no sirven de nada porque la vida no es una obra de teatro. Los hechos que pueden parecer más previsibles siempre se presentan de una manera inesperada. Yo podía idear la mejor letra para decirle, pero al momento de la verdad, a los papeles se los lleva el viento y te quedás sin argumentos. Por lo tanto, lo mejor que podía hacer era tener bien en claro cuál era mi posición y, con eso en mente, improvisar.

Yo sé bien lo que soy. Sé que no necesito impresionar a los demás ni ganar discusiones ni vestirme de gala para sentirme a gusto conmigo misma. Sé lo que soy y acepto mi condición. Y te digo más, creo que no aceptar la propia condición es el mayor problema de la gente depresiva, que no ven que eso que desean está por encima de sus posibilidades. Es que no entienden que sus

pesares no son muy distintos al berrinche de un niño que no quiere ir a la escuela. Lo que nos toca es algo de lo que tenemos que ocuparnos como mejor nos salga y punto. Lo peor que podemos hacer es cruzarnos de brazos y esperar la carroza ¡porque la carroza nunca pasa! Y que te pudras esperándola a nadie le importa, porque cada cual está muy ocupado con su propia nariz. Y está bien que así sea, que cada cual tenga una vida, porque de eso se trata todo, de tener una consigna por la cual levantarse cada mañana. Ahora veo que la mía está más nítida que antes y es cuidar de esta criatura que tengo en la panza. Y eso es lo que me quedó grabado en el alma aquella noche, mientras viajaba en colectivo hasta la casona.

Y cuanto más pensaba en el nuevo motivo de mi vida, tanto más diminuto se me aparecía Ramón. Lo veía como una ratita escapando por la tubería. Escapando de algo que quizá lo libraría de tener que escaparse por las tuberías de todo durante el resto de su vida. Porque cuando lográs escapar y no hay consecuencias, te acostumbras a escaparte y así vivís, escapando. Me reía sola, cómo me reía. Imaginaba una rata con la cara de Ramón huyendo de las responsabilidades como de la misma muerte. Y me reía porque sentía que ya, por el simple hecho de poder verlo así, lo había desterrado de mi mundo. Su última imagen era una rata que huía, una forma animal y humillante, dominada por el miedo, que se escapaba en la noche oscura corriendo sobre un caño oxidado.

Esa noche caminé esas calles, que ya me sabía de memoria, en un estado difícil de explicar. Llena de energía, muy segura de mí misma, como nunca me había sentido. Hasta llegué a pensar que no era necesario ir a decirle nada a este idiota, que eso no cambiaba nada. Pero ya estaba ahí y quería terminar con lo que había empezado.

A veces creemos que nuestras acciones responden a un mandato moral cuando en verdad nos estamos dejando llevar por una emoción. Y a veces, a pesar de darte cuenta, te dejás llevar igual, te entregás casi disfrutando de ese impulso. Hasta se te pone la piel de gallina por el goce que te produce esa sensación de locura repentina, como si el diablo te soplara en la nuca. Es lo que pasó esa noche: como a una marioneta inexpresiva, sin voluntad propia, unos hilos me arrastraban hacia la casona. De pronto ya no me importaba decirle algo, sino que ansiaba que solo me viera, que me contemplara por última vez, como a una imagen espectral que espanta por sí misma.

Lo que no se me había ocurrido era la posibilidad de que Ramón no estuviera en la casona. Fue lo que pensé al tocar el timbre por tercera vez. Siempre había que esperar un par de minutos, después de tocar el timbre, para darle tiempo a que baje la escalera. Pero tres timbrazos nunca eran necesarios. Así que ya me iba cuando, no sé por qué, se me ocurrió cruzar la calle y mirar hacia la terraza. Y entonces vi un resplandor y, al prestar atención, pude distinguir humo, como de una fogata grande. Me quedé helada porque la ubicación del origen del humo no se correspondía con el lugar en el que Ramón hacía los asados. ¿Qué estaba pasando? ¿Se incendiaba la casona? Ya estaba decidida a llamar a los bomberos cuando allá arriba, por encima del paredón, lo vi asomarse.

No sé durante cuánto tiempo nos miramos, un rato o un segundo, pero fue muy intenso lo que pasó. Él estaba en cueros, con el pelo todo desordenado, y me pareció que tenía la cara llena de hollín. Y aunque no se distinguía bien, estoy segura de que tenía esa mirada desencajada típica de la desesperación. Por primera vez me dio miedo, parecía loco. Se apoyó con las manos en el borde del muro y se asomó un poco más. Temí que hiciera una locura. Ya estaba a punto de gritarle cuando se escondió atrás del muro.

¡Se escondió, Emi!

Porque me reconoció.

Sí, estoy segura de que me reconoció..

No, guardá esa billetera, dejá que yo pago.

¡Señorita, tráigame la cuenta, por favor!

El Tromba

La tierra es todo. Si uno solo la mira, si la mira y nada más, es un polvo que pareciera que no sirve para otra cosa que para ensuciar la ropa; pero si se la piensa un poco, si se la entiende, enseguida uno la percibe como materia orgánica, como un compuesto especial, lleno de vida. Es esta capa negra, de diez centímetros de profundidad, lo que hace la diferencia entre la vida y la muerte en nuestro planeta. Miles de kilómetros de arena y piedra no sirven para producir comida. La tierra sí. Y cuanto más negra, mejor.

De ella sale todo. Todo. Sí, señor. Uno tira una semilla, de ser necesario riega un poco y en unos meses ya tiene comida. Las plantas crecen, maduran y uno viene y arranca, así nomás, y ya puede alimentarse.

Como este tomate que estoy sosteniendo ahora mismo, podría morderlo y seguro que sería bien jugoso. Bien fresco, recién arrancado, señor. Delicioso debe ser. Como todos los que ya junté hoy y los que todavía me quedan por juntar.

Cómo me gustaría saber adónde van a ir a parar, si serán comidos acá en el pueblo o quién sabe dónde, si terminarán como ensalada o salsa. Cuántas maneras habrá de prepararlos.

Hoy ya estoy cansado, muy cansado. Molido estoy. Pero es más que nada la cabeza, que siempre se cansa antes que el cuerpo. Si me pongo en automático, aguanto un par de horas más. Todavía tengo fuerza en las piernas y en los brazos como para recolectar unos tres cajones más, para ganar treinta pesos más. Soy rápido para esto, efectivo soy. Tengo mi técnica. El pulgar, el medio y el anular son los tres dedos con los que sostengo el tomate y con la otra mano sujeto el tallo para que no caigan los demás tomates de la planta al arrancar uno solo. Pero no lo arranco así nomás, sino que hago un movimiento suave, un cuarto de giro hacia la derecha, y listo, me queda el tomate en los tres dedos y separado de la planta. Entonces, en un movimiento rápido pero muy cuidadoso, lo deposito en el cajón. Así hasta que dejo pelada la planta, entonces corro el cajón a la planta siguiente y vuelta a empezar. El cajón pesa cada vez más, pero uno se acostumbra pronto. Cuando ya está lleno, hay que llevarlo hasta la balanza que está al final de los almácigos. Tiene que pesar unos diez kilos, los míos siempre pesan eso. Siempre termino primero, por eso soy el que más cajones llena.

Soy todo tierra. Cubierto de tierra estoy. Me miro la ropa, las manos, los dedos. Lleno de tierra estoy. Pero no me quejo. Me gusta el olor de la tierra húmeda. Por la mañana, cuando está húmeda por el rocío, y por la tarde también, cuando está recién regada por los aspersores. Las hojas de las plantas, llenas de gotitas de agua fresca. El agua resalta los perfumes de la tierra y de las plantas. Me gusta el perfume de los tomates frescos. Mi ropa huele a tomate, incluso la ropa de salir. Yo creo que son tantas las horas por día que paso respirando el perfume de los tomates que, después, cuando estoy en cualquier otro lugar, transpiro con olor a tomate.

El colectivo nos lleva de regreso y, como cada tarde, después de unos diez minutos de estar sentado, cuando ya cruzamos el puente del río, mi cuerpo empieza a sentir el cansancio. Suele empezar por una sensación de adormecimiento en las piernas. Luego me gana una pesadez que me obliga a meter las manos bajo los sobacos, cruzando los brazos, dejándolos descansar sobre la panza. Ahí es cuando apoyo la cabeza en el hombro derecho, siempre es el derecho, no sé por qué. Pocos kilómetros después suelo estar dormido como un plomo y recién abro los ojos cuando alguno de los muchachos me avisa que tengo que bajarme. Y siempre bajo adormilado, con la sensación de estar tratando de manejar un cuerpo ajeno, bamboleante, indeseable. Pero hoy es diferente, estoy molido, sí, pero bien despierto. Hoy es el primer día del año, señor.

Entro a casa y camino derecho al baño, moviendo apenas las piernas. Abro la ducha y, con mucho cuidado, me quito la ropa y la meto en «la bolsa para la ropa sucia del trabajo», como dice mamá. Tengo más tierra que no sé qué. Con el calzoncillo, junto un poco de tierra que cayó al piso mientras me desvestía. Corro la cortina y entro a ducharme.

En la palma de la mano, vuelta hacia arriba pongo un poco de champú. Nunca supe cuál es la cantidad exacta, así que me voy aplicando hasta que considero que ha hecho suficiente espuma y ahí es cuando cierro los ojos y enjuago.

Antes de echar mano al jabón, me toqueteo un poco la verga, muevo el cuerito hacia atrás y hacia adelante, hasta que se pone bien dura. La rodeo con toda la mano y la sacudo bien rápido, pensando en nada. Tengo la mente en blanco, solo percibo ese cosquilleo en el estómago que enseguida empieza a trasladarse hacia abajo y ahí es cuando sacudo más rápido, apurando la sensación final, que es lo

único que me importa. No cierro los ojos, estoy atento al lugar de la caída para no dejar rastros. Aprieto desde atrás hacia adelante dos veces más para desagotar lo mejor que pueda y no andar dejando después lamparones en los calzoncillos recién puestos.

Ahora sí, más relajado, me enjabono todo el cuerpo y termino de ducharme.

Mamá no está en casa. Debe haber ido a comprar algo, porque es para lo único que sale. Siempre está en casa limpiando o acomodando cosas mientras hace comentarios del tipo «este florero de mierda», «de dónde carajo sale tanta tierra» o «ay, diosito, qué habré hecho, qué habré hecho». A veces, cuando estoy en casa, tengo la sensación de que ella viene atrás de mí barriendo o pasando el trapo en el lugar por el que acabo de pasar.

La casa es de ella. Está bien, eso lo entiendo. Pero que la casa sea de ella no le da derecho a entrar en mi habitación sin golpear la puerta. Y ser la dueña de la casa tampoco le da derecho a reírse si le digo que no haga eso porque algún día puede encontrarme haciendo cosas con alguna chica.

Aprovechando que no está mamá, me pongo la más castigada de las cinco remeras de Los Ramones que tengo, la de *Road to ruin*, que, de tan desgastada, ya tiene hasta agujeros en los sobacos.

Ya se hizo de noche. Me subo a la bicicleta y salgo a dar una vuelta. Me viene a la cabeza el recuerdo de aquellas noches en que me ganaba la sensación de que una gárgola inmensa bajaría desde la negrura del cielo para clavarme las garras en los hombros y llevarme, con bicicleta y todo, hacia un infierno hecho de terrazas y cúpulas de edificios antiguos. Hoy me suenan ridículos esos terrores de adolescente, pero en ese momento fueron tan intensos que hasta terminé abandonando mis paseos nocturnos en bicicleta. Como

cinco años la tuve archivada. Qué suerte que se me ocurrió arreglarla. solo tenía mal los frenos y le faltaba aceite a la corona. Eso era todo. Quizá la pinte de algún color brillante, moderno. Podría ser un rojo o un azul. No sé, pero tendría que ser algo con buena onda. Y debería hacerlo pronto, ya hace varios meses que la uso así medio despintada como está. Ni siquiera le saqué los calcos de los Thundercats.

Me muevo por todo Lamarque, no necesito otro medio de transporte para este pueblo de un kilómetro cuadrado. Un hermoso cuadrado. Sé quién vive en cada casa que veo. El otro día me di cuenta de eso y me impresionó. Es más, en algunas casas, con solo pasar en bicicleta por la calle, ya sé si hay gente o no. Y si no hay nadie en esa casa, sé dónde pueden llegar a estar. Varias veces lo he comprobado. He llegado al extremo de ir hasta el club solo para comprobar que Nacho, el hijo del profesor de Química, estaba entrenando y enseguida he pasado por el bar nada más que para ver a su padre, el profesor, dándole al vermú, tal como yo había supuesto.

Esa casa de la esquina, rosada y de estilo colonial, es la de los Toluosa. Está todo apagado, parece que todavía no llegó nadie. Pasaré más tarde, después de la hora de la cena. Me vuelvo loco al recordar cómo, hace apenas un par de noches, por entre los agujeritos de la persiana americana pude ver a Emiliana sacándose la ropa. Unos diez minutos habrá tardado en desvestirse.

Primero se sacó la remera y quedó en corpiño. Y ahí ya no me importó si alguien pasaba y me veía, confié en que me cubría la oscuridad de los árboles, no quería perderme ni un segundo. Ella podía, en cualquier momento, sacarse el corpiño o el pantalón y cualquiera de esas dos cosas era un espectáculo imperdible.

Anduvo un rato dando vueltas por la habitación en corpiño. No sé qué hacía, me parece que acomodaba ropa o algo así. Me daban

ganas de gritarle para que se apurara. En un momento se paró frente al espejo oval del ropero. Se miraba, probando perfiles y ensayando formas de pararse. Se puso las manos bajo las tetas y las empujaba, como tratando de juntarlas. Giró un poco la cadera, poniéndose de perfil, puso cara de fastidio y, con un movimiento rápido, se quitó el pantalón. Tenía la bombacha bien metida entre los cachetes del culo y, al verse en el espejo, se la acomodó deslizando un dedo por los bordes. Ahora la raya le quedaba tapada por la cara de la gata Hello Kitty.

Así se quedó un rato, mirándose al espejo, ensayando poses y caras. Hasta bailó un poco. Con esa piel blanca que de seguro debe quedar enrojecida si se le da un pequeño mordisco o un beso con barba de tres días. En eso pensaba yo, en la piel blanca, cuando se dio vuelta de manera tan sorpresiva que, por puro reflejo, me agaché, pero enseguida me di cuenta de mi estupidez y volví a mirar a través de los puntos suspensivos de luz de la persiana mal cerrada.

Ahora ella estaba al lado de la cama, de frente hacia mí. Le veía todo el cuerpo de las rodillas hacia arriba. Un cuerpo hermoso, ni parecido a los de las revistas, sino hermoso de una manera particular, radiante. Hipnótico. Si la vieran como yo la vi, la elegirían reina de la Fiesta del Tomate. Se me aceleró el pulso y hasta sentí que me latían las sienes. No quería ni pestañear para no perderme nada de lo que estaba viendo. La vi llevarse las manos hacia la espalda y, de golpe, ¡zas!: se quitó el corpiño.

Los pechos quedaron en el mismo lugar, como si el sostén hubiera sido apenas una seda que los cubría. Se me entrecortaba la respiración, me costaba tragar saliva. Ella tomó una prenda de arriba de la cama, que resultó ser un camisón, y se lo puso en un solo movimiento, preciso, cotidiano. Luego recorrió las sábanas, se acostó de un salto y apagó la luz.

Me aparté muy despacio de la ventana, midiendo cada paso para no hacer ruido, y todavía estaba temblando cuando me subí a la bicicleta y di las primeras pedaleadas. Avancé lento, rememorando cada detalle visto mientras recuperaba el ritmo de la respiración. Me costaba volver a la normalidad, me sentía exaltado, fuera de mí. Así que fui hasta la plaza de los caminitos, busqué el banco más oscuro y me la sacudí. Dos veces me la sacudí.

Lo más curioso es que antes de esa noche ya había visto varias veces y en distintas situaciones a Emiliana, a quien nunca traté, y no me movió un pelo. Pero ahora creo que si la veo quizá me enloquezca al punto de tener que contenerme para no acercarme a preguntarle si tiene puesta la bombacha de Hello Kitty. No sé si podría serle indiferente, dejar de mirarla.

Ya estoy en la plaza del centro, hay bastante movimiento. Si uno se para durante más de cinco minutos en el mismo lugar, puede ver cómo pasan los mismos autos en el mismo orden, como una calesita gigante. Todos se saludan cada vez que se cruzan en un ritual de gentilezas que puede resultar agotador. Aprovechando la excusa de la bicicleta, yo saludo con un gesto, una inclinación leve que siempre hago con la cabeza. Y para no quedar mal con nadie, cuando estoy dando vueltas por el centro he optado por ir repitiendo el movimiento de cabeceo y solo ir cambiando la dirección de la mirada. A veces me distraigo y sigo haciendo el gesto en calles desoladas. Pero esos descuidos no me preocupan porque, si alguien notara que no estoy dirigiendo el cabeceo a nadie en particular, todavía podrá suponer que estoy siguiendo el ritmo de alguna canción memorizada o reafirmandome alguna respuesta imaginada.

Ese que va ahí adelante, con las manos en los bolsillos, caminando rápido por la vereda, se parece al Topo. Sí, es él. «¡Topo!», le grito y se da vuelta, con esa cara de asco que tiene siempre para

todo y que tanta gracia siempre me ha causado. Al Topo no le gusta el punk, pero él es punk por naturaleza. Varias veces se lo he dicho y me ha mandado a la mierda, tal como haría un verdadero punk. «Hola, Topo, feliz año», le digo y nos damos la mano. Sonríe fugaz y me abraza. Pero es un abrazo rápido, apenas un gesto. Yo ni me bajé de la bicicleta y estoy con un pie sobre el cordón de la vereda, y a pesar de eso quedamos con la mirada a la misma altura.

Me cuenta que acaba de llegar de Neuquén y que no da más del sueño que tiene. Por encima de su hombro miro la ventana del Café Colonial y veo que adentro, sentada a una mesa con otra chica que no conozco, está Emiliana. Estoy seguro de que es ella, se me grabó de memoria ese pelo y esa espalda, sobre todo esa espalda. Tiene puesta una blusa abierta en la espalda, así que debe andar sin corpiño. Ahora veo que el Topo mueve la boca y ya no sé ni qué me está diciendo. Emiliana no se mueve, parece muy atenta a lo que sea que le estén contando. Lo miro al Topo y muevo la cabeza de arriba a abajo. «Claro, qué bien», le digo. Se queda mirándome un instante y me ofrece la mano mientras se despide. Me invita a pasar por su casa «una tarde de estas». «Dale, Topo, nos vemos», le digo y doy una pedaleada perezosa, mirando hacia la ventana del café.

Estoy por completar una vuelta a la plaza central cuando me doy cuenta de que me olvidé de contarle al Topo que hace unos días anduvo Ramón por el pueblo y que hasta salimos a tomar unos tragos. Qué tipo amargo Ramón, se quiere hacer el duro y se nota que sufre, es obvio que, detrás de esa imagen de capo de la mafia que ahora pretende vender, llora como un nene caprichoso. Habla con frases cortas y contestaba con monosílabos, como si no nos conociéramos. Sentado en la banqueta con pose de tipo superado,

tomando esa bebida de viejo choto, miraba con aire de superioridad a todo el mundo. Y a mí también. Algunos se van por un tiempo a Neuquén o a Roca y cuando vuelven resulta que se comportan como James Bond. Y piden un Martini y se visten raro y te dicen «¡Ay, pero qué hacés sin medias! ¡Qué horror!». Y dicen «horror» pronunciando las erres pretenciosamente y lo que se escucha es un «qué hoshor» o algo por el estilo. Pareciera que se vuelven putos o que se les arruina la cabeza. Tal vez las dos cosas.

Esa noche fuimos a Kokenau con Ramón. Me acuerdo de que, para no incomodarlo, en vez de usar mi remera nueva de Los Ramones me puse una negra lisa, y en lugar del pantalón cargo y los borcegos, opté por un *jean* y unos zapatos. Traté de estar lo más elegante posible sin sentir que hacía el ridículo. Y el tipo, cuando me vio, me recorrió de pies a cabeza con la mirada, como si me estuviera escaneando. No me dijo nada, pero fue como si lo hubiera hecho. Durante toda la noche Ramón se comportó como si estuviera haciéndome un favor al salir conmigo a tomar algo. Tenía la actitud de quien está esperando que una situación termine rápido para irse a otro lado, a un lugar más importante, con gente más interesante.

La conversación era tan difícil que, en un momento, creo que en el tercer whisky, tuve tantas ganas de meterle un gancho en la mandíbula que me fui a bailar para sacarme esa idea de la cabeza. Cada tanto lo miraba para ver qué hacía y el tipo tenía la mirada perdida en dirección a unas mesas vacías, como esperando que el chiquilín, o sea yo, terminara de jugar en el pelotero.

Me acuerdo también de esos roquenses que se pusieron a bailar como si fueran unas locas. Se retorcían como gusanos y movían los culos y se reían. Y más se rieron cuando notaron que éramos varios los que observábamos. Y como que acentuaron la forma de bailar, y ya eran unas maricas refregándose entre sí. Si faltaba nomás que se

pusieran a cojer entre ellos ahí, en medio de la pista y a la vista de todos. Se palpaba en el aire que, de un momento a otro, alguno de los que contemplábamos la danza loca saltaría hasta el centro de la pista para acostar de un tortazo a los roquenses putos. Se armaba en cualquier momento, así que fui a agitarlo a Ramón para que no se perdiera la revuelta inminente.

Lo agarré de los hombros y lo sacudí, el tipo estaba como en trance de la borrachera que tenía. Se levantó de golpe, me puso la mano en el hombro y pretendía llevarme empujándome hasta afuera. Lo vi tan sacado, tan fuera de situación, que me liberé de su brazo y volví a la pista justo para ver cómo Locura Graziano le partía una botella en la cabeza a uno de los putos. Ahí nomás la otra mariposa empezó a aletear y a gritar como histérica y ese fue el gatillo para que el Caraconcha lo acostara de un cachetazo. Y ahí sí que se armó la grande, porque las maricas no estaban solas y empezaron a volar sillas, mesas y todo fue un remolino de locura. Se armó tal lío que metí un par de manotazos nomás y me fui a casa antes de que llegara algún patrullero. Con la causa que tengo abierta, no quiero pisar nunca más una comisaría.

Vengo tan concentrado que pasé frente al Café Colonial y ni cuenta me di. Se me viene a la cabeza la imagen de la espalda de Emiliana con esa blusa abierta, sin bretel de corpiño. Me gustaría verla de frente para ver si tiene los timbres. Es bastante posible porque tiene gran parte de la espalda desnuda. Me afirmo en los pedales y doy la vuelta. Enseguida estoy de nuevo frente a la ventana del café. Todavía está ahí adentro. Me quedo un rato simulando acomodar algo de la bicicleta.

Este es uno de esos momentos de duda que tanto me complican la vida, que de tanto hacerme desembocar en la inacción me transforman en un infeliz. Me digo que nada importa, lo repito varias

veces como a un mantra, lo automatizo hasta que pierde el sentido. Entonces subo a la vereda, apoyo la bicicleta en un árbol y entro al café.

Inclinando la cabeza, saludo a Pancho, quien, desde atrás de la barra, me guiña un ojo y levanta el pulgar. Señalo hacia el baño y él hace un gesto de comprensión. Sigo caminando, son tres pasos y ya estoy en el campo visual de Emiliana. Miro hacia la mesa y veo su cara de frente. Está muy atenta a lo que la otra chica, con gestos ampulosos, le está contando. Trato de ver un poco más abajo, pero se interpone el hombro de la chica que no para de hablar y gesticular. Camino un paso más y Emiliana me queda casi a tres cuartos de perfil. La blusa es algo suelta y, si bien no alcanzo a distinguir si tiene o no los timbres, veo que tiene un escote bastante atrevido que muestra el nacimiento de los pechos. Debe estar caliente o ser bastante putita para ponerse eso nada más que para salir a tomar un café. Siento que se me empieza a poner dura y me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo estuve parado acá, como un idiota, mirando hacia la mesa. Entro al baño y hago todo lo que se supone que haría si fuese a mear. Hasta me lavo las manos.

Antes de salir del café, miro hacia la mesa. Emiliana sigue muy interesada en lo que sea que la otra piba le esté diciendo, tiene ahora el mentón apoyado en un puño y ha encorvado un poco la espalda, lo que hace que el escote se vea algo más abierto. Salgo del local, subo a la bicicleta y tomo la calle que me aleja de la plaza, la más oscura. Inquieto, pedaleo lento, voy en un amplio zigzag, mirando el asfalto. Pienso en que podría haberme acercado a la mesa, saludar sonriendo, preguntar cualquier pavada, presentarme, generar un vínculo mínimo, inicial. Pero no, soy como una comadreja que escapa de las luces, un bicharraco antisocial. Sé lo que habría que hacer, pero a la hora de actuar me escabullo lo más rápido que

pueda hacia la oscuridad, hacia el anonimato. Cuánto desearía ser de otra manera, haber nacido más despierto. Ser, en ese sentido, más parecido a Ramón, un tipo más resuelto, con la sangre más fría, alguien que por lo menos se animaría a saludar a una chica.

Saludar. Saludar no tiene nada de malo. Es más, viviendo acá es peor no saludar. Acá si no saludás a alguien es porque pasó algo con esa persona o te cae muy mal. Puedo saludar a cualquier cara de loco, hasta me sale automático eso, pero si se trata de una chica no me animo ni a inclinar la cabeza. Si sigo así, me voy a morir solo.

Doy la vuelta a la manzana y subo a la vereda que me lleva hasta el café. Voy a simular que vengo caminando distraído por la calle y, cuando pase al lado de esa ventana, voy mirar hacia adentro del local y, al ver a Emiliana, la saludaré con una sonrisa inclinando la cabeza, como si fuese lo más natural del mundo. Eso voy a hacer, ya mismo, ni bien termine de dar estos diez pasos que hay hasta esa ventana. Uno, dos. Saludar, es nada más que saludar. Tres, cuatro. Quizá sonreír sea demasiado. Cinco, seis. Con levantar la mano del manubrio, estaría bien. Siete, ocho. No sé forzar una sonrisa. Nueve. Pero si está de espaldas a la calle, de verdad que soy un imbécil.

Paso al lado de la ventana sin mirar. Cruzo la calle y voy hacia la plaza. Apoyo la bicicleta en un banco de madera que está bajo la oscuridad de un tilo inmenso y me siento. Desde aquí tengo una vista privilegiada de esa ventana del café. La otra chica sigue moviendo las manos.

No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero debe ser tarde porque ya casi no anda nadie dando vueltas. Estuve sentado en este banco, con la bicicleta a un lado, mirando hacia la ventana del Café Colonial. Emiliana se ha movido poco, parece atrapada por el relato de la otra chica, que no ha parado de mover las manos. Lo hace de una manera

especial, a mi también me ha resultado hipnótico. Hasta puedo imaginar alguna historia a partir del devenir de esos gestos. Alguna historia en la que pareciera que ella ha sido víctima de una injusticia.

Después de estar no sé cuánto tiempo observando, me doy cuenta de que los movimientos que la otra chica hace con las manos parecen mostrar un patrón, arman una serie de gestos que se repiten. Por momentos mueve las manos como buscando subrayar lo que acaba de relatar y a eso le sigue una serie de movimientos que parecieran un intento de autojustificarse. Así, durante el relato suele abrir una mano y llevarla hacia adelante, como si estuviera parando el tránsito en una calle, después ubica la palma hacia arriba, junta los dedos, los agita y los abre como si tirase unos dados.

La otra serie de movimientos es diferente. Con más señalamiento hacia sí misma, involucra el cuerpo entero. Abre bien grandes los ojos y levanta los hombros mientras apoya sobre el pecho la punta de los dedos de una o ambas manos, para luego llevarse el índice a la boca y darle dos besos, como haciendo un juramento.

Me pregunto de qué ademanes estarán compuestas las series de gestos de Emiliana. Me pregunto, también, cómo será su cara con los ojos entrecerrados, mordiéndose el labio inferior, sus caras de placer.

Algo pasa, la otra chica llama a la camarera. Parece que ha pedido la cuenta. Se acerca la camarera con un papelito, intercambian sonrisas, agradecimientos y saludos. Me pongo de pie. Se preparan para salir del café; cierro la mano sobre el manubrio de la bicicleta. Emiliana se adelanta, va hacia la puerta, seguida por la otra chica. Paso una pierna sobre el asiento, apoyo el culo y con la punta del pie busco el pedal. Salen del café y caminan por la vereda más oscura, la que se aleja de esta plaza.

Pedaleo lo más despacio que puedo, casi en cámara lenta, haciendo equilibrio en completo silencio. Muy lentamente bajo el cordón hacia la calle. No circula ningún vehículo, ya deben estar todos en la discoteca. Cruzo la calle bajo las luminarias que proyectan una luz débil de tantos bichos que acumulan en su interior.

Tomo la calle oscura, la que se aleja de la plaza, y veo salir el auto de Emiliana. El auto de la mamá de Emiliana. Maneja despacio, frenando casi por completo en las esquinas. Logro seguirlas durante unas cuadras hasta que llegan a la avenida y doblan rumbo a la terminal de ómnibus.

Me paro en los pedales y vuelvo para el centro.

En la oscuridad de los árboles, espero. Dejé la bicicleta a dos cuadras recostada en el caño de una luminaria, justo frente a la casa del Topo. No anda nadie por la calle, ya deben ser más de las dos de la madrugada. Desde aquí se escucha el retumbar de la discoteca, una bola de sonido incomprensible. Me entretengo arrancando hojas y rompiéndolas de a poco, en pedacitos, hasta dejar pelados el peciolo y la nervadura. Esto es más fácil en otoño, cuando las hojas están secas y, con solo apretarlas entre un nervio y otro, se hacen polvillo. Ahora que están verdes hay que poner más cuidado, porque hay que ir cortando de a poco pequeños pedazos, pero por eso mismo es una buena manera de matar el tiempo.

Ya voy pelando tres hojas y todavía no ha pasado nadie. Si quisiera hasta podría dormir una siesta ahí, en medio de la calle. Pero, por si pasara algún vehículo, ya tengo resuelto simular que estoy meando. Me pondré de espaldas a las luces que se acerquen por la calle, con la cabeza mirando hacia abajo, y esperaré hasta que pasen. No me importa si les parece bien o mal, lo importante es que sea creíble lo que esté haciendo y que no me vean la cara.

Es bueno pensar antes de hacer las cosas. Aunque si pienso demasiado en lo que sería capaz de hacer, me asusto de mí mismo. Porque si uno puede pensar algo, quiere decir que también puede hacerlo. Pero que pueda hacerse tampoco significa que todo vaya a salir tal cual uno lo ha pensado, sino nada más que puede intentarse.

Para que las cosas salgan lo más parecido a como uno las pensó, es necesario controlar la mayor cantidad posible de factores. Hay que hacerse preguntas.

Pero nunca serán suficientes las preguntas que uno se haga, siempre quedará un agujero por el que se cuele la incertidumbre, la posibilidad de que todo salga mal.

Veo dos luces doblando en aquella esquina, vienen hacia aquí. Adopto mi postura de mear y, por el rabillo del ojo, veo cómo pasa muy despacio el auto que ella conduce. Distingo, además, que está sola. A unos pocos metros, el auto aminora aún más la marcha y sube a la entrada del garaje parando sobre la vereda, quedando por fin con la trompa a centímetros del portón.

La puerta del lado del conductor se abre y asoman dos pantorri-llas gruesas que se afirman sobre las sandalias que ahora pisan las baldosas de la vereda y, con pasos cortos, se dirigen hacia el portón. Veo a Emiliana de cuerpo entero, estirando el brazo para alcanzar la manija del portón, y noto que lo que lleva puesto no es una blusa, sino un vestido liviano corto, algo suelto, escotado y de espalda abierta. Mientras me acerco puedo oler su perfume caro, percibo su vitalidad. Hasta me parece sentir en mi cuerpo los impactos de las ondas expansivas que producen sus pulsaciones.

«Hola», le digo y, tratando de no tartamudear, le cuento rápido que acaban de robarme la bicicleta y la billetera y que, por correr al ladrón, me ha dado un tirón muscular en una pierna que me ha dejado rengo. Ella, que me miraba con expresión de incredulidad,

abre por completo los ojos y dice: «Vos sos el hijo de Susana, la enfermera».

Me sorprende que me conozca, pero enseguida me acuerdo de que su padre es el director del Hospital. Me apoyo en el auto y, haciendo un gesto de molestia, le pido que me haga el favor de llevarme hasta mi casa, que, si bien no son más de diez cuadras, así como estoy no puedo caminar ni diez metros.

Conduce a baja velocidad, frenando casi por completo en las esquinas. El auto huele rico, como a vainilla, una fragancia que combina muy bien con el perfume que se desprende de su cuerpo. Se siente confortable este auto, más confortable que la casa de mamá, tan confortable que hasta me hace sentir incómodo, sucio. Es que hay cosas que no son para uno. Sé muy bien que nunca voy a poder acceder a un nivel de vida así y me parece lo más lógico.

La veo de perfil manipulando el volante y la palanca de cambios con naturalidad. Qué distinta debe ser la vida contemplada a través de las ventanillas de tanta comodidad. Consciente de los agujeros en mi remera de Los Ramones, me invade un extraño sentimiento de autocompasión, de sentirme poco menos que un insecto que, en vez de estamparse contra el parabrisas, se ha colado por una ventanilla abierta y ahora aletea, imperceptible, dentro del vehículo. Se me ocurre que, si ahora mismo me disolviera en el aire, ella simplemente daría la vuelta y conduciría hasta su casa como si nada hubiera ocurrido. En este momento existo en su vida solamente por mi fingida condición de caído en desgracia. Soy un mendigo de atención. De una manera práctica pero precaria y fugaz, estoy logrando que me done unos minutos de su ya resuelta vida.

Me pregunto qué hubiera pasado si, en lugar de improvisar esta mentira, me hubiese animado a confesarle todas estas ganas

de hacerle muchas cosas que se me despiertan cuando la veo. Lo más probable es que ella hubiera buscado cualquier excusa para desalentarme o, todavía peor, quizá hasta le resultaran cómicas mis intenciones. Seguro que se habría reído no solo de mis intenciones, sino de mi sola presencia.

Ahora mismo podría tocarle la piel con apenas estirar la mano, pero igual me resultaría inalcanzable. Más inalcanzable aún por el posible reflejo de rechazo de esa piel de hija de director del Hospital, erizada ante el contacto de la mano rústica del hijo de una enfermera. Así como está ahora, tan cerca de mi cuerpo, se ve más a mi alcance que si intentara acariciarla. Así como está ahora, al menos me queda la ilusión de la cercanía.

Me pregunta si no prefiero que me acerque hasta la guardia del Hospital. Le digo que no, que es solo un dolor muscular, que mañana ya voy a poder caminar bien. Ella sigue manejando sin decir nada más y apenas si faltan tres cuadras para llegar a casa de mamá.

Sin disimular, miro la parte visible de sus pechos, entre los que se pierde la cadenita dorada que lleva en el cuello. Ella acelera un poco la marcha, trastocando mis supuestos, quitándome así una parte de ese tiempo restante que me corresponde. Seguro que quiere despojarse lo antes posible de este hijo de enfermera, un inmundo que huele a tomate y usa una remera agujereada. Es más que claro que está apurada por desentenderse de este inútil que todavía vive con la mamá, un inservible que solo sabe de juntar tomates y pajearse.

«Llegamos», me dice, frenando el auto y haciendo una mueca rápida que intenta ser una sonrisa. Me quedo inmóvil, sentado, mirándola. No quiero bajarme, quiero seguir estando aquí, con ella, olfateando esta fragancia de vainilla y ese perfume caro, de putita. Un rato más, aunque sea, es lo único que me sale pensar.

«Llegamos», vuelve a decir, pero ahora sin mueca, ya con una expresión como de incertidumbre. Percibo su desconfianza y me duele. Entiendo que no me conozca, pero que se asuste de mí ya es otra cosa, casi un insulto. Si me bajo ahora, va a quedarse con esa sensación de desconfianza y eso le va a reforzar todas esas ideas estúpidas que tiene acerca de mí. Si me bajo ahora, le voy a dar la razón. Si me bajo ya mismo, va a terminar de convencerse de que soy ese inservible que solo conoce de juntar tomates y hacerse la paja.

Le digo que no se haga la tarada y que maneje hasta que yo le diga. Me mira en silencio, como asustada. Me llevo la mano al bolsillo y le digo que no sea boba, que tengo una navaja y que no me importa nada. Que, por favor, haga lo que le pido, que solamente es manejar un rato más.

Ahora estoy tan tranquilo que hasta empiezo a disfrutar del paseo. Le digo que enfile hacia la zona de chacras, que quiero mostrarle algo. Intentando tranquilizarla, le comento que no es mi intención hacerle daño, sino que solo quiero que me conozca un poco y que no se me ocurre otra manera de hacerlo. Pero la cara de susto se le ha quedado como si tuviese parálisis facial. Le pido, por favor, que se relaje porque si no me pongo nervioso. Al borde del llanto, insiste en que no le haga nada, que si quiero me da plata y hasta me deja el auto. Eso me duele, me enoja bastante, está claro que no nos estamos entendiendo. Pero lo dejo de lado y trato de calmarla, le digo que no pasa nada, que solo vamos a dar una vuelta por el lugar en el que trabajo. «Quiero contarte cómo es un día allí y que entiendas por qué soy el mejor haciendo eso», le digo.

Estoy feliz por esta idea que me ha salido de la nada. Una vez que le explique mi visión del mundo, ella comprenderá y luego las cosas serán diferentes. Quizá, después de esta madrugada, hasta

seamos grandes amigos y de vez en cuando ella pase a buscarme para dar un paseo y conversar. Ahora mismo venía contándole por qué me gustan tanto Los Ramones, pero no hay caso, sigue con esa cara de liebre asustada.

Entramos a la zona de chacras por el camino principal. Las luces del auto muestran el relieve de la tierra, las sombras exageran las depresiones del suelo, que se revelan menos pronunciadas a medida que nos acercamos. El camino está lleno de pequeños pozos y desniveles, pero el auto avanza estable, como si flotara. Le indico que doble en el primer callejón que vea a la derecha y ella hace un leve movimiento de cabeza. La noto más tranquila.

El callejón es bastante estrecho, no entiendo cómo puede circular por acá un colectivo tan grande como el que nos trae todos los días. A los costados del camino, por encima de la espesura, veo asomar las cañas tomateras. Le digo que bajamos acá y me devuelve una sonrisa tímida. Abro la puerta y salgo. El cielo está repleto de estrellas y el aire corre tibio, con un intenso olor a tomate. Escucho que el motor se acelera de pronto y, al girar la cabeza, veo cómo el auto se aleja marcha atrás. Corro unos metros, gritándole que, por favor, no se vaya, pero no hay caso. No me dan las piernas y el vehículo se aleja cada vez más, hasta que llega al camino principal. Allí, en medio de una nube de polvo, desaparece.

120

Jadeando, con las manos apoyadas en las rodillas, me doy cuenta de la gravedad de mi situación. No sé en qué estaba pensando, me dejé llevar por no sé qué embriaguez calenturienta y ahora no hay forma de que no me busque la policía. Una vez más, la cagué.

Y ahora con esto, sumado a esa estúpida causa abierta por la planta de marihuana, seguro me encierran varios días. Y lo más triste es que no hice nada. Qué imbécil, al menos debería haberle tocado las tetas.

No sé si la noche es clara o si mis ojos ya se acostumbraron a la oscuridad. Voy cruzando el campo, apartando los pastizales con las manos. Por momentos, mis pies se hunden en el barro. Hace apenas un rato oí sirenas por el lado del tomatal. Por suerte ya les saqué bastante ventaja y ahora camino apurado, hacia el río. Es la vía más segura para llegar a la ruta.

Me da mucha pena tener que abandonar el pueblo, pero no tengo alternativa. Me encierren o no, de semejante ridículo no se vuelve. Quién va a querer siquiera saludar al trastornado que secuestró a la hija del director del Hospital. No hay explicación que borre esa foto de la cabeza de toda la gente. Me pregunto por qué elegí esta forma para dejar de ser invisible, por qué intenté salir de las sombras con una máscara de monstruo. Quizá haya sido así porque es lo que en verdad soy: un monstruo. El monstruo virgen.

Ya estoy en la orilla del río. Enseguida encuentro la huella por la que transitan las vacas. Tomo la misma dirección que la ancha masa de agua lenta. Siempre me llamó la atención que este lugar, tan horrible durante el día, se convierta por la noche en un hermoso espejo de estrellas. Uno lo ve en una noche despejada y puede llegar a creer que está en el paraíso. Pero no es más que barro. Barro aguachento que va recolectando los fluidos de los campos fumigados, arrastrando despacio esos venenos sobre el pegote inservible del fondo arcilloso de un río muerto.

121

He llegado al lugar en donde las aguas que arrastran los venenos de los campos reciben a las aguas cloacales del pueblo. Bajo esta intensa claridad lunar puedo ver con nitidez cómo, desde esos caños que asoman ahí, una franja opaca se extiende sobre la superficie del suelo hasta encontrarse con el agua. Es el rastro que deja toda la mierda que, cada tanto, se vierte en el río.

Sabía de este lugar, pero no lo conocía. Me detengo a observar. El rastro dejado por la mierda es una capa gruesa, una especie de polvillo que, bajo esta luna llena, se ve de un marrón grisáceo que en algunos sectores muestra un tono verdoso, como gastado. Es la huella seca de fluidos lentos pero frecuentes que recorren una leve pendiente empastando todo lo que encuentran en su avance. Como si un monstruo inmenso hubiera pasado su lengua babosa, en esta franja estrecha la tierra, las piedras y el pasto han sido plastificados bajo un manto ya disecado por varios días de sol pleno. Ahí, más cerca de la boca de los caños que de la orilla del río, veo unas plantas que me resultan familiares y me acerco nada más que para confirmar mi sospecha: son plantas de tomate.

Veo mi mano tomando con tres dedos un tomate para girarlo, desprenderlo del tallo y ubicarlo con cuidado en el cajón. Veo ese mismo tomate en medio de otros tantos tomates, viajando hacia el pueblo hasta algún comercio en el que será vendido, metido en una bolsa y trasladado hasta la mesa en la que será cortado, mascado y tragado. Lo veo terminar de deshacerse mientras baja para llegar al estómago y ser disuelto por la digestión que no podrá licuar las semillas que saldrán intactas por el culo hacia el caudal de aguas desechadas que llegarán al torrente cloacal que, cada tanto, fluye en este mismo lugar.

122

De alguna manera, yo soy como esas semillas. Tragado sin saberlo, digerido sin notarlo y luego expulsado, contra mi voluntad, por este pueblo que me deshecha como a una cápsula blindada que no logra asimilar.

Empieza a aclararse el horizonte lejano. Si alguien quisiera experimentar la desolación, podría encontrarla caminando unas horas por estas tierras. Al igual que el rocío, la monotonía cae sobre el valle cubriéndolo todo. Una fina capa de desazón se va formando

alrededor del individuo que se aventure a cruzar a pie esta inmensidad. Un mar inmóvil de pasto se extiende hasta hacerse horizonte. Así, sin promesa de novedad en la lejanía, la cabeza siempre se cansa antes que el cuerpo.

Amanece. Veo el terraplén, la ruta y el puente bajo el que avanza sin ganas este agua envenenada. Abandono la senda de las vacas. Me tomo de algunas matas de pasto para ayudarme a subir la breve pendiente que hay hasta el asfalto.

En el costado derecho de mi cara ya siento la tibieza de la luz del sol. Hoy va a ser un día muy caluroso. Camino por la banquina, alejándome del pueblo.

El camionero, un barbudo con una panza grande que parece la almohada del volante, me lo dejó en claro ni bien subí: «Te llevo solo para que me cebes unos mates». Ahora, entre el mal estado de la ruta y un cansancio a punto de vencerme, manipulo con torpeza la pequeña pava de aluminio tratando de embocar el chorrito de agua caliente dentro del mate azul de lata. Es una tarea que requiere de mucha atención, ya es la segunda vez que me vuelco agua caliente sobre la mano.

Me arde mucho la zona quemada, pero sigo cebando mate para este idiota que solo me habla de fútbol. «¿De qué cuadro sos?», me preguntó cuando le cebé el primer mate. «De ninguno, no me interesa el fútbol», le contesté. Pero igual se largó a comentarme cuál sería la mejor formación para Boca y por qué fulano de tal ya no puede dirigir al equipo. Es como si me hablara en chino, así que solo le cebo mate y miro la ruta, tratando de no desmayarme del sueño.

Por fin se termina el agua de la pava y se lo demuestro inclinandola, agitándola levemente, casi como un gesto de triunfo.

Me señala un bidón y me dice que ponga más agua a calentar en la pequeña garrafa que está entre los dos, que ahora vienen diez kilómetros de ruta pareja, que vamos a ir más despacio para poder calentar el agua.

Haciendo un esfuerzo que está en el límite de mis capacidades físicas, lleno la pava, enciendo la hornalla al mínimo y preparo otro mate.

Ahora cambia de tema, me habla de la cantidad de mujeres hermosas, solas y muy calientes que suelen hacer dedo en la ruta. Pero no lo hacen para que alguien las lleve, me dice, sino para que alguno se las coja. Me parece bastante probable que haya mujeres que salen solas a la ruta porque están desesperadas por sexo, lo que no puedo creer es que estén dispuestas a tenerlo con él.

Varios mates después, escucho que dice «Gracias» y entiendo que ya no quiere más. Dejo los elementos en el piso de la cabina y apoyo la cabeza en el respaldo.

Despierto con dolor en el cuello y la sensación de no haber dormido. Vamos por una avenida con muchos edificios a los costados, supongo que estamos entrando a Neuquén. «¿Adónde te dejo?», me pregunta el camionero. «No sé, voy a Neuquén», le respondo. Busco en mi billetera y encuentro la tarjeta que me dejó Ramón aquella noche de los putos en Kokenau. Le digo la dirección y me dice que me conviene bajar dentro de cinco cuadras.

Al bajarme, me confiesa que decidió llevarme cuando vio mi remera de Los Ramones. «Feliz año nuevo y gracias por los mates», dice antes de seguir. Qué diferente hubiera sido el viaje si la charla hubiese empezado por el detalle de la remera.

El calor es agobiante, sube desde las baldosas. Ramón está mal. Lo veo demacrado, con barba de varios días. Me recibe con un abrazo

tan efusivo que me sorprende, y hasta sonrío cuando habla. Pero lo noto triste, parece deprimido, huele peor que yo. Mientras revuelve la alacena de la cocina, me dice que esta vez sí me va a contar todo lo que le pasó, pero más tarde, que le tenga paciencia. Con una caja amarilla de arroz Gallo en la mano, me dice que no está con ánimo de hablar, pero sí de escuchar.

Le digo que necesito darme una ducha para despertarme un poco y que luego, mientras almorcemos, le contaré por qué vine. En mi incursión hacia el baño observo el estado de la casa. Es calamitoso. Si mi mamá entrara aquí ahora mismo, se caería de espaldas. Ropa hecha bollos, acartonada, tirada en cualquier parte. En el piso del pasillo hay cuatro botellas vacías tiradas y alguna que otra mancha seca, en el piso y la pared, de algún vómito. A través de la puerta entreabierta de una habitación veo una cama revuelta y ahí cerca, en el piso, un sorete reseco.

En el baño, la suciedad cubre todo. Uno pasa el dedo por los azulejos y sobre la superficie se forman choricitos de una materia pastosa. Lo mismo pasa en la pileta y la bañera. El inodoro tiene tanto sarro que parece recién sacado del baño de una estación de tren abandonada.

La ducha no tiene flor, es solo un caño por el que sale un chorro grotesco de agua fría. No hay agua caliente. Ni jabón. Sin entrar en la bañera, apoyo las rodillas en el borde, me saco la remera, húmeda de sudor, y me mojo solamente la cabeza.

La toalla huele a rancio, así que me seco el pelo con la remera y me la vuelvo a poner, más húmeda que antes. Ahora, más fresco y despejado, ya estoy listo para almorzar.

«¿En serio secuestraste a esa gorda boba?», me dice Ramón, con la boca llena de arroz. Le pregunto si de verdad le parece gorda y me

responde preguntándome si estoy ciego. «Esa chica tiene los brazos más gruesos que el cuello», me dice haciendo montoncito con la mano, y enseguida se deja llevar por una carcajada histérica, como adulterada con maldad, de una duración que no me parece normal. Se ríe como loco hasta que se atraganta y empieza a toser, poniéndose cada vez más colorado. Me levanto, le doy unas palmadas firmes en la espalda y escupe una pelota de arroz que, al impactar en el plato vacío, se desarma.

Con lágrimas en los ojos, toma agua de un vaso largo. Me mira y vuelve a tentarse de risa. Me pregunta si al menos pude «hacer algo». Le digo que solo llegué a hablarle de la música que me gusta. «Pero qué tenías pensado hacer», me dice. «No sé, pensé que si la obligaba a conocerme, ella después sabría entenderme y al menos seríamos amigos. Porque uno quiere a alguien cuando por fin lo entiende», le digo, y le aclaro que eso es lo que yo creo y que por eso no puedo decir que quiera a mi mamá, porque no termino de entenderla.

«Te salió carísimo», me dice, «si te animaste a hacer todo eso, ¿por qué no te la garchaste?». Le digo que en un momento lo pensé, pero que me pareció que ella empezaba a confiar en mí, así que no quería defraudarla. Ramón abre la boca y suelta una carcajada que ya empieza a resultarme molesta. Le pregunto de qué carajos se ríe y me dice que la anécdota es muy graciosa, pero que no se ríe de eso, sino de mí, porque no puede creer que yo sea tan imbécil. Se seca las lágrimas con una mano, parece feliz por mi desventura.

«Ya que estabas ahí, tendrías que haberla sujetado bien fuerte por las muñecas y arrancarle la ropa», me dice, y, simulando tener a Emiliana tendida sobre la mesa, cierra los ojos y agrega: «y darle matraca así, así, gozá, gordita de clase alta». Por un instante, me parece verla ahí, desnuda, disfrutando de ser penetrada por

Ramón. Me digo a mí mismo que de verdad soy el más grande de los idiotas.

Ramón me dice que va a salir a comprar el diario y que si quiero me puedo tirar a dormir una siesta en la habitación que tiene la puerta cerrada. Lo escucho bajar la escalera y reírse otro poco antes de cerrar la puerta de calle. Dejo los platos dentro de la bacha llena de cosas para lavar. Quizá, cuando me levante de la siesta, le dé una mano con todo este lío.

Abro la puerta de la habitación cerrada y me invade una calidez incómoda. El aire húmedo y tibio parece querer escaparse del encierro, humedeciéndome la piel. Un catre con un colchón de goma espuma amarilla y opaca ocupa casi todo el espacio. Sin sacarme la ropa, me acuesto boca arriba. El olor a humedad, mezclado con otros olores que no puedo identificar, me resulta intolerable.

Aunque estoy molido y ya hasta empieza a dolerme la cabeza, no logro dormirme. Me levanto y voy hasta el baño. En el pedazo de espejo que está pegado en la pared, me veo las ojeras de dos días sin dormir bien y los ojos rojos, inyectados de sangre.

Salgo del baño y, en lugar de volver a la habitación, tomo el pasillo hacia el otro lado para ver qué tan grande es la casa. Enseguida encuentro una escalera por la que subo hasta una puerta de chapa verde que se abre temblequeando, dejándome ver una terraza enorme.

El sol pega con una fuerza tremenda y la gastada capa de pintura roja que cubre el suelo parece estar convirtiéndose en vapor. Estoy a punto de volver a entrar cuando veo algo muy extraño allá, en medio de la terraza. Cruzando el aire caliente, me acerco y veo los restos de una fogata grande sobre una chapa oxidada. Entre

pedazos de madera carbonizada y algunos bollos de papel de diario a medio quemar, puedo distinguir el cráneo de un perro grande.

El calor es intolerable, cegador. Vuelvo sobre mis pasos y ya estoy al lado de la puerta de chapa verde cuando lo veo a Ramón asomarse. Mientras le pregunto qué mierda hizo acá, se me viene a la cabeza su risa alucinada y ya no puedo frenar la trompada, que le da de lleno en la cara, haciendo que pierda el equilibrio y caiga, de espaldas, escalera abajo.

Ni siquiera alcanzó a gritar, solo se oyó un sonido seco contra el piso. Por la ubicación en la que quedó la cabeza con relación al cuerpo, parece que se rompió el cuello. Me quedo sentado al lado durante un rato largo, sin saber qué hacer, hasta que, vencido por el sueño, me levanto, voy hasta su habitación y me desparramo sobre la cama.

Despierto en la oscuridad total. Lo primero que percibo es que estoy de lado, sobre mi brazo derecho. Lo siguiente es el tufo a ropa sucia. Enseguida puedo distinguir entre el olor a mugre de mi ropa y el que es propio de la cama de Ramón. Despacio, me incorporo y camino a tientas, buscando alguna tecla en la pared, que encuentro al fin cerca de la puerta.

En la cocina, abro la heladera. Lo único que encuentro es medio limón reseco y una Warsteiner por la mitad, con el pico cubierto por un tapón de goma. Enjuago el vaso largo y lo lleno con cerveza fría. Me siento a la mesa, aparto unas migas con la mano y apoyo el codo en el área despejada. Veo el diario *Clarín* en el otro extremo de la mesa, alcanzo a leer el título principal de la tapa: «Duhalde asume la Presidencia hasta el 2003». Estoy muy desinformado, no estaba ni enterado de que había elecciones. ¿Hubo elecciones?

La cerveza está riquísima, como recién abierta.

Otra vez estoy sentado, sin saber qué hacer, al lado del cadáver de Ramón. Me cuesta creer que se le haya ido la vida así nomás, en un instante, por una caída tan tonta. Los músculos sin tono convierten la cara en una máscara de goma inexpresiva. Todo el cuerpo es ahora un envase vacío, pura forma sin contenido, como si una sanguijuela enorme, invisible, le hubiera succionado la esencia, desechando luego la bolsa inerte de carne y huesos al pie de esta escalera.

El último trago de cerveza es nada más que espuma tibia. Subo la escalera mientras me limpio la boca con la mano, y salgo a la terraza. La noche está calurosa, muy despejada y, a pesar de las luces de la ciudad, es posible ver en el cielo alguna que otra estrella. El montón de cenizas sigue ahí, en medio de la terraza, y un poco más allá, apilada contra el muro, hay una buena cantidad de madera.

Índice

- 11. Ramón
- 55. Richard
- 71. Gladys
- 101. El Tromba
- 131. ¿Quién teje?

¿Quién teje?

Sebastián Fonseca

Nací en Montevideo en 1974. Mis padres decidieron venir a la Argentina en 1984 porque acá había vuelto la democracia y en Uruguay todavía parecía muy instalado el gobierno de facto. Entonces tenía nueve años y pasé el resto de mi infancia en el campo bonaerense, a tres kilómetros de Casalins, una localidad de cuarenta habitantes. Ahí, viendo a mi madre o a mi padre con un libro en la mano en las tardes de invierno, nació mi interés por la lectura. En la pequeña biblioteca de la escuela me encontré con la colección Robin Hood y con la obra completa de Horacio Quiroga, que activaron en mí un mundo de imágenes y voces que me acompañaría en mis paseos por la llanura, mis incursiones de pesca y a lo largo de los muchos días grises que, según recuerdo, duró la gran inundación de 1985.

Pasé la adolescencia en General Belgrano, provincia de Buenos Aires. No conocía a nadie, no tenía el hábito de mirar televisión, ni existía internet, pero había una biblioteca municipal que me pareció enorme. Cada dos o tres días devolvía un libro y sacaba otro. Así, tardé mucho tiempo en socializar con mis congéneres del pueblo, pero pronto amplí mi universo literario hasta el punto de necesitar escribir.

Como todo recién llegado a un espacio que admira, lo sacralicé. Todo lo que yo escribía me parecía horrible, pero aún así había algo liberador en el acto de escribir, algo que iba más allá de la búsqueda de sinónimos o de frases más prolifas: la necesidad de registrar de manera metafórica lo que iba entendiendo del mundo, no para

llegar a conclusiones absolutas, sino más bien para encontrar nuevas preguntas.

De esta manera, resultó que del mundo entendí cada vez menos, pero la escritura pasó a ser parte de mi forma de vida.

En 2016, tomé la decisión de participar en un certamen de narrativa y escribí *Pueblo perdido*, obra con la que obtuve el premio de ser publicado. Esto representó un hito para mí, la validación que necesitaba para entender que mi escritura podía ser considerada literatura. A partir de ahí, y empujado en gran parte por la necesidad de expresarme al ver cómo lo peor del sentido común dominaba la escena política, comencé a animarme con la poesía y así fue que se publicaron (también gracias a concursos literarios) *Redes Sociales* y *Los oficios*.

Este libro, que ahora está en tus manos, fue escrito no para ganar premios, sino para generar empatía porque ¿qué otro motivo podría impulsarte a escribir?

Empezar por los ojos

Años atrás, una amiga que entonces asistía a un taller de caricaturas, me dijo «conviene empezar siempre por los ojos, porque así es más fácil dibujar el resto del personaje y hasta la situación en la que está». A partir de este recuerdo, me surge otro en el que, en una vida remota, durante mi último año de estudiante de Teatro, el profesor insistía con la idea de que en la actuación es clave intentar ver el mundo tal como entendemos que lo haría el personaje.

Ahora, mientras tecleo estas líneas, veo muy claro que al sentarme a escribir siempre empiezo por los ojos. Creo que solamente puedo lograr una narrativa decente si primero defino la mirada del personaje. No es necesario para mí tener definida la trama de un relato antes de empezar a escribirlo, pero me resulta imprescindible ver-saber-entender tal como lo hace el personaje a través del cual comienzo a narrar.

Claro que no siempre se logra un texto que refleje por completo la imagen que tenés en la cabeza y quizá esta sea una de las condiciones para persistir en la escritura: la aceptación de la imposibilidad de ser fiel al modelo mental. El truco que nos juega la imaginación es presentarnos como completud aquello que es apenas un garabato de nuestra intuición. La mente completa los detalles y vemos un cordero encerrado donde no hay más que una caja con agujeros. Me gusta pensar que mi forma de escribir mejoró de manera notable cuando adopté la estrategia de no pretender dibujar en detalle el cordero encerrado, sino sugerir con trazos mínimos la caja que lo contiene.

No es mi deseo enseñarte algo, sino compartir lo que significa para mí la escritura a partir de mi breve experiencia, que resultó en dos obras de narrativa y dos de poesía, todas publicadas por haber recibido premio en algún certamen literario. Tampoco me interesa mostrarme humilde, sino más bien razonable y generoso por si acaso esto que estás leyendo pudiera servirte. Por eso, quiero aprovechar esta oportunidad para comentar que, para mí, la inspiración no existe. Lo que existe es el escalón. El escalón no aparece porque sí, solo lo ves cuando estás haciendo. Para ver el escalón hay que hacer. Hacer es escribir. Quienes no hacen suelen reclamar humildad a quienes sí. Escribir es hacer.

Pocos minutos después de ponerme a escribir surgen ideas que pocos minutos antes ni siquiera me hubiera creído capaz de concebir. Eso es lo más genial de la escritura: nos obliga a pensar. Si esperase a estar “inspirado” es posible que me pasara la vida sin escribir una sola línea.

El escalón es una base que, apenas vislumbrada, se revela lo suficientemente sólida como para impulsarte a un lugar superior de tu propia escritura. Tu propia escritura solo puede mejorar gracias a estos escalones y estos escalones solo aparecen cuando estás escribiendo. Es un círculo virtuoso que se acrecienta solo a partir del hacer, porque solo el hacer nos muestra los escalones.

138 Los escalones están ahí, son infinitos, pero únicamente se hacen visibles cuando nos ponemos a escribir. Cuando los vemos entendemos por qué razón no podíamos verlos. No podíamos verlos porque no estábamos escribiendo lo suficiente. No podíamos verlos porque estábamos esperando a que nos llegue la inspiración.

Empecé a escribir esta novela en 2005. Con mucho entusiasmo, cada tarde le dedicaba un par de horas hasta que, algunas semanas después, empezó a costarme cada vez más avanzar. Cada tanto,

releía unas páginas y, si bien ya tenía en la cabeza varias situaciones, la historia tal como estaba narrada me resultaba soporífera y eso acrecentaba mi desánimo para retomar su escritura.

Era una pesadilla, un bodoque monstruoso al que no podía dejar a un lado y pasar a otra cosa, me inquietaba ese agrupamiento inerte de palabras que tantas horas me había llevado. Me abrumaba la idea de que alguien pueda pasarse toda la vida escribiendo sin mejorar ni un poco. De esta manera, cuanto más escribiese esta persona, tanto más testimonio dejaría acerca de su propia ineptitud. Si hay algo que creo haber aprendido aporreando un teclado, es que en la escritura la ineptitud puede definirse como perseverancia sin mejoría. Odiaba mi producción escrita, no podía mejorarla, pero tampoco desecharla.

Así fue mi relación con el borrador de este texto durante algunos años, hasta que leí *La revolución es un sueño eterno*, de Andrés Rivera. Esa lectura fue un punto de inflexión, una lección magistral de narrativa gracias a la que pude ver los lastres que me impedían avanzar hacia donde me interesaba.

Primer punto: el relato no mejoraba porque yo insistía con un narrador omnisciente descuidado, que aplanaba las diferentes perspectivas de los personajes. Hoy me gusta llamarlo narrador inconsciente.

Segundo punto: narraba desde un púlpito, por lo que el texto estaba repleto de moralina y sentencias políticamente correctas. Me acordé de Esopo y lo odié.

Tercer punto: había creado un personaje principal contradictorio, sí, pero los demás eran apenas unas marionetas funcionales a las mezquinas necesidades del relato.

Cuarto punto: el léxico era el de un narrador intentando parecer culto. Es decir, un artificio que además parecía esforzarse en resultar artificial. Verosimilitud cero.

Identificados los obstáculos, era obvio que nada más había que sortearlos, pero a veces es necesario entrenar. Entonces, participé de talleres de escritura, empecé a leer más autores rioplatenses y no tanta traducción de Anagrama, y hasta abrí un blog con seudónimo, donde cada día tecleaba un pedacito de una historia sin pies ni cabeza, pero de mucha utilidad como ejercicio para aflojar los dedos.

Tiempo después, en una tarde de invierno, me sentaría frente a la computadora, seleccionaría el documento maldito y presionaría *Delete*. Recuerdo aquella sensación de alivio, que se transformó en disfrute cuando abrí un documento nuevo y empecé a escribir desde la perspectiva de cada personaje.

Esta fue la primera novela que empecé a escribir y es, hasta el momento, el último texto que publico. En el medio escribí y publiqué otras cosas, siempre con esta tarea pendiente, esta sombra sobre mi cabeza que por fin se ha hecho libro.

Cuanto más escribo tanto más responsable me siento por lo que va saliendo. Y, en este sentido, entiendo que revisar las definiciones, seleccionar cada palabra, lleva de manera inexorable a la consolidación de una estructura subyacente que siempre es ideológica.

Percibimos el mundo desde una perspectiva que no es neutral, cada palabra que pronunciamos se fija como un ladrillo en nuestra construcción discursiva, mental, social. Pronunciarnos es tomar posición, ya que tratando de comprender el entorno es como nos apropiamos de un significado. Pronunciarnos es siempre un ejercicio de conocimiento, la escritura es inseparable de la vida cotidiana. Conviene empezar por los ojos.


EDITORIAL
UNRN

 Universidad Nacional
de Río Negro

Dirección editorial: Ignacio Artola
Coordinación de edición: Diego Martín Salinas
Edición de textos: Diego Martín Salinas
Corrección de textos: Silvana Pérez León
Diagramación y diseño: Sergio Campozano
Imagen de Tapa: Editorial UNRN, 2020



© Universidad Nacional de Río Negro, 2020

editorial.unrn.edu.ar

© Sebastián Fonseca, 2020

La Tejedora es una serie monográfica identificada con ISSN 2683-796X
Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Fonseca, Sebastián

Vidas dichosas / Sebastián Fonseca.

Primera edición - Viedma : Universidad Nacional de Río Negro, 2020.

142 p. ; 19 x 13 cm. - (La Tejedora)

ISBN 978-987-4960-36-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Narrativa. I. Título.

CDD A863



Licencia Creative Commons

Usted es libre de: compartir-copiar, distribuir, ejecutar
y comunicar públicamente esta obra, bajo las condiciones de:
Atribución – No comercial – Sin obra derivada

la tejedora

Esta colección quiere incentivar la lectura con un decidido anclaje en el territorio y el paisaje patagónico.

Serie Narrativa

Crucigrama, de Laura Calvo

Vidas dichosas, de Sebastián Fonseca

Todo lo que debemos decidir, de Mónica de Torres Curth

El banquete de los monstruos, de Fabiola Soria

Al sur del río sin tiempo, de Walter Nievas

Serie Poesía

Biología, de Gabriela Klier

La frontera es una sogá, de Jorge Maldonado

Lengua geográfica, de Natalia Salvador

El silencio es un punto de partida, de Damián Lagos Fernandoy

La ruta de Ícaro, de Carina Nosenzo

Puelches, de Silvia Castro



Entrá y conocé más de la colección

VIDAS DICHOSAS

fue compuesto con la familia tipográfica Oswald y Alegreya en sus diferentes variables.

Se editó en octubre de 2020, en la Dirección de Publicaciones-Editorial de la UNRN.

Así como está ahora, tan cerca de mi cuerpo, se ve más a mi alcance que si intentara acariciarla. Así como está ahora, al menos, me queda la ilusión de la cercanía.

Aunque en otro lugar, lejos, la historia oficial de un país se dispone a estallar una vez más, aquí, entre Lamarque y Neuquén, algo persiste quieto, demasiado quieto para Ramón, Richard, Gladys y el Tromba. ¿De qué está hecha esa fuerza y hasta dónde es capaz de llevarnos? ¿Es todo inalcanzable en la quietud?



u. Universidad Nacional
de Río Negro

ISSN 2683-796X

